ALFRED HITCHCOCK Y



LOS TRES INVESTIGADORES

MISTERIO DEL ESPEJO EMBRUJADO

La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

Misterio del espejo embrujado

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 21

ePub r1.5
Titivillus 01.10.16

Título original: *The secret of the haunted mirror*
M. V. Carey, 1974
Traducción: C. Unterlohner
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Una breve introducción de Alfred Hitchcock

Para los que ya conocen a los Tres Investigadores, sobra esta introducción. Podéis girar la página y comenzar a leer en el capítulo 1 el inicio de la aventura.

Mas, si todavía no sabéis quiénes son estos investigadores, llamados Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, me complacerá daros algunos detalles acerca de ellos y de su labor investigadora.

Son tres muchachos que viven en Rocky Beach, un lugar harto pequeño situado en las cercanías de Hollywood. Jupiter Jones es un chico formidable que cabe presentarlo como el cerebro director del trío, porque sin duda alguna es su mente conductriz. Es muy eficiente y por lo general está muy seguro de sí mismo. Como investigador segundo, cabe mencionar a Pete Crenshaw, tipo atlético a la par que cauteloso, muy dado a la prudencia en sus acciones, a quien con harta frecuencia asustan las impetuosidades de Jupiter. El investigador tercero es Bob Andrews, chico tranquilo, muy estudioso, equilibrado y aficionado a la información, condiciones muy adecuadas para ayudar a solucionar los casos que con frecuencia emprenden los tres.

El grupo ha montado lo que puede denominarse su «cuartel general» en un viejo remolque, aparcado en el llamado Patio Salvaje, que en realidad es el recinto de la chatarrería propiedad del tío de Jupiter. Sus actividades no se circunscriben sólo a la localidad de Rocky Beach. En el caso de la narración ésta, los tres se ven envueltos en lo que ocurre en una vieja mansión de Hollywood —un caserón del que se murmura que está embrujado—. Intentan esclarecer lo que le ocurrió a cierta persona que desapareció en un espejo… y que jamás regresó.

¿Fue así?
Leed y decidid.

ALFRED
HITCHCOCK

CAPÍTULO 1

¡Ladrón! ¡Detente!

Recostándose contra uno de los guardabarros del camión de la chatarrería del Patio Salvaje, Jupiter Jones comentó:

—Desde luego, hay que convenir que el tío Titus atraviesa una buena temporada. En lo que va de tarde ya ha comprado cuatro ventanas con vidrios de colores, una repisa de mármol para una chimenea, una bañera vieja y siete puertas de caoba, de esas que no se encuentran hoy día. Esto ya casi puede calificarse de hazaña.

—La hazaña ha sido cargar todo ello en el camión. La bañera… no me extrañaría que pesara una tonelada. ¡Hay que ver! Con muchas tardes como ésta, estamos aviados —arguyó Pete Crenshaw, sentado sobre un poyo.

—Desde luego ha sido un trabajo duro, pero divierte observar cómo compra el tío de Jupiter. Disfruta regateando —observó Bob Andrews, con las manos en los bolsillos, al mismo tiempo que pegaba un puntapié a una piedra que tenía a su vera.

Jupiter se frotó los brazos, antes de formar pantalla con las manos ante los ojos, mirando hacia donde se hallaba su tío Titus.

Aquella tarde, tan pronto terminaron de comer él y sus dos amigos, Pete y Bob, salieron de Rocky Beach con el tío Titus en su camión. Se dirigieron a una vieja mansión en las afueras de Hollywood que iba a ser derribada. El tío Titus, estaba decidido a comprar todo cuanto de derribo pudiera abarcar. Ya eran las cuatro y el sol de agosto caía con toda su fuerza sobre las colinas. Al pie de ellas, la población parecía reverberar entre las ráfagas del ambiente caliginoso.

Pete preguntó:

—Oye, Jupe, ¿qué estará haciendo tu tío ahí dentro tanto tiempo?

—Puedes suponerlo. Cerciorándose de que nada queda que valga

la pena de llevárselo —contestó el interpelado.

Ambos compañeros de Jupiter asintieron en silencio. El almacén de derribos Patio Salvaje, propiedad de los tíos de Jupiter, era harto conocido a lo largo de la costa del Pacífico por la variedad y diversidad de los artículos y materiales que allí cabía encontrar. Tío Titus no cesaba de escudriñar por Los Ángeles y en otros lugares, donde pudiera hacerse con puertas antiguas, lámparas, rejas, vallas, vajillas y piezas semejantes, así como también los muebles que merecieran atención. En algunas ocasiones adquiría cosas que parecían de venta posterior harto difícil, lo que ocasionaba la correspondiente regañina de la tía Mathilda, pero a la postre obligaba siempre a los hermanos Hans y Konrad, mozos encargados del almacenamiento, a hallar el lugar adecuado en el recinto de la chatarrería, donde colocar y exhibir las piezas y objetos más extraños y al parecer de posterior venta más difícil. Pero a la larga, se demostraba que incluso las piezas más extrañas y raras tenían su comprador, lo que permitía al tío Titus, una vez realizada la operación, sonreír con cierta picardía y feliz complacencia.

Sonrió Jupiter, cuando por fin vio a su tío Titus salir del gran caserón, construido al estilo victoriano, que coronaba la cima de Crestview Drive. El señor Jones se detuvo todavía unos momentos hablando con el jefe del grupo encargado del derribo de la mansión para levantar en aquel lugar un conjunto de apartamentos modernos. Ambos terminaron su conversación con un afectuoso apretón de manos y el tío Titus comenzó a descender por la ladera, encaminándose hacia el camión.

Cuando estuvo junto a ellos, exclamó:

—Hola, chicos. Ya hemos terminado. Nada queda ahí arriba que pueda aprovecharse y creedme que lo lamento. Vaya casa. Ya no se construyen mansiones semejantes. Debió ser algo magnífico en sus tiempos. Pero ahora, las termitas se han adueñado del lugar y todo está echado a perder.

Luego de frotarse el amplio y largo mostacho, agregó:

—Bien, subamos todos y vayámonos de aquí.

Los chicos saltaron inmediatamente al camión y se acomodaron entre las puertas de roble y las ventanas con vidrios coloreados, mientras el camión arrancaba y comenzaba a descender por la pendiente de la carretera que les conduciría hasta Hollywood.

Jupiter se entretuvo mirando a derecha e izquierda todo cuanto se le ofrecía a la vista al pasar. La mayoría de las casas aparecían bien cuidadas. Las había para todos los gustos. Una estaban construidas como residencias campestres inglesas, tal como si las hubieran arrancado de una revista, otras parecían o recordaban «chateaux» franceses y abundaban las que imitaban el estilo español colonial con paredes estucadas y tejados con tejas rojas.

—¡Mira! —exclamó Bob golpeando el hombro a Jupiter, al mismo tiempo que indicaba hacia una gran mansión de estilo español, a la derecha de la carretera. Frente a aquella residencia estaba aparcado un automóvil muy particular. Era un «Rolls-Royce» negro con filete dorado.

—¡Atiza! —respondió Jupiter sorprendido y agregando—: ¡Si es nuestro «Rolls» especial! ¡Worthington debe de estar por aquí!

Algún tiempo antes, Jupiter había ganado un concurso patrocinado por la compañía
Rent'n
Ride Auto Company. El premio consistía en la utilización durante treinta días de aquel magnífico coche, conducido por un inglés llamado Worthington. Lo habían utilizado los Tres Investigadores para resolver algunos casos en los que descubrieron tesoros ocultos, aclararon misterios e impidieron se cometieran algunos proyectos perversos. Cuando terminó el plazo de lo que había sido el premio, un cliente agradecido convino con la compañía aludida un arreglo mediante el cual los tres chicos podían disponer del coche para sus gestiones.

El tío Titus, como respondiendo a la exclamación de su sobrino y del compañero detuvo el camión, un poco más allá del coche que les llamara la atención. En aquel momento se abrió la puerta de la casa y por ella salió corriendo un individuo con tanta fuerza y rapidez como sin duda le permitían sus delgadas piernas.

Tras él corría también Worthington, gritando:

—¡Alto! ¡Ladrón! ¡Detenedle!

Mientras el tío Titus echaba el freno de mano para asegurar su vehículo de la fuerte pendiente. Pete saltaba al suelo de un brinco lanzándose al mismo tiempo contra el perseguido, mientras Worthington, sin cesar de correr, proseguía gritando:

—¡A ése! ¡Cogedle! ¡Al ladrón!

Pete, decidido, se abalanzó hacia el hombre, intentando cogerle por la cintura, pero el perseguido, si bien delgado y no de mucha estatura, era muy ágil y lo demostró atizándole un soberbio puñetazo que fue a estrellarse por debajo del ojo derecho de Pete. A éste le pareció que le estallara la cabeza, mientras se le doblaban las piernas y caía de costado, cuan largo era. Oyó, como algo lejano, unos pasos precipitados y el seco chasquido de una portezuela de coche que se cerraba, mientras Worthington exclamaba:

—¡Maldito tipejo! ¡Pues le ha golpeado! —Al mismo tiempo que el chófer se inclinaba sobre él.

Pete abrió los ojos y pudo incorporarse hasta quedar sentado, sacudiendo la cabeza ligeramente para aclarar la mente.

—¿Se encuentra bien, señor Pete? —preguntó Worthington, agitado.

—Caramba, pues creo que sí… a ver, déjeme respirar. Desde luego parece que tengo las costillas enteras —respondió Pete.

En aquel momento llegaron corriendo Bob y Jupiter. El primero, diciendo:

—¡Ese tipo tenía un coche más abajo, ahí, en la carretera! ¡Ha salido disparado!

Worthington, enderezando toda su estatura, que sobrepasaba el metro ochenta, con rostro alterado por el disgusto que sin duda sentía de que se le hubiera ido de entre las manos el que perseguía, no cesaba de preguntarse:

«¿Cómo ha sido posible que ese tipo esmirriado me ganara por pies?».

Pero transcurridos unos instante se sobrepuso a la irritación, y con cierta complacencia anunció:

—Pero sin duda que le hemos dado un buen susto.

CAPÍTULO 2

La casa de los espejos

—¡Worthington! ¿Escapó acaso? ¡He llamado a la policía!

Jupiter parpadeó, Pete se frotó el rostro, Bob tragó saliva y el trío miró boquiabierto a la mujer que hablaba desde la puerta de aquella mansión construida según gusto español colonial.

—Sí, señora. Mucho me temo que ya no podamos alcanzarle —contestó Worthington.

Aquella mujer se encaminó hacia ellos, descendiendo por el sendero empedrado que llevaba hasta la puerta principal. Jupiter diose de pronto cuenta que estaba allí boquiabierto y se apresuró a cerrar la boca. No era fácil asombrar a Jupiter Jones, pero no cabe duda que cualquiera en nuestros días se sorprendería de ver ante sí en pleno día caminar a una dama vestida con gran falda con miriñaque, corpiño estrecho y el peinado hacia lo alto con los cabellos blancos, si bien Jupiter pronto advirtió que era una peluca.



—Señora Darnley, permítame que le presente a mis amigos, los Tres Investigadores —dijo Worthington.

—¡Ah! —exclamó la señora con gesto sorprendido, mas tras un instante, prosiguió—: Ahora les recuerdo, es verdad. Los tres jóvenes detectives. Worthington me ha hablado mucho de vosotros. Veamos si lo acierto… —Y luego de mirarles un momento, señalando hacia Jupiter, dijo—: Tú eres Jupiter.

—Sí, señora —contestó el aludido.

Worthington presentó seguidamente a Bob y Pete, añadiendo:

—El señor Pete intentó detener al intruso, señora.

—¿Estás herido, acaso? —preguntó la señora Darnley.

—Desde luego que no, señora —contestó Pete, levantándose lentamente.

—Menos mal, porque los que se atreven a entrar en las casas ajenas, pueden ser individuos muy peligrosos, he oído decir.

El tío Titus se apeó del camión, encaminándose hacia ellos y Worthington le presentó, explicando:

—Éste es el señor Titus Jones, tío de Jupiter.

La señora Darnley le sonrió al saludarle.

—Me complace mucho conocerle, señor Jones. Ya me han contado de su chatarrería el Patio Salvaje. Vaya denominación. Varias veces me he propuesto visitarla para ver si tenía algún espejo interesante.

—¿Espejo? —preguntó el tío Jones, ligeramente sorprendido.

—Sí, eso es. Colecciono espejos. Pase. Le mostraré los que poseo.

Como si estuviera segura de que le seguiría, dio media vuelta y echó a andar hacia la casa acompañada por el crujiente raso de aquella falda con miriñaque.

Pete preguntó a Worthington:

—Oiga… ¿Siempre viste así?

El interpelado esquivó la pregunta, contestando:

—Es una señora muy interesante. Con frecuencia la conduzco de un lado a otro… a diversos lugares. No quiere tener coche propio. Su casa, ésta, me fascina.

Desde luego, aquella mansión merecía tal calificativo: «fascinante». Los tres muchachos y el tío Titus, siguiendo a Worthington, entraron en un vestíbulo frío, sumido en la penumbra. A la izquierda, una ancha y majestuosa escalera conducía al piso

superior. Al frente se abría un corredor que al parecer llegaba al extremo opuesto del edificio. A la derecha, pesadas puertas ornamentadas de batiente doble, daban paso a un salón excesivamente oscuro para determinar lo que hubiera en su interior. Los visitantes fueron conducidos a otro salón de vastas proporciones —una estancia en la que parecían cobrar vida sombras cambiantes y vívidas—. Pesados cortinajes cubrían los ventanales y los tres muchachos tardaron unos segundos en comprender que aquellas sombras fugaces eran sus propias imágenes, reflejadas en múltiples espejos, hasta tal extremo que el aposento parecía ocupado por treinta o trescientas personas.

—¿Qué te parece? ¿No es un encanto? —preguntó la señora Darnley, colocándose junto a Jupiter y mirando el espejo que tenían delante.

—Francamente, me siento aturdido, como si tuviera vértigo —respondió Jupiter.

—Pues siéntate —dijo la señora dando el ejemplo ocupando un taburete cercano a la chimenea—. Ten presente que todos estos espejos son antiguos y la mayoría tienen su anécdota. Coleccionarlos me ha requerido la vida entera. Comencé cuando todavía era niña. ¿Recuerdas aquel pasaje de la historia de Alicia cuando atravesó el espejo[1] y entró en un mundo en que todo era maravilloso? Pues cuando tenía los años que se le suponen a Alicia, comencé a sentir un deseo vehemente de poseer un espejo con que conseguir lo mismo… sólo era cosa de buscarlo pacientemente.

En aquel momento entró un muchacho de la edad y estatura de Pete. Su cabello mostraba el color de la zanahoria y la nariz la tenía cubierta con pecas, seguido por una muchacha de estatura semejante, pero con el cabello más oscuro. Sonrió a Worthington que se mantenía de pie, imperturbable, junto a uno de los ventanales. Seguidamente paseó la mirada por el tío Titus y los tres muchachos que le acompañaban, como preguntándose quiénes eran aquellos visitantes.

—Son mis nietos —dijo la señora Darnley—. Ésta es Jean y su hermano Jeff Parkinson. Niños, os presento al señor Titus Jones, propietario de la chatarrería el Patio Salvaje, del que tanto hemos oído hablar, y a su sobrino Jupiter, así como a sus amigos Bob y Pete.

—¡Los Tres Investigadores! —exclamó Jeff.

—¡Qué casualidad! ¡Ahora mismo acabamos de tener un ladrón en casa! —añadió en el mismo tono su hermana, agregando—: Pero no se ha llevado nada.

—¿De veras no falta nada? —preguntó la señora Darnley.

—Por lo menos así parece —aseguró Jean.

En aquel momento oyeron el silbido de una sirena que parecía remontar por la colina.

—Debe ser la policía. Oye, Jean, vete hasta la puerta y hazlos pasar. Worthington, por favor, siéntese. Me pone nerviosa verle ahí de pie, inmóvil como si fuera un poste —urgió la señora Darnley.

—Sí, señora. Como mande la señora —respondió Worthington, sentándose en una silla que había junto a él.

Jean entró de nuevo, seguida por dos policías. El que iba delante se apresuró a quitarse la gorra en cuanto vio a la señora, al mismo tiempo que abría los ojos con gesto de sorpresa al ver su vestimenta. La señora Darnley, pasando por alto el asombro, explicó:

—Estaba en el piso… el de arriba. Me disponía a tomar el té. Conmigo estaba mi criado, John Chan, sirviéndomelo. Nada oímos que nos llamara la atención. Sin duda el ladrón creía que en la casa no había nadie. Pero cuando Worthington y mis nietos regresaron del Farmeren Market, le sorprendieron en la biblioteca. Pero no hemos advertido que faltara algo. Quizá no tuvo tiempo.

Worthington y los chicos describieron al intruso que salió de la casa como a un tipo más bien bajo de estatura, muy delgado, cabello negro, rostro más bien moreno, de edad mediana, fuerte y rápido de ademanes. Jupiter dio las características del coche con que huyó.

Uno de los agentes comentó:

—Coches como éste los hay a miles por ahí. ¿Conseguiste ver el número de la matrícula?

—No. La placa estaba como llena de barro. Ahora recuerdo que la carrocería también lo estaba —contestó Jupiter.

El agente escribió unas notas en su libreta, mientras Jean Parkinson aseguraba:

—Pero sabemos cómo entró. Rompió la cerradura de la puerta de la cocina.

El policía, tras cerrar su libreta de apuntes, observó:

—Lo de siempre. Es curioso, pero por lo general las cerraduras de las puertas posteriores acostumbran a… no ser de las mejores.

Pero la señora Darnley protestó, diciendo:

—Oiga, que esto no es cierto, por lo menos en mi casa. La puerta ésa tiene, mejor dicho, tenía una cerradura muy buena. Siempre he tenido mucho cuidado. Puede advertir que todas las ventanas están enrejadas y sólo hay dos puertas: la principal y la posterior, que es la de la cocina que se abre al garaje. Ambas tienen pestillo doble. Este tipo entró forzando la puerta de la cocina con una palanqueta. Oye, Jeff, lleva a estos señores para que vean la puerta de la cocina. ¡Muéstrasela!

El nieto de la señora Darnley se fue con ambos agentes para regresar a los pocos minutos. Uno de los agentes llevaba la palanqueta mencionada por la señora de la casa.

—Veremos qué nos dicen los del laboratorio, acerca de las huellas —observó el que tenía la palanqueta.

—Nada conseguirán. El individuo ése llevaba guantes —advirtió Pete.

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

—Su puño me dio en la cara.

Los policías se despidieron asegurando a la señora Darnley que le comunicarían cuanto averiguaran acerca de la identidad del intruso, si podían establecerla. Worthington se fue también, para devolver el «Rolls» al garaje de la compañía que alquilaba coches.

La señora Darnley resumió con un suspiro:

—Bien, me parece que ya hemos oído todo cuanto concierne a este asunto y, francamente, no creo que nos comuniquen nada más. Tampoco siento curiosidad mayor. Al fin y al cabo, nada ha ocurrido. ¿Os gustaría ver la casa? Perteneció a Drakestar, el célebre prestidigitador, que la construyó.

—¿Ésta es la casa de Drakestar? —exclamó Jupiter, que sabía bastante de la gente del teatro y del circo—. ¡Caramba, qué sorpresa! ¡He leído cosas de su vida!

La señora Darnley prosiguió:

—Pues sí, aquí vivió y murió. Dicen que esta casa está embrujada. Pero, francamente, desde que vivo aquí nada he oído ni he notado fuera de lo normal. Pero, pasen, pasen, si gustan de ver

cosas antiguas y harto interesantes.

Atravesó la estancia y abrió una puerta doble. El tío Titus, los Tres Investigadores, Jean y Jeff Parkinson, la siguieron, pasando a un espacioso comedor. Los cortinajes estaban apartados y el sol del oeste parecía como si acariciara los muros recubiertos con damasco rojo. Encima del aparador había un gran espejo con marco dorado. Al parecer era harto antiguo por cuanto en varios lugares se había desprendido el azogue.

Mostrándolo con un ampuloso ademán, la señora Darnley explicó:

—He aquí uno de mis tesoros. Proviene del palacio de los zares de San Petersburgo. Desde luego, es probable por su antigüedad, que un día Catalina la Grande se contemplara en él. Esto es lo que tiene de valor.

Desde el comedor pasaron a la repostería y seguidamente a la cocina, donde hallaron a John Chan, que ejercía los oficios de mayordomo y criado de la señora Darnley. Era un tipo delgado, de unos veinticinco años, y si bien no cabía duda que sus padres fueron orientales, hablaba el inglés con acento bostoniano. Informó a la dueña de la casa que había llamado a un carpintero y a un cerrajero para que reparara la puerta antes de que oscureciera.

—Muy bien, John —aprobó la dueña de la casa y dirigiéndose a los visitantes continuó—: Éste es el cuarto de John. No quiere espejos en su habitación.

El criado añadió, sonriendo:

—Me veo demasiado yendo y viniendo en los demás.

La señora Darnley abrió otra puerta, diciendo:

—Vengan, que les enseñaré otros de mis tesoros.

Salieron al corredor largo y estrecho que los visitantes habían advertido cuando entraron en la casa.

—En los tiempos de Drakestar —explicó la señora Darnley— esto era un salón de baile. Hice que levantaran tabiques y lo convertí en lo que podríamos llamar unas habitaciones históricas.

Entraron en una estancia cuadrada cuyas paredes estaban pintadas imitando ladrillos de adobe.

Estaba amueblada con una cama estrecha, un cofre revestido con cuero, un sillón de madera y una mesa repujada. Encima de la mesa había un gran espejo con un sencillo marco de arce.

—Este espejo fue traído a California en los días de la fiebre del oro. Un americano, que cortejaba a la hija de un noble español, se lo hizo enviar desde las orillas del Atlántico para regalárselo a la damisela.

—¿Se casaron? —preguntó Bob.

—Sí, y fue su desgracia, quiero decir de la joven. El esposo resultó ser un jugador que malbarató toda su fortuna. La pobre mujer murió en la miseria. Al final de su vida no poseía nada, absolutamente nada. Ésta es la reproducción de la habitación en que vivió sus últimos días. La estancia siguiente era un saloncito harto adornado, que la señora Darnley llamó «salón Victoriano».

—Es la reproducción del saloncillo en que la reina Victoria acostumbraba a departir con su madre, siendo niña, antes de ascender al trono. Los muebles fueron hechos por encargo, copiando los originales. Pero no el espejo, ése que cuelga sobre la chimenea. Es auténtico. Fue de ella, o mejor dicho, de su madre. Me complace imaginarme a la reina Victoria mirándose en él, tan niña e inocente, sin sospechar los decenios de grandeza y de gloria que le aguardaban. Algunas veces me visto con atuendo de la época y me siento en esta habitación. No es que pretenda parecerme a la joven princesa, y soy demasiado mayor para ello, pero… en ocasiones me imagino ser su madre.

La habitación siguiente que les mostró era un cuarto sombrío, cerrado y aislado.

La señora Darnley siguió perorando:

—Lo que llamo la «estancia Lincoln». Es una réplica de la habitación a donde se retiraba para descansar Mary Todd Lincoln cuando ya era una mujer cansada y solitaria, muchos años después de haber sido asesinado su esposo[2]. El espejo éste fue suyo.

El tío Titus comentó:

—Un lugar algo triste, diría yo.

—Desde luego —convino la señora Darnley—. Pero es el caso que en ocasiones se recuerda a ciertas personas por su gran dolor y tristeza consiguiente.

Cerró la puerta de la habitación y como si con ello recuperara su buen humor, dijo casi alegremente:

—Arriba tengo la estancia dedicada a María Antonieta. Poseo de aquella reina un espejo de mano y algunas alhajas[3]. Este vestido

que llevo ha sido copiado de uno de sus retratos.

—Ahora comprendo lo del vestido —observó Jupiter con un suspiro, y preguntó seguidamente—: ¿También es una estancia triste?

—Según se considere… también, si bien la habitación es bonita, alegre. Me gusta sentarme allí, mas procuro olvidar cómo murió… aquella reinecita algo alocada. Les mostraré la habitación. Es la copia exacta de una que hay en el palacio de Versalles. Pero antes quiero que vean mi última adquisición.

—Les advierto que es un verdadero horror —advirtió Jean Parkinson.

—Estoy segura de que les causará un efecto repelente —agregó Jeff.

—Desde luego… es algo feo —admitió la señora Darnley—, pero estoy muy contenta de haberlo conseguido. Es algo único —añadió mientras caminaba por el corredor y cruzaba el vestíbulo.

El tío Titus y los muchachos le siguieron, entrando en aquella sala que a su llegada observaron que estaba a oscuras. Tan pronto la señora Darnley apartó las cortinas, comprendieron que estaban en la biblioteca. Tres muros de la estancia estaban cubiertos materialmente con volúmenes. El cuarto, más cercano a la calle, estaba recubierto con madera oscura. En él se abrían dos ventanales, y entre ambos había un espejo que casi alcanzaba desde el suelo al techo.

—¡Atiza! —exclamó Pete.

El espejo en sí nada tenía de particular, si bien era de advertir que era de calidad muy buena. Reflejaba la imagen del tío Titus y de sus acompañantes nítidamente, pero el marco era algo grotesco, extravagante. En metal fundido aparecían múltiples carátulas y caras endiabladas que producían un efecto repelente, entremezcladas con lo que parecían ser raíces de plantas fantasmagóricas. Algunos de aquellos mascarones mostraban cuernos en la frente, otros sólo tenían unas líneas por ojos. Rostros había que parecían sonreír diabólicamente. En el extremo superior del marco, un ser achaparrado con orejas puntiagudas acariciaba una serpiente.

—¿Pero… pero qué significan estas figuras? —preguntó Bob dominando su asombro.

La señora Darnley explicó:

—Aquí los denominaríamos duendes, en España se llaman «trasgos». Este espejo perteneció a un ilusionista que vivió en Madrid hace más de doscientos años… algunos le acusaban de brujo o mago. Se llamaba Chiavo. Afirmaba que podía mirar en el interior del espejo y ver a los duendes o trasgos terrestres mientras le predecían el futuro.

—Se afirmaba que vivían en cuevas y debajo de los árboles, en lugares solitarios y húmedos —añadió Jeff—. ¡Ah!, y que «mantenían muy buenas relaciones» con los gusanos y las serpientes.

—¡Oh! —exclamó Jean Parkinson.

—Sea lo que sea, lo cierto es que estoy muy contenta de poseerlo —afirmó la señora Darnley, agregando—: Todos mis espejos han visto, así cabe decirlo, mucha belleza, felicidad y desde luego tragedia también. Pero este espejo de Chiavo está, al parecer, encantado, si cabe creer en estas condiciones mágicas.

Jupiter Jones se dijo que desde luego cabía suponer que aquella señora estaría más que satisfecha si pudiera comprobar que con su espejo fuera capaz de obrar maravillas.

Sonó el timbre de la puerta y Jean, sonriendo a los Tres Investigadores, dijo:

—No me extrañaría que fuera el señor Santera. Es un español o por lo menos así lo afirma. Un coleccionista al igual que mi abuela, un entusiasta de los espejos. Está empeñado en poseer este espejo… al parecer estos trasgos le entusiasman. Cada día le tenemos aquí, a esta hora, tratando de convencer a la abuela.

El timbre sonó de nuevo.

La señora Darnley miró al espejo, luego a la puerta y de nuevo al espejo, murmurando:

—Viene cada día desde hace más de una semana… y hoy también. ¡Qué tipo más pesado! Y precisamente hoy también… —reiteró sin acabar la frase.

Pero Jupiter la completó, diciendo:

—Hoy que han visto un intruso en esta habitación.

Pero Jeff observó:

—Mas no cabe suponer con la intención de llevarse el espejo. Este marco pesa centenares de kilos. Para colgar el espejo fueron

necesarios tres hombres. Conque para descolgarlo y trasladarlo…

De pronto la señora Darnley, dirigiéndose a tío Titus, le dijo:

—Señor Jones, le agradecería que usted y sus muchachos permanecieran aquí, durante la visita del señor Santora. Worthington parece que aprecia mucho a los Tres Investigadores. Desearía oír su opinión respecto a este caballero.

Sonó el timbre por vez tercera.

La señora Darnley, sin aguardar la aquiescencia del tío Titus ordenó a su nieta Jean:

—Abre y haz pasar al señor Santora.

CAPÍTULO 3

La maldición de Chiavo

El individuo que Jean introdujo en la biblioteca era un tipo de porte algo pesado, cabello negro y grandes ojos oscuros. Vestía un terno de color claro de buen corte y calidad, que reflejaba la luz ligeramente. Los rasgos de su rostro eran lisos, carentes de arrugas, pero las mejillas aparecían ligeramente sonrojadas, como si estuviera enojado.

Apenas hubo traspuesto la puerta, y sin otro saludo, interpeló a la señora Darnley, diciendo:

—Señora Darnley, por favor —pero se interrumpió al advertir la presencia de tío Titus y los Tres Investigadores.

Miró unos instantes a los presentes con los labios apretados y tras una ligera vacilación prosiguió:

—Perdone, había supuesto que estaba sola… —Se interrumpió de nuevo como si intentara traducir mentalmente lo que quería decir, para terminar—: Esto, no creía… no esperaba que tuviera invitados.

—No tiene importancia —contestó la señora Darnley y dirigiéndose a todos los presentes prosiguió—: Pero siéntense ustedes, por favor —y luego de dar ejemplo se dirigió de nuevo al señor Santora, diciéndole—: Precisamente estaba contándoles a estos amigos la historia de este espejo, el orgullo de mi colección. Yo ya le he puesto un nombre: el espejo de los trasgos.

—El espejo del gran Chiavo —completó el señor Santora, tomando una silla y sentándose al mismo tiempo que colocaba sobre un velador un paquete envuelto en papel blanco—. Desde luego, una pieza maravillosa, única.

—Convengo en ello, señor Santora, y como que supongo el motivo de su visita, me permito comentar que he tenido más de un quebradero de cabeza para hacerme con algunos de los espejos de

mi colección, pero francamente lo que con usted me ocurre jamás me había sucedido. No deseo ofenderle, pero su insistencia raya en lo ridículo.

—No puedo aceptar este calificativo, señora. El deseo de poseer el espejo de Chiavo está muy bien fundamentado en este caso. Le ruego que me permita hablar a solas con usted.

—No hay necesidad alguna de ello. Ya sabe usted mi decisión.

—Sí hay algo de que hablar —contestó el visitante con cierto acento determinado en sus palabras, al mismo tiempo que se inclinaba hacia delante como si esperara la respuesta de la dueña de la casa.

Todos guardaron silencio.

El señor Santora, comprendiendo que no conseguiría la entrevista a solas que pretendía, se decidió a proseguir, diciendo:

—Bien, veo que habremos de soportar oyentes. Señora, recordará que le hice una propuesta harto razonable por este espejo. Hoy me permito pujarla hasta diez mil dólares por el espejo de Chiavo y además, uno a mi oferta un espejo de mi colección —y ofreciendo el paquete que consigo había traído, añadió—: es un espejo pequeño, de mano, hallado en la ruinas de Pompeya.



La señora Darnley prorrumpió a reír, diciendo al mismo tiempo:

—Pero, señor Santora, si se dice por ahí que tengo más dinero del que puedo gastar en lo que me resta de vida. ¿Un espejo hallado en Pompeya? Éstos se hallan en todas partes… ¡Pero espejos con trasgos, sólo hay uno! ¡Éste!

—Desde luego, señora. Sólo hay uno y he de poseerlo —convino el visitante.

—Pues mi respuesta es… ¡no!

—Señora, es de la importancia máxima. No puede usted comprender cuan importante es para mí —terminó exclamando el señor Santora.

—Desde luego que me doy cuenta de cuan importante es para su colección, siendo éste el único. Pero le ruego que comprenda que tan importante es para usted como para mí. ¿Por qué ha de ser su colección más importante que la mía?

—¡Señora, se lo advierto! —exclamó su interlocutor, cerrando los puños con tal fuerza que se le destacaban los nudillos, al mismo tiempo que la señora Darnley se erguía en su silla, preguntando:

—¿De qué, señor Santora? ¿Sabe acaso que alguien irrumpió hoy en esta casa? ¿Que fue descubierto en esta estancia?

El sonrojo desapareció de las mejillas de Santora, que fue sustituido por una palidez extrema mientras preguntaba, mirando el espejo:

—¿En esta estancia? ¡No me diga! ¿Y por qué había de saberlo?

—Admitamos que así sea —contestó la señora Darnley.

El señor Santora miró al suelo y seguidamente a sus manos entrelazadas, y dijo, como dirigiéndose a sí mismo:

—¿Lo ha descubierto? ¿Aquí?

—Supongamos y demos por cierto que el intruso no lo sabía… lo halló casualmente —contestó la señora Darnley con intención evidente.

El señor Santora se repuso y contestó:

—Claro… debió leerlo en los periódicos, seguramente han publicado la valiosa colección que usted posee. También he leído que es harto frecuente en este país que los ladrones entren durante el día en las casas que suponen deshabitadas. Espero, señora, que su policía halle a este intruso, digámoslo así, tan sospechoso.

—Pero por desgracia, pudo escapar… a pesar de nuestros

esfuerzos —agregó la señora Darnley.

—Comprendo lo que quiere indicar, señora Darnley —contestó el señor Santora—. Pero le juro por mi honor que nada sé del individuo que irrumpió en su casa. Además, bien sabemos que un hombre, uno solo, jamás sería capaz de llevarse el espejo de Chiavo, pero… sí causarle desperfectos irreparables a la luna. Además, la posesión del espejo puede atraerle perjuicios.

—¿Cómo? —preguntó la señora Darnley.

—Señora, le confieso que he querido pasarme de listo con usted y le ruego su perdón. La verdad sea dicha, no soy un coleccionista y respecto al espejo de Pompeya… lo compré ayer a un llamado anticuario para darle un nombre, en Beverly Hills.

—Francamente, confío en que no pagó un precio excesivo —advirtió la señora Darnley.

—Sin deseo de conquistar su piedad, creo que así fue. Verá, señora, el caso es que no sólo el espejo de Chiavo es único… también lo soy yo.

La señora Darnley le miró, francamente divertida, antes de contestar:

—¿Qué quiere que le diga? No está mal, pero nada veo de especial en usted, señor Santora.

—Sobra la ironía, señora. Pero voy a contarle la historia, la verdadera, de este espejo.

—¡Pero si su historia la sé de sobra! —exclamó la señora Darnley.

—Esto es lo que usted cree, la que le han contado —contestó el visitante con tono sosegado—. Vea usted, señora. Chiavo fue un gran ilusionista, quizás incluso algo brujo, hechicero, mago o como quiera usted denominarle. El espejo fue ejecutado conforme a sus instrucciones y durante su elaboración llevó a cabo encantos o hechizos. Afirmaba que a través de su luna veía lo más pequeño de nuestro mundo, los espíritus que viven y discurren invisibles para nosotros, los humanos corrientes. Los espíritus que invocaba le comunicaron varios de los acontecimientos que ocurrirían en el futuro… y cierto día, Chiavo desapareció.

—Lo que me dice ya lo sabía. Legó el espejo a una familia que residía en Madrid, llamada Estancia —completó la señora Darnley.

Su interlocutor asintió, prosiguiendo:

—Hasta aquí conoce la verdad, pero hay algo más. Chiavo tenía sus enemigos, gente que le temía, que afirmaba que los había hechizado y por esta causa jamás dijo que la familia Estancia era la suya, es decir, su esposa y su hijo. Este hijo tuvo a su vez un hijo; este hijo, una hija. Esta hija contrajo matrimonio y así fue como el apellido Estancia se extinguió. Pero el espejo se conservó en la familia, de una a otra generación. Pero hace algo más de cuarenta años, antes de que yo naciera, el espejo fue robado. Ocurrió en Madrid. Pero mi padre…

—¿Su padre? ¿Quiere con esto decir que usted es un descendiente de Chiavo? —preguntó admirada la señora Darnley.

Inclinándose a guisa de saludo, Santora contestó:

—Así es, señora Darnley. Mi padre ha muerto. Soy el único descendiente y necesito el espejo. Es mío. He de legarlo a mi hijo.

—¿Qué ocurrió con su padre?

—Consiguió dar con el ladrón.

La señora Darnley le miró unos instantes con expresión pensativa, antes de proseguir:

—Si su padre consiguió dar con el ladrón, después de tantos años transcurridos desde que se lo robaron, ¿cómo es que no recuperó el espejo?

—Cuando le localizó, es decir, su domicilio, ya había fallecido y del espejo se había apoderado otro bergante. Compréndalo, señora. Con nosotros el espejo está en seguridad. Conocemos su secreto y cómo usarlo, cómo… averiguar el futuro.

—Desde luego, algo muy útil y conveniente —admitió la señora Darnley.

—Sin duda alguna. Pero si lo intenta alguien que no sea de la familia, corre grave peligro. Sólo podemos hacerlo los de la sangre de Chiavo. Al individuo que lo robó a mi padre, le hallaron muerto en su casa. En su frente mostraba una señal, semejante a una quemadura, al parecer más bien pequeña; el espejo había desaparecido. Mi padre continuó inquiriendo y por fin supo que lo poseía alguien que vivía en Barcelona. Marchó inmediatamente allí, pero de nuevo llegó demasiado tarde. Se había suicidado, ahorcándose. El dueño de la pensión donde se alojaba, lo vendió para resarcirse de lo que le debía el huésped. Quién lo compró…

—¿Se ahorcó también? —interrumpió la señora Darnley,

preguntando.

—No, señora. Murió en un accidente ferroviario. Ocurrió antes que mi padre pudiera verle. El hijo lo dio a un amigo que se trasladaba a Madrid. Pero le contó a mi padre que el suyo, antes de ocurrirle el accidente, le dijo que había visto en el espejo la imagen de alguien con una larga cabellera y ojos verdes, de mirada extraña. Verá, señora… a usted quizá todo esto le parecerá extraño, pero no a nosotros los de la familia Chiavo. Sabemos adónde fue cuando desapareció. Entró, así cabe decirlo, en el espejo y se fue hasta el más allá, al interior de la tierra, donde viven los espíritus. Allí se halla, pero en alguna ocasión vuelve al espejo y se asoma, así cabe decirlo, y esto siempre es un ostensible aviso.

La señora Darnley, llevándose una mano a la garganta, preguntó con voz entrecortada:

—¿Dice usted que se fue a través del espejo… que desapareció en él?

—Como Alicia, la del País de las Maravillas —afirmó Jean con voz queda.

—Francamente, no puedo creerlo… eso de que desapareciera a través del espejo… —musitó su abuela.

—Tal como usted dice, ocurrió —reiteró Santora, prosiguiendo—: lo demás usted ya lo sabe. El individuo que se trasladó a Madrid vendió el espejo a un estudiante de la universidad, un tal Diego Manolos. Poco después, Manolos regresó a su país, al lugar donde había nacido. Ya sabe usted dónde, señora Darnley; una pequeña isla de un país llamado Ruffino. Contrajo matrimonio con una señora amiga de usted y que continúa siéndolo. ¿Qué le ha dicho esta señora del espejo?

—Pues francamente, que nunca le había gustado. Que era un «trasto» feo y, sinceramente, lo es. Hacía años que quería dármelo, pero su esposo siempre se opuso. Pero jamás me dijo que viera algo extraordinario en el espejo. Manolos lo tuvo en su poder, pues, más de treinta años y, desde luego, mi amiga jamás advirtió nada sospechoso, digámoslo así.

Santora, inclinándose hacia delante y con voz baja, tanto, que Jupe tuvo que esforzarse para oírla, insistió:

—Señora, este espejo está maldito y Chiavo maldijo a quien lo poseyera, excepto a los de su sangre.

—¡Pues ningún efecto tuvo sobre Manolos! —reiteró la señora Darnley—. ¡Qué va! ¡En vida fue uno de los consejeros principales del presidente de Ruffino!

Mirándole con sus ojos negros fijamente, el señor Santora sugirió:

—Quizá la maldición se posó sobre su esposa. Por favor, señora Darnley, hábleme de su amiga… la que contrajo matrimonio con Manolos. ¿Fue acaso feliz?

La señora Darnley, apartando la mirada, contestó vacilante:

—¿Feliz…? Pues no lo sé… pero, no creo que lo fuera. La vida del esposo no fue envidiable. Tengo motivos para suponer que la maltrataba… pero ahora ya todo pertenece al pasado. Él falleció y…

—… Lo primero que hizo su amiga fue deshacerse del espejo, regalándoselo —completó Santora.

—Sabía que me agradaba, incluso que lo deseaba —admitió la señora Darnley, sacudiendo su cabeza ligeramente como si quisiera alejar alguna pesadilla, mas levantándose, prosiguió—: Señor, me ha dicho algo en que no puedo creer. Mi sentido común se rebela contra ello. Nadie puede desaparecer en la imagen, o sea, mirándose en un espejo. Pero aparte de todo ello, si usted es un descendiente de Chiavo debe poseer documentos que lo demuestren, quiero decir certificados de matrimonio, de nacimientos, cartas… en resumen, si me demuestra que el espejo es una propiedad, digamos mística, de su familia, estoy dispuesta a devolvérselo. Pero debe probármelo sin que haya lugar a dudas.

Santora, alzándose de la silla que ocupaba y tomando el paquete, contestó:

—Señora, durante años he buscado este espejo. Mi padre siguió su rastro desde Madrid a Barcelona y desde esta ciudad de nuevo hasta Madrid. Yo lo seguí hasta Ruffino, pero cuando hablé con la viuda de Manolos ya era demasiado tarde. Todo esto es lo que me ha traído hasta aquí. La consecución de los documentos que exige requerirá bastante tiempo, pero ello no es difícil. Los pediré a España.

—No importa. Aguardaré todo el tiempo que haga falta.

—No lo dudo, señora. Pero mientras espera, tenga cuidado. Este espejo es muy peligroso.

Sin otro comentario salió de la biblioteca y tras unos instantes oyeron cómo abría la puerta de la casa y luego la cerraba tras él.

—¡Vaya historia que nos ha contado! —exclamó Pete, algo impresionado.

—Ha mentido sin duda alguna —admitió la señora Darnley, reiterando como si quisiera convencerse a sí misma—. Quizá… no sea un descendiente de Chiavo y desde luego… nadie puede desaparecer en la superficie de un espejo. Si fuera uno de la familia, quiero decir un descendiente de Chiavo, ¿por qué no lo dijo desde el principio? Vino por vez primera hace una semana. Siempre he dicho que la gente hablando se entiende.

—Quizás —objetó Jupiter Jones, sibilítico— se le ocurriera hoy.

CAPÍTULO 4

Jupiter presagia un misterio

Al despedirse de la señora Darnley, Jupiter Jones diole una de las tarjetas comerciales, advirtiendo:

—Al dorso hallará nuestro teléfono, señora. Si en algo podemos servirle, será un placer.

La señora Darnley tomó la tarjeta ofrecida y doblándola maquinalmente, reiteró con expresión ausente:

—Nadie… pero nadie puede desaparecer en un espejo…

Pero Jupiter contestó:

—¿Quién sabe? Mas será interesante ver los documentos que presenta el señor Santora confirmando su narración.

Su interlocutora asintió en silencio y los visitantes se despidieron de nuevo dejándola en la entrada al vestíbulo, enmarcada por el portalón de aquella casona sombría, con sus nietos a su lado. Parecía como si la envolviera un halo de envejecimiento, de fatiga, a pesar de su esfuerzo para ofrecer una imagen de lo que debió ser una aristócrata en la época del ropaje que vestía. No cabía duda, ya no era la dama altiva que gustara de representar o imaginarse ser la desgraciada reina María Antonieta.

—¡Ese lugar me ha dado escalofríos! —exclamó Pete, cuando arrancó el camión.

Jupiter no contestó y durante harto tiempo se mantuvo reclinado contra la caja del vehículo, con las rodillas alzadas y enlazadas entre sus brazos, cerrando los ojos.

Por fin, Bob le preguntó:

—Vamos, Jupe, ¿qué es lo que te preocupa? ¿El espejo ése, acaso?

—Pues, no lo sé —respondió Jupiter y prosiguió—: Hay algo que no encaja… algo que dijo Santora. No recuerdo cuándo… pero es, digamos, irregular.

—¿Irregular? ¡Claro que todo lo es! ¿Qué duda cabe? No me preocupan en lo más mínimo las condiciones mágicas que quieras otorgarle al espejo ése, pero no me digas que alguien puede caminar, quiero decir atravesarlo y permanecer invisible en su interior, asomándose de vez en cuando para asustar a la gente de carne y hueso. ¡No faltaba más! —determinó Pete con acento enérgico.

—No es eso lo que he querido decir. Desde luego, opino que lo que nos ha contado Santora puede catalogarse como una leyenda o historia urdida para asustar a la señora Darnley… obligándola o induciéndola a que entregara el espejo.

—Ahora te comprendo mejor —admito Bob—. Es lo que dijo acerca de los treinta años que ha necesitado para localizar el espejo. Desde luego, eso carece de sentido común. Cuando alguien resulta ser el consejero de un presidente o jefe de estado, es una persona notoria. Diego Manolos poseyó todo aquel tiempo el espejo y debieron saberlo y verlo personas innumerables.

—Quizás así sea —objetó Jupiter—. Pero el caso es que Ruffino no acostumbra a mencionarse demasiado en la prensa. Veamos… ¿Qué sabéis de ese país?

Sus dos compañeros guardaron silencio, perplejos.

Jupiter prosiguió:

—Pues se trata de un país de importancia escasa y es posible que necesitara tanto tiempo como ha dicho para localizar el espejo. Pero no es esto lo que me preocupa, sino la descripción que del posible ladrón hizo Santora. Recordad, dijo: «… Bien sabemos que un hombre, uno pequeño, jamás sería capaz de llevarse el espejo de Chiavo…». Pero es el caso que nadie le había descrito al presunto ladrón. Pero él afirmó que era más bien pequeño… lo que es cierto.

Bob arguyó:

—¡Hay que ver de lo que es capaz esta memoria tuya! Pero quizá fuera, lo que Santora dijo, una manera de expresarse como otra cualquiera. Comparándolo con tal espejo, todo hombre parecería pequeño, por forzudo que fuera. ¡Si es un trasto monstruoso! ¿Supones, acaso, que Santora tiene algo que ver con el que penetró en la casa?

Jupiter meditó unos instantes antes de contestar:

—Su sorpresa pareció genuina cuando oyó aquello de la entrada

del intruso, incluso pareció alarmado. Tal intrusión en la mansión debió significarle algo… que desconocemos. Pero inmediatamente lo relacionó con el espejo, si bien la opinión de la señora Darnley fuera distinta. Entonces fue cuando afirmó que era un descendiente de Chiavo, como si tuviera prisa, como si debiera apresurarse en demostrar los motivos que le impulsaban a reclamar la posesión del espejo. No… cuando lo medito, creo que Santora nada tiene que ver con lo que podríamos calificar de asalto a la casa de la señora Darnley. Fue ésta quien le puso al tanto de lo ocurrido. Pero bien pudiera ser que supiera quién fue el que entrara en la casa… al que podríamos llamar ladrón. De todas maneras, estoy seguro que volveremos a tener noticias de este espejo. Esto no ha terminado.

—Por lo que me atañe, no me interesa verlo de nuevo —comentó Pete.

Jupiter Jones sonrió, y por aquel gesto, sus dos amigos comprendieron que no compartía tal opinión. Había «olfateado» un misterio y nada le detendría hasta esclarecerlo.

—Hemos de prepararnos —anunció—. Santora necesitará por lo menos una semana para proporcionarse los documentos necesarios que confirmen sus palabras. Han de enviárselos desde España. Para cuando lleguen, hemos de estar dispuestos.

—¿Para qué? ¿Con qué? —quiso saber Pete.

—Información. Hemos de informarnos de ese país llamado Ruffino. Recoger información concerniente a Chiavo. Por lo que dijo la señora Darnley, en su tiempo debió ser un mago… un ilusionista o prestidigitador de fama. Desde luego, jamás he oído nada de él. Pero no importa; hemos de ponernos a trabajar para estar dispuestos en tiempo oportuno.

Se confirmaron las suposiciones de Jupiter. Casi una semana había transcurrido desde que los Tres Investigadores estuvieran en la mansión de la señora Darnley, que del autobús de Rocky Beach se apeó Jeff Parkinson. Ya era casi media tarde cuando el rubicundo joven llegaba a la entrada del Patio Salvaje de los Jones. Jupiter estaba en el taller exterior reparando una vieja impresora que había conseguido recomponer con diversas piezas halladas entre los montones de la chatarra. Jupiter, en cuanto vio al visitante se puso de pie y limpiándose las manos, en lo posible, con un trapo, saludó al visitante:

—¡Hola! ¿Ya han oído algo del señor Santora?

Jeff sentándose en el sillón giratorio de Jupiter contestó con un ligero movimiento de cabeza.

—Ni una palabra.

Entró Pete luciendo una camisa recién lavada y cabello húmedo. En cuanto vio a Jeff, exclamó:

—¡Caramba, si es Jeff! ¡Pues estás un poco lejos de tu casa!

—¿Qué tal la marea? —preguntó Jupiter a Pete.

Éste, sentándose sobre una caja vacía, contestó:

—Pues harto bien. Las olas me arrojaron tres veces a la playa. No intenté entrar por cuarta vez… quizá me desnucaran.

Jeff, riendo, comentó:

—En cierta ocasión, Worthington nos contó que evitabas incomodidades innecesarias.

—¿Incomodidades? Pues no es lo que yo diría que ocurre cuando uno está en compañía de Jupiter Jones. Con él suceden cosas escalofriantes.

—No exageres. Lo que ocurre es que, con frecuencia, para resolver un misterio hay que correr ciertos… riesgos —apuntó el aludido.

Era la pura verdad. En un lugar apartado del Patio Salvaje de los Jones, había un remolque propio para vivienda, rodeado por montones de chatarra que lo ocultaban a cualquier mirada indiscreta. En aquel vehículo, los Tres Investigadores habían montado lo que cabría denominar su cuartel general. Allí tenían algo semejante a una oficina, sus archivos, teléfono, un laboratorio para reacciones químicas y un equipo de fotografía con su cámara oscura. Cuando Jupiter, Pete y Bob comenzaron sus investigaciones, el archivo casi era inexistente, pero paulatinamente había aumentado el número de armarios con cajones repletos de carpetas conteniendo los numerosos datos registrados por Bob con minucioso cuidado. El trío poseía una documentación tan extensa y completa que más de una organización de su índole se la hubiera envidiado. Aquel conjunto de pliegos y fichas de mostraban palpablemente que se habían corrido riesgos. Jupiter jamás rehuía el peligro para alcanzar el propósito que perseguía.

—Me parece —le dijo Jupiter a Jeff— que has venido para decirnos algo.

—Desde luego, pero no sé cómo empezar. Seguramente recordaréis lo que nos contó Santora acerca de su antepasado, aquel que a través del espejo se fue al país o lugar de los duendes.

—Claro que lo recordamos. Una narración harto interesante. Pero ya nos has dicho que nada nuevo habíais oído acerca de Santora. Por lo tanto, supongo que no ha presentado a tu abuela algo que pruebe que es un descendiente de Chiavo.

—Así es. Si lo prueba, tendrá el espejo. Mi abuela quiere proceder honradamente, pero jamás tolerará que se la engañe. No entregará el espejo si Santora sólo puede contar algo fantástico. Pero cuando estuvisteis en casa conocisteis a John.

—¿John Chan, quieres decir? ¿El que podríamos llamar mayordomo de tu abuela? ¿Qué ocurre con él?

—Desde luego es persona muy tranquila, calmosa —explicó Jeff —. Está al servicio de nuestra abuela desde hace varios años y nunca le he visto preocupado. Cumple con sus obligaciones, cocina muy bien y en su tiempo libre toca la guitarra. Procede de la universidad de Harvard. Su padre quería que fuera abogado, pero prefiere tocar la guitarra.

—No está mal —comentó Pete.

—Pues, John, quien por nada se altera, ahora oye… cosas y yo… quizá también.

Jupiter y Pete le miraron en silencio.

—No exagero —afirmó Jeff y prosiguió—: Anoche oí algo… como si fuera una carcajada. Me levanté y bajé. La puerta de entrada estaba bien cerrada… como la cerramos todas las noches antes de acostarnos. Encendí las luces del salón y todo me pareció normal… como siempre. Decidí acostarme de nuevo, cuando de pronto me pareció que algo entraba en la biblioteca. Digo algo, no alguien… o quizá, que se oía algo en la biblioteca. Entré allí, encendí las luces, pero nada advertí que me llamara la atención. Pero cuando entré de nuevo en el vestíbulo topé con John envuelto con su bata y un trinchante en la mano. Mostraba un rostro con gesto raro y con aquel cuchillo… francamente, me asusté.

—¿Qué más? —urgió Jupiter.

—Pues dije algo como… «¡Hola!», y él respondió: «¡Ah! ¿Eres tú?». Allí nos quedamos mirándonos, sin saber qué decir, y en aquel momento oímos una carcajada prolongada. Venía de la biblioteca,

donde está el espejo de marras. John se lanzó a la puerta, entrando en tromba, cuchillo por delante. Nadie… nada. Cuatro muros con libros y el espejo.

Frotándose el mentón, Pete preguntó:

—Veamos… ¿Acaso supones que ese espejo está embrujado?

—No puedo creer en tales cosas… aunque haya quien así lo afirma. Desde luego la casa no es que digamos agradable, pero jamás, nada le ha ocurrido a la abuela, a John o a mí. Mi hermana y yo somos de Chicago y cada verano venimos a pasar una temporada con la abuela desde que tiene esta casa.

—Pues no creas que es tan sencillo —advirtió Jupiter, explicando a continuación—: es una casa harto interesante. He leído bastante acerca de su construcción. Drakestar la construyó luego de retirarse de la profesión. Sentía gran inclinación por los experimentos espiritistas y se complacía en celebrar sesiones con sus amigos. Falleció hace unos doce años, y quien la compró a su muerte afirmaba que estaba encantada. Que su espíritu o fantasma había aparecido por allí en diversas ocasiones.

—Todo esto ya lo sabía. La abuela la compró hace unos diez años —aclaró Jeff—. Pero a su vez asegura que desde que la ocupó nada extraño ha advertido y está segura, así lo afirma, que todo cuanto hayan contado los moradores anteriores son imaginaciones. Pero ahora la realidad es que John oye cosas y yo también. John no cree en fantasmas, pero está nervioso. Me ha dicho que duerme con el cuchillo debajo de la almohada y me ha requerido para que nada diga a la abuela. No quiere que se intranquilice. Pero, por mi parte, creo que ella también oye o ha oído algo raro.

—¿Lo ha comentado? —preguntó Pete.

—Desde luego que no. Pero después que con John nos cercioramos de que nada ni nadie había en la biblioteca, subí de nuevo a mi habitación y me metí en cama. Pero, a los pocos instantes oí abrir la puerta del dormitorio de la abuela y me levanté de nuevo, saliendo al descansillo. La hallé de pie mirando hacia abajo. Le pregunté si le ocurría algo; fue evidente que se sobresaltó. Contestó que había sentido algo como un presentimiento, pero que no le diera importancia y volviera a acostarme. Pero la verdad sea dicha, la abuela jamás ha sentido presentimientos y yo estoy convencido… que oyó algo.

—¿Está asustada? —preguntó Jupiter Jones.

—No lo sé. Nada ha dicho, nada comenta, pero yo oí algo y estoy seguro que ella también. Con anterioridad jamás oímos ni notamos nada relacionado con Drakestar. Estoy convencido que, lo que sea, tiene que estar relacionado con el espejo ése. Vosotros os dedicáis a la investigación. ¿Podríais averiguar algo acerca de este espejo? En realidad, la abuela sabe muy poco acerca de él; sólo lo que le contó su amiga.

—La viuda del llamado Manolos —apuntó Jupiter.

Jeff asintió en silencio y prosiguió:

—Cuando la abuela era muy joven, en el pensionado conoció a una chica que era de Ruffino. Es una isla pequeña, situada en la costa de la América del Sur, donde algunas familias bien situadas envían a sus hijos a Norteamérica para completar su educación. Cuando su compañera terminó sus estudios, regresó a su país y contrajo matrimonio con el citado Manolos. La abuela mantuvo siempre buena amistad con ella e incluso la visitó un par de veces en Ruffino. La abuela jamás simpatizó con Manolos. Siempre le consideró como algo rastrero y, desde luego, maltrataba a su esposa. Pero tuvo cierto éxito en la vida y consiguió ser uno de los consejeros del presidente del país. Murió hace algo más de un mes y su viuda envió el espejo a la abuela. Sabemos que Chiavo compró el espejo en España y que lo utilizaba para comunicarse con esos horribles trasgos… pero esto es todo cuanto sabemos.

Arrugando el entrecejo, Jupiter respondió:

—En realidad, debo decirte que a nosotros también nos ha interesado el espejo de marras. Quizá sepamos más que tú, de Chiavo y del espejo. Con Bob hemos estado varios días tratando de informarnos. Nada hemos hallado en la biblioteca de Rocky Beach. Tampoco en la central de Los Ángeles. Pero esta mañana Bob ha ido a la universidad de Ruxton. Hay allí un profesor llamado doctor Barrister, muy aficionado a coleccionar relatos de fenómenos psíquicos. Nos ayudó mucho a resolver un caso que tuvimos, que lo hemos archivado con el título de *Misterio de la serpiente susurrante*. ¿Algo raro, verdad? Quizás el doctor Barrister pueda decirnos algo acerca de Chiavo. Cuando regrese Bob…

—¡Que ya ha regresado! —exclamó Bob, que había oído las últimas palabras al abrir la puerta del taller.

Salió seguidamente para dejar su bicicleta apoyada contra la pared y volvió a entrar, saludando:

—Parece que llego a tiempo. Hola, Jeff.

—¿Qué tal? ¿Averiguaste algo? —preguntó Jupiter.

—Claro que sí. ¡Hay que ver lo que es esa universidad de Ruxton! Hallé a nuestro amigo en el departamento de antropología. ¿Adivináis qué hacía? Pues redactaba un informe acerca del espejo de Chiavo. Conforme a las narraciones que circulan por ahí, el tal Chiavo fue un hechicero de primer orden y el espejo tiene algo de mágico. También hay narraciones que afirman que Chiavo nunca murió. Sencillamente pasó, atravesó, es decir, se esfumó a través del espejo para unirse a los espíritus terrenos o terrestres. En resumen, lo que nos dijo el señor Santora.

Los cuatro muchachos se miraron en silencio, meditando acerca de la leyenda que afirmaba aquello que un viejo hechicero estuviera viviendo en un mundo extraño, poblado de seres extrahumanos.

De pronto, la luz que entraba por la ventana disminuyó, tornándose grisácea.

Pete se estremeció ligeramente y murmuró en voz baja:

—Parece que vamos a tener tormenta.

Sobre la impresora se encendió una lámpara.

—¡Caramba! —exclamó Jupiter y apartando una reja, que corrió por debajo del banco de cerrajero situado junto a la impresora, se introdujo por un tubo de grandes dimensiones, cuya entrada ocultaba la reja.

—¿Qué es esto? —preguntó Jeff Parkinson, sorprendido.

Se apagó la lámpara y Bob explicó:

—Es la señal que nos llama la atención cuando suena el timbre en la oficina. Ahora Jupiter ha descolgado el auricular. Ha llegado hasta allí, deslizándose por el canal dos. ¿Sabe tu abuela que estás aquí?

—Mi hermana sabe que he venido.

—Pues quizá sea ella. Vamos para allá.

Jeff, apoyándose sobre los codos y las rodillas, siguió a Pete y Bob a lo largo del túnel que estaba revestido con trozos de estera conseguidos en los almacenes de derribos de la chatarrería. Al final alzaron una trampa y entraron en la oficina. Jupiter estaba sentado junto a la mesa, preguntando por el teléfono:

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

Jeff acabó por salir del túnel y miró a su alrededor. El remolque estaba lleno, pero bien ordenado, con archivos, una mesa y un par de sillas. Encima de la mesa había un microscopio y algunos aparatos eléctricos, que sin duda utilizaban los Tres Investigadores en sus indagaciones y experimentos.

Jupiter prosiguió, hablando por el teléfono:

—Creo que han hecho lo más adecuado. Cierren todas las puertas y aguarden. Haremos cuanto esté en nuestra mano.

Mientras acunaba el auricular, Bob preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

Jupiter, mirando a Jeff, respondió:

—Era tu hermana. Ella y la abuela regresaron a casa hace unos quince minutos. Habían salido de compras. Cuando subían por la escalera, oyeron una carcajada en la biblioteca. Corrieron hacia ella, miraron al interior y vieron a un hombre en el espejo. Tenía el rostro muy pálido, una cabellera blanca muy larga y grandes ojos verdes, brillantes… luminosos.

—¡Chiavo! —exclamó Jeff.

—La señora Darnley desea que se practique una investigación y que de ella nos hagamos cargo nosotros. Worthington vendrá a recogernos dentro de media hora.

CAPÍTULO 5

Otro aviso

Worthington pasó a recogerlos antes de que transcurriera la media hora prevista. Cuando les tuvo a todos en el coche condujo éste a la mayor marcha permitida hasta la mansión de los Darnley.

—He de devolver el «Rolls» inmediatamente a la agencia —les dijo a sus amigos—. Luego me iré a casa, pero si me necesitáis no dudéis en llamarme.

Así se lo prometieron los Tres Investigadores y siguieron a Jeff hasta la puerta, que abrió Jean antes que apretara el pulsador del timbre. Entraron, hallando a la señora Darnley sentada en una silla contemplando ceñuda la biblioteca. Estaba pálida, pero no apartó su mirada de la puerta de la biblioteca ni para saludar a los recién llegados.

Contentose con decirles:

—Desde luego, no me atrevo a entrar ahí, pero estoy segura de que nadie ha salido.

Jupiter preguntó:

—¿Ha vigilado estas puertas desde que vio lo que fuera en el espejo?

—No he apartado la mirada ni por un instante —reiteró la señora Darnley, arreglándose maquinalmente con mano ligeramente temblorosa el peinado.

—Luego de llamaros traje una silla a la abuela y seguidamente comprobé que todas las puertas y ventanas estaban cerradas —informó Jean.

—¿Dónde estaba John? —preguntó Pete.

—Es su día libre —contestó Jean.

—¿Quiere esto decir que mientras estuvieron ausentes la casa quedó vacía, señora Darnley? —preguntó a su vez Jupiter.

—Cerrada y vacía. Esto es. Cerrada con doble pestillo en cada

puerta y rejas en todas las ventanas. En ninguna parte aparecen señales de violencia. Nadie pudo entrar… y estoy completamente segura de que cerré bien al salir. ¡Ya lo creo que estoy segura! John salió con nosotras y Jean se cercioró de que las puertas quedaran cerradas.

—¿Cabe la posibilidad que John regresara luego por cualquier motivo y sufriera algún descuido? —insistió Jupiter.

—No. Varios estudiantes compañeros de la clase de John en el estudio de la guitarra habían preparado un concierto en el Ebel Club y John era uno de los ejecutantes principales. En nuestro camino hacia Westwood le dejamos frente al Ebel.

Jupiter entró en la biblioteca. La señora Darnley le siguió tras unos instantes de duda. La habitación casi estaba a oscuras. El día se había tornado gris y las cortinas estaban corridas ante las ventanas. Jupiter vio reflejarse su imagen ante el espejo. Encendió una lámpara de sobremesa y miró a su alrededor. Bob y Pete entraron también, pero Jane permaneció en el umbral. La biblioteca tenía el mismo aspecto que una semana antes, cuando estuvieron en ella por vez primera. Todo aparecía igual, nada había cambiado de lugar.

—Jane… ¿recuerda dónde estaba usted cuando vio la imagen en el espejo? ¿Recuerda el lugar exacto? —preguntó Jupiter.

—Claro que sí —respondió la interpelada, y subiendo unos ocho escalones de los que conducían al piso superior, contestó—: Aquí… —Y tras un ligero temblor, prosiguió—; y la abuela estaba uno o dos escalones más abajo.

—Está bien. No se mueva de ahí —ordenó Jupiter.

Entró de nuevo en la biblioteca, mirando al espejo. Anduvo describiendo un semicírculo, manteniendo su imagen en el espejo hasta que halló un lugar desde donde veía también a Jean, reflejada en la superficie del espejo.

Entonces preguntó:

—¿Me ve ahora?

La muchacha respondió:

—Le veo perfectamente.

—Bien, señora Darnley, si alguien estuvo aquí, donde yo me hallo ahora, usted vería su imagen reflejada en el espejo al bajar por la escalera y en esta penumbra haría el efecto de una aparición

fantasmal. El ambiente de esta estancia lo favorece… esta semioscuridad, las pesadas cortinas. ¿Le vio usted claramente?

La señora Darnley contestó, tras cierta vacilación:

—Pues, francamente… parecía como ligeramente velado.

—¡Entonces cabe deducir que esta estancia tiene una salida secreta, y si la hay, también significa una entrada! —exclamó Bob.

—A menos que sea un fantasma —objetó Pete, temblando ligeramente.

Los muchachos comenzaron a buscar el paso secreto. Pete y Jeff apartaron las alfombras y con un cuchillo examinaron todas las rendijas. Bob y Jupiter fueron retirando los libros de las estanterías y golpearon los muros en busca de un hueco.

Por fin, Bob anunció:

—Todo esto parece tan sólido como una roca. Jupiter frotóse el mentón y señalando con un gesto el muro opuesto al que colgaba el espejo, preguntó:

—¿Qué hay tras ese muro?

—Nada —contestó la señora Darnley—. Es una pared maestra exterior. Por ahí prosigue la pendiente de la colina. De hecho, parte de este muro está a ras del suelo. Por ello no tiene ventanas, como tampoco el muro orientado hacia el norte del salón.

—¡Hum! —murmuró Jupiter, mordiéndose un labio. Tornó a golpear los muros aquellos, murmurando—: ¡Casi no puedo creerlo!

Un timbrazo procedente de la puerta de entrada les sobresaltó, pero Jean, serenándose, advirtió:

—Voy a ver quién llama.

La señora Darnley y los muchachos oyeron el rumor del correr de los cerrojos, cómo se abría la puerta y la voz de Jane, diciendo con acento sorprendido:

—¡Ah! ¡Es usted!

Casi a paso de carga entró el señor Santora en la biblioteca, seguido de cerca por una Jean irritada, que le decía:

—¡No le he invitado a entrar! ¡Eso es intolerable!

El recién llegado lanzó una mirada de soslayo a los muchachos, advirtió las alfombras dobladas y enrolladas, así como los libros apilados sobre el suelo y encima de diversos muebles.

—¡Ah! —exclamó a su vez, y Jupiter creyó detectar una nota de satisfacción en su acento.

La señora Darnley, mirándole fijamente, preguntó al señor Santora:

—¿Desea algo?

—Señora, he venido para cerciorarme que a mi espejo nada le ha ocurrido. Todavía no he recibido la documentación pedida a España. Pero me parece que algo ha sucedido aquí. Por las trazas, han sufrido un susto.

—Pues nada ha ocurrido —respondió la señora Darnley, sin inmutarse.

—Usted ha visto algo, señora —insistió Santora—. Creo que ha visto a Chiavo. Créame, señora, no dude más o será demasiado tarde. Entrégueme el espejo.

—Si demuestra que es el derechohabiente, suyo será el espejo —contestó su interlocutora.

—Como usted lo desee, señora Darnley —admitió Santora, y sacando un cuadernillo de notas escribió en una de sus páginas algunas palabras con un lápiz de plata.

Arrancó la página y entregándosela a la señora Darnley, dijo:

—Señora, quizá cambie de parecer. Si así fuera, llámeme, por favor, a mi hotel. Es el Beverly Sunset. He aquí el número.

Tras una ligera inclinación a guisa de despedida, salió seguido por la irritada Jean, que cerró la puerta tras él.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que había visto aquello en el espejo! —exclamó la señora Darnley y prosiguió, preguntando—: ¿Pero cómo es posible?

Jupiter aventuró:

—Quizá lo supiera, o quizá también lo suponía. Desde luego, todo esto así, hace pensar que algo ha ocurrido. Quizá lo ha adivinado por el aspecto que tiene todo esto…

La señora Darnley, leyendo la hoja de papel que le había entregado Santora, comentó:

—Pues este individuo no repara en gastos, por lo que atañe al espejo. El Beverly Sunset no es barato. Mi amiga Emily Stonehurst se hospedaba allí.

—Creo recordar donde se halla. Está al sur del Sunset Boulevard, ¿no es así? Hacia el oeste de Sunset Strip… —aventuró Jupiter.

—Eso es. En la esquina de Sunset y Rosewood.

—Veamos —decidió Jupiter—. Vosotros, Bob y Pete…

Worthington nos ha dicho que estaría en casa por si le necesitábamos. ¿Por qué no le llamáis para que os conduzca hasta el hotel y podáis observar a este señor Santora y sus andanzas? Con seguridad que el establecimiento tiene una entrada de servicio, lo que significa que para la vigilancia serán necesarias dos personas.

—¡De acuerdo! ¡Conforme con todo mientras signifique salir de aquí! —exclamó Pete.

—Creo que debo llamar a mi madre para que no me espere a cenar —advirtió Bob—. Pero… ¿qué harás mientras vigilamos a Santora?

—Jeff y yo colocaremos de nuevo los libros en las estanterías y… —indicando con el pulgar el espejo con el marco de duendes, continuó—: Esperaremos. Será interesante saber si el fantasma de Chiavo aparece de nuevo mientras vigiláis a Santora.

CAPÍTULO 6

Pete sufre inquietudes

Pete, Bob y Worthington se detuvieron unos instantes para comer un bocadillo, en su camino hacia Beverly Hills. Oscurecía y por el Norte se apilaban nubes tormentosas, cuando llegaron al hotel Beverly Sunset. Era un gran edificio de cuatro pisos que ocupaba una manzana entera del Sunset Boulevard.

—Parece un lugar… muy caro —comentó Pete.

Worthington aparcó su coche unas casas más allá y en la acera de enfrente.

Contemplándolo, explicó:

—Es un lugar muy bueno. Con frecuencia llevo clientes que se hospedan ahí, pero no es un hotel de tipo comercial. Tienen pocos clientes forasteros. Bastantes clientes, quiero decir, son permanentes. Gentes que prefieren residir en un hotel que cargar con las molestias de mantener casa propia.

—De todo ello cabe deducir que el señor Santora no anda escaso de fondos —sugirió Bob.

—¡Ahí le tenemos! —exclamó Pete.

Desde el interior del automóvil los tres observaron al caballero español que salía del hotel. Se detuvo unos instantes en la acera, mirando al firmamento y a las nubes que se amontonaban. Tras una ligera vacilación, echó a andar con las manos en los bolsillos.

Worthington propuso:

—¿Qué os parece si le adelantamos y luego damos la vuelta para observarle mejor?

El señor Santora se había detenido ante una floristería, echó una ojeada al escaparate, caminó algo más, se detuvo de nuevo, contemplando el escaparate de una tienda de objetos artísticos y tras una ligera vacilación entró en el establecimiento.

—Creo que no tiene intención de comprar nada. Sólo está

matando el tiempo —apuntó Pete.

—¡Hola! ¡Mirad! ¡Ahí tenemos a un conocido! —exclamó Bob, sorprendido.

Un tipo delgado, vestido de oscuro con ropa harto usada, dobló la esquina rápidamente, caminando con paso apresurado hacia la entrada del hotel.

—¡Pero si es el ladrón aquél! —afirmó Pete, sorprendido.

—¡Claro que es él! —corroboró Worthington, haciendo ademán de salir del coche.

—¡Quieto, Worthington, por favor! ¡Quizá sea ésta la ocasión que buscamos para poner en claro este asunto! —advirtió Pete.

—No cabe duda que es el tipo que entró en casa de la señora Darnley. ¡Es el mismo!

—Desde luego, estoy con usted. Pero la señora Darnley opina que el tipo obró por cuenta de Santora. Ahora, si así fuera, luego de aparecer como espectro en el espejo, resulta que acude al hotel donde se hospeda Santora. Algo muy significativo.

Pete, luego de exponer su opinión, pareció cambiar de idea, porque luego de unos instantes comenzó a abrir la portezuela.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Bob.

—Seguirle. ¿Qué otra cosa cabe hacer? Si ambos están en relación, lo averiguaremos.

—Oye, si han convenido en encontrarse en esa tienda de objetos de arte, ten cuidado —advirtió Bob—. Ambos te han visto antes y pueden recordarte al instante.

—Estos tipos que asaltan las casas suelen ser harto peligrosos —añadió Worthington.

Pero Pete estaba decidido y respondió:

—Todo esto ya lo sé. No os preocupéis. Tendré cuidado.

Salió del coche y cruzó la calzada sin perder de vista al del traje oscuro, que caminaba con la cabeza baja, fija la mirada en las baldosas de la acera. Con un suspiro de satisfacción Pete comprobó que no entraba en la tienda, sino que seguía hacia la entrada del hotel.

Pete le siguió caminando hacia la entrada, con paso descuidado y los labios aflautados como silbando una tonadilla… la imagen de un chico que camina sin propósito determinado, pero entró también en el hotel.

El vestíbulo del Beverly Sunset era un lugar tranquilo y silencioso; el suelo cubierto por gruesa alfombra. Por doquier mesas bajas con floreros, sofás y sillones, algunos ocupados por señoras y caballeros de edad madura; unos simplemente sentados contemplando el suelo, otros mirando a través de los ventanales, algunos leyendo y algunas señoras charlando con voz queda.

Pete localizó inmediatamente a su sospechoso. Estaba ante el mostrador del recepcionista, hablando con éste.

Intentó imaginarse lo que haría Jupiter en circunstancia semejante. Desde luego, procurar enterarse de lo que hablaban.

Avanzó hacia ellos sin hacer ruido alguno y a un par de pasos se agachó, doblando una rodilla, como si estuviera asegurándose los lazos de sus zapatos.

El recepcionista decía:

—Lo siento, pero el señor Santora acaba de salir.

—Pues le dejaré un recado. ¿Puede darme una hoja de papel?

—Desde luego.

Pete se levantó, viendo cómo el sospechoso escribía encima del mostrador. Pete, distraídamente miró hacia el reloj que pendía sobre el mostrador y seguidamente comprobó la hora con el suyo. Lanzó una mirada a su alrededor y tomó asiento en uno de los sillones cercanos, pero de espaldas al mostrador.

Oyó cómo el sospechoso decía al recepcionista:

—Por favor, pase esta nota al señor Santora tan pronto llegue.

—Pierda cuidado, señor —respondió el empleado.

Lanzando una mirada con disimulo por encima del hombro, mientras el tipo sospechoso todavía estaba de espalda, Pete observó que el recepcionista colocaba la misiva en un casillero. El número 426.

Seguidamente el empleado miró al del traje oscuro con mirada interrogante, como una muda pregunta por si deseaba algo más.

El visitante reiteró:

—Le aseguro que es muy importante que el señor Santora reciba esta misiva.

—Cuidaré de entregársela personalmente, puede estar seguro.

Sonó el teléfono a la espalda del recepcionista y éste, tras un «con su permiso», volvióse para atender a la llamada.

El del traje oscuro se encaminó, doblando una esquina, hacia los

ascensores, y tras unos instantes Pete oyó cómo se cerraba la puerta de uno de los ascensores y el zumbido de su elevación. ¡El visitante no estaba dispuesto a que el recepcionista entregara su mensaje al señor Santora! Comprendió que todo aquello de la misiva sólo había sido una excusa, un truco, para que cuando el empleado se distrajera, el sospechoso pudiera saber el número de la habitación de Santora.

Pete dudó unos momentos, meditando lo que debía hacer. Decidido se levantó, encaminándose hacia los ascensores.

Había dos y junto a ellos comenzaba una escalera cerrada con una reja. Otra pausa para decidirse, sintiendo que se le contraía el estómago. Por fin, entreabrió la reja y se lanzó escalera arriba, trepando los escalones a pares. Cuando llegó a la planta cuarta, dejó la reja abierta como medio palmo y se asomó al corredor. Estaba tan bien alfombrado como el vestíbulo. Mesas largas y estrechas contra los muros con otros jarrones con ramos de flores también recién cortadas. Puertas, muchas puertas, pero ni rastro del intruso.

Pete caminó casi de puntillas por el corredor hasta quedar frente a la puerta que mostraba el número 426. Se sentía inquieto y extrañado. ¿Acaso el sospechoso estaba en la habitación de Santora? ¿Tenía el propósito de robar en su habitación? ¿O bien hablar a solas con él? ¿Qué debía hacer?

De nuevo se preguntó qué haría Jupiter en circunstancias semejantes. No había ningún teléfono a mano. En el pasillo, sólo veíase la alfombra, las mesas, los floreros y las puertas numeradas. ¿No sería mejor bajar al vestíbulo y comunicarle al recepcionista lo que ocurría? ¿Lo haría Jupiter? No, decidió Pete. Jupiter procuraría permanecer escondido y esperar a lo que ocurriera. Si el ladrón salía antes de la llegada de Santora, podría seguirle, y si éste llegaba antes que el ladrón saliera de su habitación, quizás averiguara algo interesante.

Pero no podía permanecer allí. Si se abría una de aquellas puertas numeradas —si uno de los huéspedes salía al corredor— lo más probable fuera que le preguntara qué hacía allí. Tenía que hallar un escondrijo.

Casi delante de la puerta de la habitación de Santora había otra sin numerar. Probó la manija: giraba. Abrió la puerta y percibió el olor de cera y humedad. Era el almacén para los utensilios de

limpieza de la planta o piso.

«No está mal», se dijo Pete entrando en el cuarto, procurando no tropezar con algún cubo o escoba de las que se alineaban contra las paredes. Ajustó la puerta, cerrándola hasta dejar un intersticio de unos centímetros y reclinose contra una estantería repleta con cajas y botes para limpiar y abrillantar. Muy bien. Desde allí, en la oscuridad, veía perfectamente la puerta de la habitación de Santora y en cuanto se abriera sin duda que vería también su interior, cuando menos un buen espacio.

Cruzado de brazos permaneció inmóvil, oyendo el retumbar del trueno en el exterior.

Oyó el rumor del ascensor que ascendía y cómo se detenía en aquel piso. Ahora se abría la puerta, deslizándose a un lado. Unos pasos de caminar ligero por encima de la alfombra. Oyó murmurar algunas palabras castellanas y seguidamente vio cómo el señor Santora, pasando por delante de la puerta entreabierta del cuarto de la limpieza, se detenía ante la puerta del número 426 e introducía la llave en la cerradura.

Pete entreabrió algo más la puerta, con el deseo de ver con todo detalle lo que sucediera.

Santora arrugó el entrecejo, como sorprendido, giró la llave dos veces, abrió la puerta y la cerró seguidamente a su espalda. Pete salió del cuarto donde se hallaba, atravesó el pasillo y ya se inclinaba para aplicar el oído a la puerta y escuchar lo que pudiera, cuando de pronto oyó algo que le sorprendió. Aquello había sido un golpe muy fuerte seguido del pesado caer de un cuerpo.

La puerta de la habitación de Santora se abrió de pronto y durante un segundo Pete y el ladrón del traje oscuro se miraron sorprendidos.

—¡Tú! —exclamó el ratero, al mismo tiempo que pasaba por delante como una exhalación.

Pete se lanzó contra él, pero el ímpetu del desconocido no le permitió hacer presa. Pero el sujeto fue a rebotar contra la pared frontera del corredor, mas se recuperó en un instante y echó a correr hacia la escalera, mientras Pete observaba que llevaba algún papel arrugado en la mano.

Pete se lanzó contra las piernas del fugitivo, consiguiendo hacerle caer de bruces, con los brazos extendidos y soltando lo que

asía con una mano. El fugitivo se revolvió en el suelo, incorporándose a medias, y consiguió golpear la cabeza de Pete. Éste por un momento sintió que se desvanecía, lo que el fugitivo aprovechó para deshacerse de él y echó a correr de nuevo. Medio atontado, Pete percibió el ruido de la puerta de la escalera al cerrarse. Consiguió sacudirse la modorra que le atenazaba y apoyándose en la pared, ponerse en pie. Todo lo que había en el corredor parecía que estuviera velado, acercándosele y alejándose al mismo tiempo. Por fin consiguió serenarse y entonces advirtió que aquello arrugado que llevaba consigo el fugitivo estaba en el suelo, casi junto a la pared. Lo cogió maquinalmente y doblándolo se lo metió en un bolsillo.



Tornó a la habitación 426. La puerta estaba abierta y Pete vio al señor Santora tendido en el suelo, al parecer desvanecido. Detrás de una oreja aparecía una herida contundente con sangre que fluía hasta mancharle el cuello de la camisa.

—¡Santo cielo! —exclamó Pete, arrodillándose junto al cuerpo de Santora. Cogiole la muñeca y tomole el pulso, comprobando con un suspiro de alivio que latía, si bien con cierta irregularidad. Santora había recibido una herida seria, pero vivía.

Entre un amasijo de papeles que sin duda habían sido sacados precipitadamente de una cartera de mano, asomaba un teléfono. Tomó el auricular y casi enseguida oyó a la telefonista preguntando:

—¿Qué se le ofrece?

—¡Habitación 426! ¡El señor Santora ha sido agredido! ¡Llame a la policía y consiga un médico inmediatamente!

Antes que la telefonista pudiera expresar su sorpresa, Pete ya había colgado el auricular. Saltó sobre Santora y corrió a lo largo del corredor, bajando la escalera de cuatro en cuatro peldaños mientras oía el zumbido del ascensor que se elevaba, partiendo del vestíbulo.

Salió al corredor que conducía desde la escalera al vestíbulo, esforzándose en aparecer tranquilo mientras lo atravesaba. Nada advirtió distinto a lo que antes viera, excepto que el recepcionista no estaba en su mostrador.

Salió a la calle. Había cerrado la noche y comenzaba a llover con cierta insistencia. El trueno acompañaba a los relámpagos que cruzaban el firmamento destacando las colinas cercanas. Pete se apresuró a llegar al cruce de la calle agachándose para protegerse, en lo posible, contra el viento y la lluvia. Cuando cambiaron las luces del semáforo, atravesó corriendo la calzada y casi cabe decir que se arrojó de cabeza al interior del coche donde le aguardaban Worthington y Bob.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Bob al notar su agitación—. Hemos visto a Santora entrar en el hotel. ¿Ha estado con el ladrón? ¿Han hablado?

Pete no contestó inmediatamente. Por fin, con voz entrecortada y temblándole las manos, intentó explicar:

—No… no…

—¿Pero qué te ha sucedido? —insistió Bob.

—¿Habéis visto salir al ladrón? —preguntó Pete.

—No. ¿Acaso no está con Santora?

Pete sacudió la cabeza y tragando saliva, respondió:

—No está con él. Llamé a la telefonista y ésta seguramente al recepcionista, y claro, el tipejo salió por la puerta de servicio…

—Pero veamos, ¿qué ha ocurrido? —preguntó a su vez Worthington enérgicamente.

Una sirena ululó acercándose y enseguida apareció un coche de la policía, deteniéndose ante el hotel.

Pete por fin consiguió decir:

—Ha sido el ladrón. Ha intentado matar a Santora. Por lo menos le golpeó fuertemente detrás de una oreja. Tomé el teléfono y avisé a la telefonista para que llamara a la policía y a un médico. Santora estaba tendido en medio de un charco de sangre, pero… yo no podía quedarme allí. ¿Cómo me hubiera explicado?

CAPÍTULO 7

El fantasma en el espejo

Luego que Bob, Pete y Worthington salieran de la mansión de los Darnley, Jupiter recorrió toda la casa, cerciorándose de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas y los pestillos pasados. Revisó cada estancia, incluso los lugares más sombríos, intentando ahogar la sensación de que a su alrededor algo se agitaba invisible, como si en la casa pulsara algo siniestro y amenazador. Una y otra vez se obligó a decirse y explicarse que todo ello era debido a los múltiples espejos que había por doquier… superficies que reflejaban y devolvían su propia imagen.

Entró en la biblioteca. Desde allí oía a la señora Darnley y a Jean hablando en la cocina. Hablaban de cómo disponer la mesa. Repercutió la puerta del frigorífico y el extractor encima de la cocina zumbó. Eran rumores y sonidos propios de una casa habitada, que reconfortaban, cálidos, que le hacían sentir que no se hallaba solo. Pero también parecían extraños en aquella casa en que parecía, a pesar de las cerraduras y rejas, que alguien o algo extraño delataba su existencia.

El trueno retumbó desde el Norte, acompañado por un relámpago que reveló otra imagen en el espejo. Era Jeff Parkinson que entraba en la biblioteca.

—Hoy oscurecerá pronto —comentó Jeff.

—Así es, a menos que la tormenta se disipe —contestó Jupiter.

El rostro de Jeff parecía ligeramente convulso. Esforzándose en hablar con palabra convencional, prosiguió:

—Es curioso. Tenía entendido que en California no llovía durante el verano.

—Desde luego no es corriente —convino Jupiter.

—La abuela ya ha dispuesto la cena. Comeremos en la cocina. Por lo menos allí no hay espejos. Me parece que por el momento

está harta de ellos.

Jupiter asintió en silencio y siguió a Jeff a lo largo del corredor de las puertas de las estancias, tan bien dispuestas por la señora Darnley con sus famosos espejos, hasta entrar en la resplandeciente cocina. A John Chan no se le esperaba hasta el día siguiente y un escritorio había sido trasladado hasta la puerta que desde la cocina se abría al garaje.

Cuando la señora Darnley regresó de su salida de comprar vestía un atuendo veraniego. Ahora lo había cambiado por unos pantalones y una camisa sencilla, pero elegante y de precio elevado. Su cabello plateado y dorado lo había peinado formando un moño en su nuca.

Colocando una fuente con huevos fritos encima de la mesa, comentó:

—Aquí no veremos fantasmas. He de agradecer a John que jamás me haya permitido poner espejos en la cocina.

—Señora, usted sólo vio una aparición, la que sea, en el espejo de Chiavo —recordó Jupiter.

La señora Darnley se sentó a la mesa. En aquel momento, pareció como si se sintiera fatigada e incluso envejecida.

—¿Los espejos? Alguna vez me ha parecido que todos estuvieran embrujados. En alguna ocasión, cuando vosotros —dirigiéndose a sus nietos— no estáis aquí, mirándolos creo que yo soy un fantasma reflejado en ellos.

Jupiter Jones sintió un escalofrío. ¿Acaso aquella señora rodeada por aquellos objetos, por aquel mundo de espejos en cuya superficie se habían reflejado tantas escenas, comenzaba a perder el sentido del mundo real y verdadero en que vivía?

Como si la cosa careciera de importancia, Jupiter preguntó:

—Señora Darnley… ¿ha visto alguna vez algún espectro o cosa semejante en alguno de sus otros espejos?

La expresión velada que parecía cubrir las facciones de la dueña de la casa desapareció inmediatamente. Con voz segura y expresión sonriente, contestó:

—Nunca, Jupiter. Pero con frecuencia voy y vengo por esta casa y creo que más de una vez, más de lo que me conviene, recuerdo a los otros, los que sufrieron un destino trágico y que un día también se contemplaron en sus lunas. Pero esto no tiene importancia. No

tengo alucinaciones. Duermo perfectamente. Afirmo que jamás he visto algo raro en ninguno de mis espejos.

—Es una afirmación harto reconfortante, por cuanto resulta que sólo hemos de ocuparnos del espejo de Chiavo, tanto si está, digamos, encantado o hechizado, como si es que hay una entrada secreta en esta casa, lo que no sabemos, o bien todavía no hemos hallado. Éste es el problema.

La señora Darnley asintió, diciendo:

—Así es.

—La mayoría de los ruidos o rumores peculiares se oyeron en la noche de la semana pasada. ¿No es así?

—Eso es. La vez primera que vi al fantasma… —dijo la señora Darnley.

—¿Pero acaso lo vio antes? —interrumpió Jupiter.

—Anoche —admitió la señora Darnley—. Ya era muy tarde. Oí cómo Jeff y John iban de un lado para otro. Luego que se acostaron de nuevo, no pude conciliar el sueño. Más tarde, oí alguien caminando por el corredor.

»Me levanté. Sabía que no era Jeff, porque oigo rechinar su puerta, por mucho cuidado que tenga. Tampoco era John, conozco muy bien su modo de andar. Me puse una bata y bajé al vestíbulo. Estaba oscuro, muy oscuro, pero no tanto como para que no pudiera ver los muebles, los objetos. Allí no había nadie, pero sí oí una risa, algo horrible. Parecía proceder de la biblioteca. Subí la escalera y desde allí miré hacia abajo y vi muy bien, distintamente, como hoy con Jean esta tarde… un rostro. Aquella faz horrible en el espejo.

—Si esta tarde la biblioteca estaba harto oscura con las cortinas tiradas, anoche todavía debía estar más oscura —observó Jupiter.

—Completamente a oscuras. Sin embargo, vi el rostro —afirmó la señora Darnley.

Intervino Jeff, preguntando:

—Pero abuela… ¿por qué no gritaste? ¿Dijiste algo?

—Porque no creo en fantasmas ni en cosas semejantes. ¿Qué iba a deciros? Pero hoy, habiendo visto uno con Jean… debo admitirlo.

—Bien, hemos terminado con la cena —comentó Jupiter y propuso—: Vámonos arriba. Ahora. ¿Tiene televisión en el piso? ¿Sí? Pues bien, vamos a ver qué programas nos ofrecen hoy.

—¿Todos?

—Pues no inmediatamente… Apagaremos las luces del vestíbulo y yo me sentaré en los escalones desde donde usted y Jean vieron al espectro o fantasma. Quizá, cuando la casa esté en silencio, el espíritu de Chiavo haga otra visita. A lo mejor, sabremos cómo y por qué su imagen aparece en el espejo.

La idea les pareció a todos como plausible. Luego de limpiar la mesa y arreglar la cocina, Jeff, Jean y la señora Darnley subieron por la escalera con harto ruido. La señora Darnley preguntó a Jupiter en voz alta cuál programa prefería. Cuando la dueña de la casa apagó las luces del vestíbulo, Jupiter se deslizó silenciosamente hasta los escalones desde donde la señora Darnley y su nieta vieron la visión.

Durante media hora nada oyó excepto el rumor de la tormenta que se aproximaba y las risas provinientes del aparato de televisión. Los relámpagos eran cada vez más frecuentes y el retumbar del trueno más cercano. Jupiter se mantenía absolutamente inmóvil, sin casi atreverse a mover ni un músculo.

De pronto sintió un ruido ligero, un rumor casi imperceptible. Tanto, que incluso dudó haberlo oído. Algo semejante a un choque ligero, un suave crujido. Quizás alguna contracción de la madera por el descenso de la temperatura… ¿o quizás alguien que se movía?

¡Un ligero temblor!

Jupiter se enderezó. No cabía error. Era un ruido profundo, como si alguien hubiera dejado caer algo… o tropezado…

Pero continuaba sin ver nada. Sólo se destacaba el marco de la entrada a la biblioteca. Al fondo, nada. Oscuridad completa.

Algo emitió una carcajada y si bien Jupiter estaba preparado y dispuesto a todo, se estremeció.

Aquella risa era algo repelente, burlona, recordaba a una pesadilla demencial.

De pronto una luz verdosa iluminó la biblioteca difusamente y en un instante —tan pronto y rápido que incluso casi cerró los ojos, cegado— Jupiter vio por la entrada de la biblioteca el espejo y el rostro espectral.

El horror y espanto le paralizaron unos instantes. El rostro desapareció y Jupiter se frotó los ojos para cerciorarse de la realidad de lo que había visto. ¡Era algo inaudito! ¡Casi no podía

creerlo! El cabello era gris, cayendo en guedejas por ambos lados del rostro. La faz pálida, como el yeso, pero con cierto resplandor sobrenatural, y los ojos… grandes, verdes, brillantes, de mirada burlona.

Saltó al suelo del vestíbulo, mientras se abría la estancia donde sonaba el aparato de la televisión.

Oyó de nuevo la risa sardónica y vio otra vez la luz verdosa iluminando aquel rostro repulsivo.

Jupiter se enderezó luego del salto, al mismo tiempo que se desvanecía la visión y la luz. Sólo quedó la oscuridad y la risa sardónica que se alejaba. Irrumpió en la biblioteca, buscando en la pared frenéticamente un interruptor. Dio con uno y la estancia se inundó con la luz.

Estaba vacía. Allí no había nadie, excepto él mismo mirándose al espejo que reflejaba su imagen.

CAPÍTULO 8

La caverna del fantasma

De pronto apareció también la imagen de Jeff Parkinson junto a la de Jupiter reflejándose en el espejo.

Jeff preguntó:

—¿Lo viste?

Jupiter asintió en silencio.

La señora Darnley y Jean entraron algo vacilantes detrás de Jeff, y la primera, al ver la pálida faz de Jupiter, con palabras que trataban de contener el histerismo que de ella hacía presa, murmuró preguntando:

—¿Verdad que es horrible?

Jupiter Jones entrelazó sus manos para evitar su temblor y tras unos instantes de respirar hondo para recobrar el aliento, contestó con palabra contenida:

—Desde luego, es para espantar a cualquiera y, francamente, no la censuro, señora Darnley, por intentar evitar su confusión y horror.

Pero inmediatamente, mirando a su alrededor, reiteró preguntando:

—¿Dónde habrá ido? ¿Por dónde?

—Esperemos que se haya ido por donde vino —contestó Jean, temblando, y prosiguió—: Quizá… quizá lo que nos contó el señor Santora sea cierto… que su antepasado se asome por el espejo.

—¡Esto es imposible! —exclamó la abuela—. ¡Es una monstruosidad vulgar! ¡No sé cómo se atreves a decirlo! ¡Nadie vive o existe en un espejo! ¡Porque esto sólo es un espejo con un monstruoso y repelente marco!

—Desde luego —convino Jupiter, llegándose hasta el espejo y pasando una de sus manos por el marco—. Es una monstruosidad de acero, sólido, compacto. Carece de alambres que hagan suponer o

deducir truco alguno. La luna muy bien conservada, si bien antigua. Pero nos ha mostrado la imagen horrible de un viejo. Pues algo había en esta habitación. Tenía que estar aquí. ¡Lo vi!

La tormenta, que hasta entonces parecía que sólo había rondado amenazadoramente, estalló con furia sin igual. Parecía como si incluso los elementos naturales protestaran por la presencia de algo sobrenatural. Primero cayeron algunos goterones que se convirtieron inmediatamente en un diluvio. Los relámpagos eran continuos y el trueno repercutía en los muros. De pronto, tras un resplandor cegador retumbó un trueno sobre la mansión que pareció sacudirla hasta los cimientos. Parpadearon un momento las lámparas y todo quedó a oscuras.

—¡Santo cielo! ¡Este rayo habrá caído en los cables! —exclamó la señora Darnley.

Jupiter Jones permanecía en silencio, escuchando la caída de la lluvia y examinando a su alrededor con suma atención. De pronto, atrajo su mirada cierto débil resplandor que parecía languidecer como si se consumiera a media altura en una esquina de la estancia. Jupiter fuese hasta allí y en la oscuridad tocó aquel lugar. Era el borde del anaquel de una de las estanterías y sintió que las yemas de sus dedos resbalaban sobre algo pegajoso. Cuando miró las puntas de sus dedos, éstos aparecieron luminosos en la oscuridad reinante.

—Necesitamos luz, sea como sea —urgió.

Jean y Jeff salieron de la estancia y Jupiter les oyó yendo de un lado para otro caminando a tientas y tropezando. Por fin trajeron unos candelabros con velas encendidas.

—Las baterías de repuesto está agotadas —anunció Jeff, dejando un candelabro encima de una mesa, y yendo con el otro hasta donde estaba Jupiter, explicó—: Esto es cuanto podemos hacer hasta ahora.

Jupiter miró a las puntas de sus dedos. El resplandor verdoso había desaparecido, pero quedaba un resto de materia grisácea.

—¿Qué es esto? —preguntó Jeff.

Jupiter lo olió y dirigiéndose a la señora Darnley y a Jean, explicó:

—¡Pues señora, estamos relacionados con un fantasma que usa maquillaje! Desde luego, se trata de una sustancia que no se

advierte a la luz, pero que brilla en la oscuridad. Necesitamos más velas.

Jean las trajo, y luego de encenderlas, Jupiter examinó el anaquel donde todavía, según diera la sombra, se advertía el resplandor verdoso. Con el pañuelo se limpió la mano, sacó los libros del anaquel, golpeó el muro escuchando una y otra vez con suma atención.

—Pues parece sólido —murmuró desencantado—. Casi increíble, pero aquí ha de haber una puerta y éste es un muro exterior de la casa, por la parte posterior. Bien podría ser que hubiera puerta y por ella el fantasma haya ido y venido a pesar de todos los cerrojos, pasadores y cerraduras, amén de las rejas. ¡Tiene que haber una salida secreta!

—Pero la casa está construida en la ladera de una colina. Al otro lado de ese muro sólo hay tierra sólida —advirtió la señora Darnley.

—También puede haber un túnel y a lo mejor no muy grande.

—O quizás una habitación —comentó Jean temblando y añadió —: a lo mejor, oye lo que decimos.

Jeff salió como un rayo de la biblioteca y Jupiter oyole correr hacia la cocina. Rumor de abrir y cerrar cajones y alacenas y, por fin, apareció de nuevo cargado con un pesado mazo de madera, diciendo:

—No sé para qué quiere John este mazo, pero yo sé lo que haré con él si algo sale de alguno de estos muros.

—Quizá ya no esté en la casa, pero la única manera de saberlo es descubriendo la puerta secreta. Estoy absolutamente convencido de que hay una —reiteró Jupiter.

La señora Darnley, sentándose fatigada, conminó:

—Jupiter, ten cuidado.

—Señora, aunque no lo crea, siempre lo tengo.

Comenzó la búsqueda con su habitual proceder metódico. Jean y Jeff le ayudaron, retirando todos los libros de los anaqueles. Reiteraron el golpear y escuchar buscando un lugar que sonara a hueco. Nada. Los muros se mostraban lisos y sin hendidura alguna. Los interruptores eran simples y los enchufes igual. Podían comprobarse todos los cables. Nada giró sobre sus goznes, nada se levantó del suelo, nada se hundió.

—Tiene que haber un pasador, una leva, un disparo —insistió

Jupiter, y prosiguió—: Precisamente en este muro, donde había la materia pegajosa.

—Quizá sólo se abre por el exterior —aventuró Jeff.

—No. Recuerda que Drakestar construyó esta casa. La puerta o lo que sea se construyó conforme a sus planos e instrucciones. Fue uno de los ilusionistas más destacados en su tiempo y el truco con que más se distinguía era con el de su desaparición. Incluso cuando ya se había retirado, gustaba de invitar amigos a comer y luego llevar a cabo su número favorito de la desaparición. Esta noche, el fantasma o espíritu, o como quieras llamarle, de Chiavo, ha desaparecido de esta estancia y probablemente era aquí donde Drakestar entretenía a sus invitados con sus trucos. En consecuencia, todo lleva a deducir que hay una salida a manejar desde el interior.

Jupiter volvió a manejar los anaqueles ahora vacíos y de pronto exclamó:

—¡Ah! ¡Creo que ya lo tengo!

—¿Qué? —preguntó Jean.

—Puede decirse que lo hemos probado todo… menos una cosa. Estos anaqueles son muy pesados. ¿Ya estaban ahí cuando adquirió la casa, señora Darnley?

—Así es.

—… Y siempre han estado cargado con libros —murmuró Jupiter—. Está bien. Nada ocurre si apretamos hacia abajo un anaquel o bien lo cargamos con libros, pero… ¿y si hacemos esto? —prosiguió Jupiter dando con la palma de la mano debajo del anaquel donde todavía había materia pegajosa.

Ningún ruido ni rumor se produjo, pero una perceptible corriente de aire hizo que vacilaran las llamas de las velas. Una sección del muro, con los anaqueles, se balanceó a un lado.

Todos permanecieron inmóviles y asombrados. Los cuatro abrieron los ojos desmesuradamente, pero nada ni nadie salió por aquel hueco. El espacio libre apenas medía sesenta centímetros de anchura. La pared frontera estaba formada por los bloques de cemento que componía la verdadera pared maestra que formaba el exterior de la casa.

Jupiter, al asomarse al estrecho pasaje, sintió junto a su nuca la respiración de Jeff que se había pegado materialmente a su espalda.

Aquello estaba cubierto de polvo y telarañas y más allá se adivinaban unos escalones que se hundían en la oscuridad.

—A ver, una vela —pidió Jupiter.

Jeff le pasó la vela que pedía y Jupiter examinó la sección que componía el muro móvil.

—No es extraño que sonara a algo sólido. Está hecho con madera gruesa y enyesado, como si fuera una pared y enmarcado por una chapa de acero. ¡Vaya obra maestra!

Jeff, mirando por encima del hombro de Jupiter hacia los escalones, preguntó con cierta aprensión:

—¿Vas a bajar por ahí?

—¡Eso sí que no! —exclamó la señora Darnley.

—Lo siento, pero es necesario y voy a bajar. De lo contrario, sólo resolveremos en parte este rompecabezas.

—Pues te acompaño —resolvió Jeff.

—¡Jeff, no bajes! ¡Te lo prohíbo! —chilló su abuela.

—Señora Darnley, lo más probable es que el fantasma no esté por ahí abajo. Estoy seguro de que está muy lejos de esta casa —observó Jupiter con tono convencido.

Sin aguardar a más reconvenciones comenzó a bajar por aquellos escalones, Jeff pegado a sus talones y asiendo el mango del mazo de madera.

La escalera era empinada y harto profunda. La vacilante llama de la vela iluminaba los muros polvorientos y se percibía el olor de los lugares que han estado cerrados durante mucho tiempo. De pronto, la escalera formó un recodo o esquina para dar entrada a lo que podía ser algo como una bodega pequeña… una estancia formada por piedras cuadradas y el suelo cubierto por una capa de cemento. Jupiter levantó la vela y Jeff miró a su alrededor.

—¡Aquí no hay nadie! —murmuró Jeff.

—Pero ha estado aquí —aseguró Jupiter—. ¿No ves cómo el polvo del suelo ha sido removido?

Ambos muchachos se adentraron en la estancia y Jupiter indicó con un gesto dos baúles, viejos y muy usados. Llevándose un dedo a los labios advirtió a Jeff que guardara silencio. Luego de entregar a su compañero la vela, Jupiter se inclinó para examinar ambos baúles. El primero llamó su atención y estaba sin cerrar; la pestaña del cerrojo pendía libremente. Asiéndola, alzó la tapa con

rechinamiento de las mohosas bisagras. Jeff acercó la vela a ambos y vieron un saco de dormir harto usado, algunas botellas y jarros extraños, así como un bocadillo envuelto en un trozo de plástico.

Jupiter miró a Jeff y éste a su vez a su compañero, extrañado, como preguntándole. Jupiter alzó una ceja e indicó con un gesto el segundo baúl, adosado al muro más lejano. Jeff asintió silenciosamente. Desde luego, cabía imaginar que el fantasma había ocupado aquella habitación durante algún tiempo y quizá todavía estuviera allí. El baúl era algo voluminoso. Jupiter fue hacia aquel baúl, andando de puntillas. Jeff alzó la vela y asió el mazo con mayor fuerza cuando Jupiter cogió la pestaña del segundo baúl.

Pero antes de que Jupiter moviera o quizás alzara la pestaña de la cerradura, la tapa del baúl saltó hacia arriba, chocando contra el muro. Un grito se elevó en el aire y se creó una confusión indescriptible en aquel subterráneo. Jupiter viose ante los brillantes ojos verdes fantasmales. Por un instante ambos muchachos vieron ante sus miradas la quimérica visión del rostro espectral del ilusionista Chiavo.



El horrible ser avanzó. Jupiter fue proyectado contra Jeff. Cayó la vela al suelo con los muchachos, apagándose la llama. Jeff lanzó un grito y su maza golpeó el suelo. Jupiter agarró la larga túnica del fantasma, que se rasgó, mientras aquel ser sobrenatural se lanzaba hacia la escalera.

Se oyeron pasos en los escalones y Jupiter dio una vuelta sobre sí mismo. Tenía algo entre sus manos, algo blando y suave. Un trozo de tela. Se puso en pie de un salto en dirección a la escalera, cuando oyó gritar a Jean Parkinson.

Restalló un relámpago que incluso sus destellos reflejaron la luz en el sótano y entonces vio al fantasma claramente: un ser alto, con cabellera abundante. Estaba en lo alto de la escalera, junto a la puerta secreta. Jean chilló de nuevo.

Jupiter subió corriendo la escalera y atravesó la biblioteca a tiempo de ver cómo el fantasma abría y descorría el cerrojo y la cerradura de la puerta principal y se precipitaba en el diluvio de la tormenta. Otro relámpago iluminó un cuerpo flaco con guedejas de pelo chorreantes. Retumbó un trueno y el fantasma se desvaneció en la oscuridad.

Medio desvanecida en un sofá la señora Darnley sólo musitaba:

—¡Santo cielo! ¡Ampáranos!

Jupiter, sonriendo, si bien respirando agitadamente por la carrera, respondió:

—Un espíritu harto interesante. He conseguido un trozo de su ropaje.

CAPÍTULO 9

Una carta misteriosa

Ya habían dado las ocho cuando Bob, Pete y Worthington regresaron a la mansión de los Darnley. Jupiter y Jeff estaban examinando cuanto contenían los baúles que se hallaron en el subterráneo. Jean montaba guardia, así cabe decirlo, en la puerta principal, mientras la señora Darnley intentaba en vano marcar el número del teléfono de la policía.

—Por un pelo no hemos cogido al espíritu de Chiavo —dijo Jean a los recién llegados—. Vivía en los sótanos de la casa. Venid y os enseñaré lo que hemos descubierto.

Les acompañó a la biblioteca, donde permanecía abierta la puerta secreta y desde allí llamó a Jupiter y a Jeff. Ambos subieron y aparecieron cubiertos con polvo, pero Jupiter mostrando cara de satisfacción.

—Nunca creí que fuera un fantasma —explicó con seguridad—. Desde luego se trata de alguien que se ha escondido en una habitación secreta dispuesta debajo de la biblioteca. Lo que todavía no hemos determinado es cómo llegó hasta allí. Se ha alimentado con conservas, bocadillos y algunas botellas con agua. ¡Ah! También hemos hallado un saco para dormir, una linterna eléctrica y el maquillaje que utilizaba para hacerse visible en la oscuridad.

Exasperada, la señora Darnley apareció, exclamando:

—¡No puedo comunicarme con la policía! ¡La tormenta debe haber averiado las líneas!

—Pero abuela, no te exaltes —intentó aplacarla su nieta Jean—. El fantasma ya ha desaparecido, sea quien sea. Por lo menos sabemos que no era el señor Santora o bien aquel ratero flaco que se nos metió en casa. El que hacía el papel de fantasma era mucho más alto que ambos.

—Pero… veamos —quiso saber Pete—. ¿Cómo es que el

fantasma salió por la puerta principal? ¿Por qué no se lo impidieron?

—De todo ello hace unos veinte minutos —respondió Jeff—. Desde luego que lo intentamos, tanto Jupiter como yo. Tenía conmigo este mazo para lo que fuera necesario y ya lo tenía en alto… cuando de pronto se abrió aquel baúl y salió el fantasma chillando, y francamente… lo confieso, me asusté.

—La verdad sea dicha… todo ocurrió como si fuera una pesadilla —corroboró Jean—. Ocurrió en pocos segundos. Sabía que de aquel agujero podía salir cualquier cosa horrible y creía estar dispuesta a afrontarlo, pero llegado el momento, sólo pude chillar. Jupiter fue el único que consiguió algo práctico. Rasgó y arrancó un trozo de la tela que cubría al fantasma y mañana intentará averiguar de dónde procede el género.

—Desde luego se trata de un tejido poco corriente —dijo Jupiter sacando los bolsillo el trozo de tela mencionado—. Género de lana grueso con hililIos plateados. Propio de un teatro, pero puede conducirnos a identificar a nuestro fantasma. Bien… ¿Qué tal os ha ido?

—Santora está hospitalizado —respondió Pete y continuó—: Además, el tipo que suponíamos que estaba de acuerdo con él o bien a su servicio para hacerse con el espejo, no es tal.

Pete prosiguió relatando cuanto había visto y le había ocurrido en el hotel Beverly Sunset, concluyendo:

—… luego que el tipo flaco golpeó a Santora, echó a correr y bajó por la escalera. Supongo que salió por la puerta de servicio. Worthington y Bob vigilaban la entrada principal y, en consecuencia, no le vieron salir. Nos quedamos allí hasta que llegó una ambulancia que se hizo cargo de Santora.

—Me hubiera dado de bofetadas por no habérseme ocurrido que debía haberme apostado en la entrada de servicio —se lamentó Bob —, mientras Worthington permanecía ante la puerta principal. Quizá hubiera podido seguir al tipejo ése o bien tomar nota de su coche, si es que lo tiene.

—Desde luego, sufrimos una equivocación —corroboró Worthington—. Pero como ha dicho Bob, supusimos que aquel tipo iba a encontrarse con Santora, es decir, que estuvieran confabulados y, por lo tanto, pasamos por alto la vigilancia de la entrada de

servicio. A ello coadyuvó el que Santora regresara al hotel casi inmediatamente después de la llegada del que suponíamos su cómplice.

—Pero algo positivo hemos conseguido —dijo Pete sacando aquel papel arrugado que había recogido en el corredor luego de su refriega con el agresor—. El tipo aquel dejó caer este papel. No está en inglés, pero al parecer para este desconocido agresor tenía gran importancia, porque lo llevaba fuertemente asido en la mano mientras trataba de escapar. Es una carta, no cabe duda, y de ella hasta ahora sólo he entendido el nombre de usted, señora Darnley.

—¿Me nombra a mí? —preguntó, asombrada, la señora Darnley.

En aquel momento se encendieron las luces de nuevo.

—Menos mal —suspiró la dueña de la casa—. Por lo menos tenemos luz más que suficiente. Jean, apaga todas las velas antes que prendas fuego a alguna cosa y veamos qué se lee en este papel que Pete nos ha traído.

Tomándolo en la mano y tras mirarlo, dijo:

—Parece que está escrito en castellano… ¿Puede leerlo alguno de vosotros… traducirlo?… O quizá sea portugués…

—He estudiado un poco el español, señora Darnley —le contestó Jupiter.

Extendió el papel sobre una mesa y tirando de su labio inferior como en él era costumbre cuando se concentraba en una tarea, explicó:

—Es una carta, fechada cinco días atrás y dirigida a un tal «Estimado Rafael».

—Creo recordar que el señor Santora me dio este nombre de pila cuando vino por vez primera. ¿Qué más? —preguntó la señora Darnley.

Estimado Rafael:

No creo que hayas cometido ligereza alguna contándole a la señora Darnley la historia del espejo de Chiavo, pero la obtención de los documentos requerirá cierto tiempo. Si pudieras adquirir el espejo sin toda esta documentación, sería lo más conveniente; pero seguidamente, cuanto antes, mejor. Me preocupa mucho Juan Gómez. Es un tipo sin escrúpulos que puede resultar muy peligroso, tanto para ti como para la señora Darnley y no

digamos para la república de Ruffino. Gómez no debe averiguar el secreto concerniente al espejo. Si ello ocurriera, jamás terminarían los días aciagos. He sabido que Gómez tiene familiares en Los Ángeles. Unos primos que viven en un lugar llamado Silverlake. Quizás esto te ayude. Si pueden localizarlo, vigílalo. Intenta conseguir el espejo. Por encima de todo, que no se haga con el espejo.

Por lo que te atañe, ten mucho cuidado. Siento que voy envejeciendo. Estoy en posición tan elevada que te encuentro a faltar a ti y tu apoyo. Me rejuvenece cuando veo a Ruffino a través de tus ojos, que son más jóvenes que los míos y de mirada más aguda.

A. F. G.

El rostro de la señora Darnley se había tomado serio y grave a medida que avanzaba la lectura de la traducción. Terminada ésta, comentó:

—Triste, muy triste. Parece escrita por alguien ya de edad, un anciano, quizá.

Jupiter, mirando ante sí, musitó:

—Un hombre… alguien en posición elevada… que está preocupado, mejor dicho, asustado… muy preocupado por Santora, por usted, señora Darnley y por la república de Ruffino. Supongo que no sabe quién ha escrito esta carta, señora Darnley. ¿Conoce su amiga la señora Manolos alguien en cuyo nombre coincidan estas iniciales:

A. F. G.

? Su esposo había ocupado cargos relevantes en Ruffino…

Pero la interpelada denegó en silencio y aclarando:

—Isabela Manolos… cuántos años… Sí, mantuvimos correspondencia desde que nos conocimos en el pensionado, pero sólo comentábamos nimiedades. Jamás pude soportar a su antipático esposo y mucho me temo que él lo adivinara.

—Desde luego, abuela, puedes estar segura de ello. Porque cuando alguien no es de tu agrado… —observó su nieta.

—Quizás así sea y a veces diga cosas que más valiera que callara, pero cada uno es como es. Repito que jamás me agradó Manolos y todavía me pregunto por qué Isabela se casó con él. Pero

lo cierto es que tras el matrimonio comenzó a prosperar en el seno del gobierno de su país y ello todavía me lo hizo más antipático. Se daba aires de ser la persona más importante del país y de la tierra entera, si así puede decirse. Por lo tanto, sé muy poco, nada en resumen, acerca del gobierno de ese país y cuál pudo haber sido la influencia ejercida por el esposo de Isabela. Desde luego, ni por asomo sé quién haya podido escribir esta carta.

Bob preguntó:

—¿No hay una enciclopedia a mano? Quizá consigamos saber detalles acerca de ese país.

Jean contestó:

—Tengo una, no muy voluminosa. La compré para resolver palabras cruzadas.

Tuvieron que buscar un poco entre los libros amontonados por doquier, pero por fin apareció la enciclopedia. Bob basándose en el índice abrió la sección destinada a la república de Ruffino. Total, media página y la información era más bien escasa.

Bob fue resumiendo:

—Veamos… parece que es una democracia, o sea un gobierno o régimen semejante al de los Estados Unidos de Norteamérica, pero se trata de un país harto pequeño. Lo que podríamos llamar poder legislativo está compuesto por un senado y un parlamento con sesenta y ocho diputados. El presidente del Estado está asistido por un consejo ejecutivo, pero que en realidad sólo es consultivo para el presidente…

—Déjate de detalles y ve al grano, porque por tu cara conozco que has encontrado algo importante —urgió Pete.

—No te precipites. Aguarda… No se dan los nombres de los senadores ni de los diputados, pero sí el del presidente del país…

—¡No me digas que coincide con las iniciales! —exclamó Pete.

—Pues así es. El presidente de la república de Ruffino se llama Alfredo Felipe García —contestó Bob.

Se miraron unos instantes en silencio y por fin Jupiter comenzó a caminar de un lado para otro, con las manos en los bolsillos, meditando la situación.

Por fin resumió:

—Conque el presidente de la república, ¿eh? Esta carta explica muchas cosas, a pesar de que quien la escribió intentó ser tan

discreto como le fuera posible. Nos avisa que debemos guardarnos de alguien llamado Juan Gómez y creo que éste es nuestro ladrón. Hoy hirió a Santora y esto confirma la advertencia de que se trata de un individuo peligroso. También resulta de su lectura que Santora no trata de hacerse con el espejo para sí, sino que es para el bien de alguna otra persona… una alta jerarquía en su país. Total, que hay en juego algo muy importante, algo que está relacionado con el espejo éste de los trasgos. También podemos dar por cierto que Santora inventó lo de su parentesco con Chiavo, y si presenta documentos españoles serán meras falsificaciones. De ello cabe deducir que Santora no es español, sino ciudadano de Ruffino.

La señora Darnley, con semblante apesadumbrado, observó:

—Pobre Isabela Manolos. Si la persona que ha escrito esta carta es el presidente de Ruffino, quizá se halle en alguna dificultad. Opino que deberíamos aclararlo todo antes que se haga una publicidad indiscreta.

—¿Qué quieres decir, abuela? —preguntó Jean.

—Que lo que deberíamos hacer sería llamar a la policía y relatar todo lo sucedido. Quiero decir, poner el asunto en sus manos y lavarnos las nuestras. Pero quizá para alguien esto fuera lo peor que podríamos hacer.

Mirando a Jupiter, Bob y Pete, prosiguió:

—Os contraté para que investigarais lo concerniente a mi espejo hechizado y si así lo hice fue también porque Worthington me habló tan bien de vosotros. He comprobado más de una vez que con frecuencia los jóvenes son más listos que los viejos, digamos los entrados en años, que se fían principalmente en su experiencia y, en consecuencia, nada nuevo esperan ni aceptan. Todo parece que lo sepan de antemano.

—Creo que está usted en lo cierto, señora —comentó Worthington.

—Le comprendo perfectamente, señora Darnley —contestó Jupiter—. Hasta ahora algo positivo hemos conseguido. Sabemos que el espejo hechizado, como usted dice, ningún hechizo posee, pero sí que guarda un secreto. ¿Hemos de desentrañarlo?

Pete protestó:

—Oye, que ya es tarde y yo, francamente, tengo bastante… pero en fin, vamos allá, porque también estoy convencido que oculta

algo y hasta que no lo sepamos… tampoco pararemos.

Jeff fue a la cocina para traer una escalera y herramientas. Con la ayuda de muebles con que apoyarse, esfuerzos conjuntos y animándose mutuamente, los cuatro muchachos y Worthington descolgaron el espejo del muro. Jupiter procedió sin pérdida de tiempo a destornillar el respaldo de madera que fijaba la luna en el marco. Nada de particular. Ya estaba suelto el marco con sus figuras horribles y grotescas. Pero tampoco mostraba nada de particular, excepto las imágenes de aquellas criaturas con rostros y cuerpos de pesadilla y en lo alto, en la cima del marco, el duende grotesco jugando o acariciando a la serpiente. Ninguna rendija o hendidura que ocultara algo. Todo quedaba reducido a un marco de espejo de pared enorme, indescriptiblemente feo, la luna del viejo espejo y el respaldo de madera, que había sido reparado varias veces. Varias etiquetas pegadas a la madera indicaban los nombres y las direcciones de los artesanos de Madrid y de Ruffino que habían llevado a cabo las revisiones y reparaciones.

Jupiter se sentó de cuclillas y contempló las tres piezas, preguntándose intrigado:

«¿Qué puede haber ahí que interese tanto al presidente de una república?».

CAPÍTULO 10

La capa del nigromante

A primera hora de la mañana siguiente Bob Andrews salió de Rocky Beach con su padre, en dirección a Los Ángeles, en donde tenía el propósito de revisar los archivos del periódico «Times», a la búsqueda de artículos o relatos concernientes a la república de Ruffino, del ilusionista Drakestar y, si fuera posible, de su casa en Hollywood Hills.

Jupiter y Pete también se fueron a Hollywood con Konrad, aprovechando que éste debía entregar una mesa antigua a un cliente del Patio Salvaje de los Jones.

Cuando entraban en la autopista, Jupiter le dijo a Konrad:

—Santora todavía está hospitalizado. Llamé a todos los hospitales de Beverly Hills hasta que le localicé, en el Neverly Crest Hospital Center. Anoche se le mantenía incomunicado. Esta mañana he llamado de nuevo y me han contestado que podría visitarle. Por lo tanto, su herida no debe ser demasiado peligrosa.

—Me alegra oírte —comentó Pete—. No sé si se trata de una persona de fiar o no, pero sí como he de calificar al que le hirió. Es un tipo agresivo.

—Juan Gómez. Éste parece ser el tipo peligroso. He examinado la guía telefónica y he hallado varios con este apellido que residen en Silverlake. Claro que si nuestro Gómez vive con unos primos suyos, ninguna seguridad tenemos de que también se llamen Gómez o bien que tengan teléfono. Pero esto, por el momento, no tiene importancia primordial.

—¿Puede saberse a dónde vamos? —preguntó Pete.

Jupiter, sacando un librito de notas de su bolsillo, contestó:

—Anoche mostré este trozo de tejido a la tía Mathilda. Me dijo que no es un género corriente. Preguntaremos en las tiendas de Hollywood. Nuestro fantasma tuvo que adquirirlo en algunas de

ellas y por su textura especial… ¿por qué no en algún establecimiento de vestimentas?

Pete lanzó una ojeada al librito de notas de Jupiter, preguntando:

—Veo que has redactado una lista. ¿En cuántos establecimientos hemos de preguntar?

—Unos pocos…

—¡Mis pobres pies! —gimió Pete.

—Una buena labor de investigación requiere persistencia —contestó Jupiter con decisión.

El camión salió de la autopista y pocos minutos después se detuvo en la esquina de Sunset y Vine. Los chicos se apearon.

—¿He de recogeros luego? —preguntó Konrad.

—No. Regresaremos en el autobús. A lo mejor permanecemos todo el día en Hollywood.

—Tu tía Mathilda se disgustará. Ya sabes que no le gusta que te ausentes los sábados.

—Pero luego olvida o perdona sus regañinas y todo queda igual.

Konrad puso el camión en marcha y desapareció calle abajo.

La primera tienda que Jupiter tenía anotada estaba en la calle Vine, cercana a Fountain. Ambos muchachos entraron en un gran establecimiento semejante a un almacén. Junto a la puerta había una cabina donde un hombre algo calvo hojeaba una revista de modas. En el interior de aquel almacén los muchachos entrevieron ringlas y más ringlas de trajes, vestidos y prendas de todas clases y colores.

El calvo les miró un instante, preguntando:

—¿Qué hay?

Jupiter, sacando el trozo de tela que había arrancado de la túnica del fantasma, dijo:

—Mi tía desea que busque y adquiera un trozo de tela igual a ésta. Pidió prestado un vestido para una fiesta, lo rasgó y quiere arreglarlo antes de devolverlo. No ha hallado género igual en las tiendas de tejidos. ¿Tendría usted acaso algo semejante?

El interpelado tomó el trozo y luego de examinarlo, murmuró:

—Veamos: lana. Dalton Mills hacía género semejante, pero no es de los proveedores habituales nuestros. Lo siento, no puedo serviros.

Los muchachos murmuraron su agradecimiento y salieron.

—Mira, creo que lo mejor es que lo dejemos correr —propuso Pete.

—Oye, que acabamos de principiar. Los establecimientos que alquilan trajes y vestidos jamás desprecian algo. Lo que tienen lo limpian y remiendan hasta lo infinito.

En el segundo establecimiento que preguntaron, el propietario les dijo que jamás había visto tejido semejante. Lo mismo ocurrió en el tercer y cuarto establecimiento que visitaron. Daban las once cuando entraron en uno del bulevar de Santa Mónica, denominado «Lancet Costume Company». En su interior toparon con el acostumbrado mostrador, sobre el cual estaba inclinado un tipo repasando cuentas y fumando un cigarro.

Jupiter le mostró el trozo de tela, repitiéndole el cuento del vestido deteriorado. El tipo del mostrador tomó el trozo de tela, la examinó y luego de palparlo con mal talante y gesto avinagrado, dijo:

—Decidle a Baldini que arregle sus propias chapuzas.

—¿Baldini? —repitió Jupiter, preguntando.

—No te hagas el tonto, chico —reiteró el tendero—. Dalton Mills tejía algo semejante, pero no de tan buena calidad. La pieza de este trozo fue tejida para Drakestar, el ilusionista, o nigromante, como algunos le llamaban.

Jupiter sentía golpearle el corazón en el pecho.

—Cometí la simpleza de alquilar a Baldini la ropa de Drakestar. Id a su casa en Virginia y decidle a Baldini que me devuelva la capa y túnica. Podré arreglarlo, pero le costará lo suyo. No voy a remendarlo, que será como retejerlo, sólo por su linda cara. Y ahora, largaos.

—Mi tía dice… —insistió Jupiter.

—Oye, chico, que esto no es de tu tía, e incluso dudo que tengas una. Dile a Baldini que me devuelva la ropa o bien en cinco minutos iré hasta donde está y le tiraré de las orejas hasta que no se las reconozca.

Jupiter y Pete se retiraron con cuanta dignidad todavía eran capaces, pero en cuanto estuvieron en la calle y fuera de la vista y oído del ropavejero, Jupiter estalló en una carcajada y exclamó:

—¡Hay que ver! ¡Resulta que alguien llamado Baldini alquila un

ropaje que fue de Drakestar y luego se dedica a hechizar un espejo en la misma casa que construyó! Francamente, esperaba que tendríamos la suerte de hallar la ropavejería adecuada donde nos indicaran dónde podríamos hallar al fantasma, pero esto… es casi inimaginable. ¡Nuestro fantasma es un artista real!

—Y vive en una casa de huéspedes de Virginia… debe ser una calle cercana —apuntó Pete—, cuando el hombre puede ir allí en cinco minutos y tirarle de las orejas.

—¿Vamos? —propuso Jupiter.

—¡Pues claro! ¿Para qué si no estamos aquí? —decidió Pete.

Casi sin poder contener su excitación fueron a la avenida Virginia, donde la mayoría de los edificios eran apartamentos de alquiler. Pero había una edificación que al parecer todavía era una residencia particular, si bien algo antigua. Pero el césped que había ante su puerta de entrada estaba bien cortado y cercano al porche había macizos de flores muy cuidados. Un rótulo en la puerta anunciaba que había una habitación para alquilar.

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos preguntando si Baldini se gana la vida asustando a la gente actuando de fantasma? —preguntó Pete.

—Podría recordarme, aunque sólo me haya visto a la luz de una vela. Finjamos que estamos haciendo un estudio social de estos que ahora tanto se estilan. Preguntaremos a la dueña o encargada cuántos huéspedes tienen, cómo se ganan la vida… y cosas por el estilo.

—Conforme, pero tú llevarás la voz cantante. Sabes desenvolverte mejor que yo.

—Adelante, pues —decidió Jupiter, tomando su cuaderno de notas y disponiendo bien visible su bolígrafo.

Con ademán decidido pulsó el timbre.

La puerta se abrió crujiendo y apareció en su umbral una señora con cabello cano.

—Señora, rogamos perdone nuestra llamada. Estamos haciendo un estudio social de estos contornos para nuestro examen de fin de curso —explicó Jupiter.

Con mirada que destacaba su sorpresa, la señora respondió:

—¡Pero si estamos en verano y la escuela está cerrada!

Jupiter, como si sintiera confesarlo, repuso:

—La verdad sea dicha, señora. En junio nos suspendieron y si

para septiembre no presentamos un trabajo bien preparado… tendremos que repetir el curso. ¡Imagínese!

—Señora, por favor, ayúdenos —imploró Pete.

—Bien, pareceréis unos chicos decentes, pasad. ¿Qué queréis saber?

Jupiter, fingiendo leer el cuestionario, preguntó:

—En primer lugar… ¿cuántos huéspedes tiene, señora?

—Cinco; es decir, en esta casa viven cinco huéspedes y yo, seis personas en total.

Jupiter anotó la respuesta.

—Sus huéspedes… ¿son residentes permanentes? Quiero decir si residen aquí durante mucho tiempo.

—Puedo afirmar que son permanentes —contestó la señora, con cierto orgullo—. Procuro que se hallen como en su propio hogar. Por ejemplo, el señor Hanley ya hace cinco años que reside aquí.

—Pero veo que actualmente tiene una habitación disponible —comentó Jupiter, indicando el anuncio del cartelón con un gesto del bolígrafo.

—Así es. El señor Baldini se fue anoche. Algo precipitado… pero esta gente de teatro siempre anda de un lado para otro…

—¿Ha permanecido mucho tiempo con usted?

—Cuatro años, ahora que lo recuerdo… pero no ha dejado una nueva dirección donde dirigirle la correspondencia. Seguramente escribirá.

—Desde luego es raro, por cuanto como usted bien dice y nosotros también lo tenemos anotado en otros cuestionarios, resulta que la gente de teatro es muy movediza, para decirlo de alguna manera. ¿Es actor o agente o…?

—Ilusionista… de esos que hace trucos en los teatros y circos. Pero en estos últimos tiempos las cosas no le han ido muy bien. Incluso tuvo que vender periódicos. Se colocaba en la esquina de Santa Mónica y Fountain.

—Pues quizá le haya salido un contrato conveniente y por eso no lo ha dejado de mano. Muchas gracias, señora. Todavía tenemos que visitar otras cuatro familias o domicilios, hoy… esperamos que nos reciban tan amablemente como usted. Repetimos muy sinceramente nuestro agradecimiento.

—Me ha complacido serviros y espero que en septiembre la cosa

vaya bien. Adiós.

Ambos amigos se apresuraron a ir a la avenida de Santa Mónica, donde tomaron un autobús.

Jupiter predijo:

—Desde luego hemos de cerciorarnos, pero de antemano estoy convencido que el vendedor de periódicos en Fountain, señor Baldini, no estará allí.

Así fue. El kiosco estaba cerrado y al parecer desierto, rodeado por paquetes de periódicos atados con alambres por los repartidores de las editoriales.

—Incluso ha desaparecido para sus proveedores. Baldini, el fantasma, se ha esfumado.

CAPÍTULO 11

Desastre

A primera hora de la tarde, Jupiter Jones y Pete Crenshaw se apeaban del autobús en Rocky Beach.

—Procuremos no toparnos con tía Mathilda —dijo Jupiter—. Si nos echa la vista encima nos pondrá a trabajar. Quiero llamar a Bob y preguntarle qué ha hallado en el «Times».

Ambos rodearon la valla del Patio Salvaje encaminándose a su parte posterior. Allí, algunos artistas espontáneos habían pintado una visión del gran incendio de San Francisco, que tuvo lugar en el año 1906. En un extremo aparecía la imagen de un perro contemplando las llamas. El ojo era una especie de tapón. Jupiter lo quitó y pasando el brazo al interior descorrió el pestillo que ajustaba la puerta disimulada. Luego de cerrarla de nuevo siguieron lo que era semejante a un sendero oculto por grandes montones de chatarra y entraron en su cuartel general.

No era necesario llamar por teléfono a Bob Andrews, porque allí estaba enfrascado entre periódicos, revistas y libros tomando abundantes notas. Bob alzó la vista cuando les oyó entrar por la puerta cuarta: un panel formado por algunas planchas de hierro.

—Vamos, ya veo que no pierdes el tiempo. ¿Has averiguado algo? —preguntó Jupiter.

Los recién llegados se sentaron y Jupiter informó:

—Hemos sacado en claro que el fantasma del espejo es un prestidigitador llamado Baldini y como buen ilusionista, ha desaparecido.

—Apuesto a que Santora contrató a Baldini para que asustara a la señora Darnley y le impulsara a cederle el espejo —añadió Pete.

Bob, ladeando la cabeza, comentó:

—Quizá te equivocas.

—¿Has averiguado algo acerca de este Baldini? —preguntó

Jupiter.

El interpelado asintió, prosiguiendo:

—Sí, ya lo he anotado —y tras ojear unos papeles, continuó—: he examinado los microfilmes del «Times» y anotado todo cuanto he hallado referente a Ruffino y Drakestar. Cabía deducir que nuestro fantasma estaba familiarizado o bien conocía harto bien la casa de Drakestar; de no ser así, ¿cómo hubiese sabido lo de la habitación secreta? Drakestar gustaba de dar fiestas y que a ellas asistieran periodistas, a los que le complacía sorprender con sus trucos y prestidigitaciones. Claro, todo esto luego se mencionaba en la prensa. Una de estas fiestas o invitaciones fue en honor de un recién llegado a los Estados Unidos… proviniente de Ruffino.

—¡Atiza! —exclamó Pete.

—Desde luego muy interesante —convino Bob—. Drakestar ya se había retirado de la profesión, quiero decir de sus actuaciones ante el público, pero, como ya he dicho, gustaba de dar representaciones particulares e incluso enseñarles algunos trucos a los jóvenes de la profesión. Baldini fue uno de sus protegidos. Por lo que parece, Baldini nunca consiguió destacarse; pero claro, de ello ninguna culpa tuvo Drakestar.

—Resumiendo: Baldini vino de Ruffino, el espejo hechizado también procede de aquel país y alguien que ocupa un alto cargo allí y que desea el espejo, envía a Santora para que se lo consiga. Pero ahora también interviene un ladrón peligroso, probablemente llamado Juan Gómez…; ¿podría tener Baldini alguna razón para apoderarse del espejo en provecho propio? —preguntó Jupiter.

—Para mí que Santora contrató a Baldini. Debió conocerle en Ruffino y se lo trajo —dijo Pete.

—Pero es que Baldini ya vivía aquí —recordó Jupiter—. Bien pudiera ser que Baldini quisiera el espejo para sí o bien que estuviera en combinación con el referido Juan Gómez.

—Si Gómez quiere el espejo y está en combinación con Baldini… ¿por qué no aprovecharon un día en que en la casa no hubiera nadie para llevárselo, en lugar de hacerlo todo tan complicado? Esta misma semana, la casa ha estado sola dos veces —recordó Bob.

—No cuadra la suposición. El espejo pesa demasiado para dos hombres. Recordad que para bajarlo fuimos cuatro, nosotros con

Jeff y Worthington. Un par de hombres no pueden cargar con ese armatoste y llevárselo. Lo que sí cabe es que Baldini, siendo de Ruffino, supiera algo referente al espejo y que éste había sido regalado a la señora Darnley por su amiga, la viuda de Manolos —apuntó Pete.

—... Y deja de vender periódicos, alquila los ropas viejas de Drakestar y se convierte en el fantasma del espejo. Mira, me gustan los rompecabezas y resolverlos, pero éste creo que comienza a ser harto complicado. Bien, basta de Baldini por ahora. ¿Qué has averiguado de Ruffino? —preguntó Jupiter a Bob.

—He reunido unas notas concernientes a cuatro artículos periodísticos y un pequeño volumen. Total, Ruffino es una isla relativamente pequeña donde se cultiva la caña del azúcar, plátanos y frutas propias del país. Buen clima. Hasta el año 1872 fue colonia española. Entonces hicieron lo que llaman la revolución.

—Que debió ser sangrienta —apuntó Pete, en tono interrogativo.

—Pues no señor. Parece ser que a todo el mundo la cosa le cayó bien. Un buen día, un grupo formado por comerciantes importantes y personas influyentes en el país, en fin, eso que se llama las fuerzas vivas, le dijeron al gobernador español que se fuera. Le metieron en un barco y le mandaron a España. En Madrid, en aquellos días, estaban demasiado ocupados en otros conflictos. Los ruffinianos establecieron su propio gobierno y luego ambas partes se arreglaron por las buenas. El presidente actual ya ha ejercido el mandato durante dos períodos y según un despacho inserto en las páginas interiores del «Times», de unos tres meses atrás, intenta conseguir su reelección este invierno. Su contrincante se llama Simón de Pelar. Doce años atrás el presidente actual le ganó en las elecciones.

—Esto significa que el mandato presidencial es de seis años —apuntó Jupiter.

—Así es y no hay establecido límite en los mandatos presidenciales, quiero decir en su número. Claro que cada uno escribe la historia a su manera, pero por lo que he leído, en Ruffino se conserva un mal recuerdo de Pelar. Constituyó una policía particular con los fondos del Estado y cargó la mano en los impuestos. La policía se dejaba sobornar abiertamente y García le acusó públicamente de falsificación de documentos para hacerse con dinero. Total, que fue una campaña de elecciones harto

desagradable. Pelar acusó a García de que en su juventud había sido un vulgar ladrón, pero no pudo probarlo. Total, que García ganó la presidencia y según entiendo, fue algo acertado. De haber perdido la elección hubiera estallado una revolución que no habría sido tan incruenta como lo que llaman la «Implantación de la Independencia».

Bob abrió el libro que antes había mencionado y a través de la mesa mostró una fotografía que contenía, a Pete y a Jupiter, diciendo:

—He aquí un retrato de García con sus consejeros.


LABORATORIO

Jupiter tomó el libro y miró la fotografía atentamente. Devolviendo el mismo a Bob, comentó:

—Este señor García tiene cara de buena persona, claro que a veces las apariencias engañan. Por la descripción, veo que el difundo esposo de la amiga de la señora Darnley, el llamado Diego Manolos, es este señor que tiene los ojos harto juntos. Parece alto y muy moreno.

Repiqueteó el teléfono, interrumpiendo a los Tres Investigadores en sus deducciones.

Tomando el auricular, Bob contestó:

—Dígame…

Escuchó unos momentos.

—¿Cuándo? —preguntó en un tono que llamó la atención de sus dos amigos y dijo—: Vamos enseguida.

—¿Qué ocurre? ¿Quién era? —preguntaron Jupiter y Pete.

—Jean Parkinson —contestó Bob—. Jeff salió esta mañana de compras, a Hollywood. No ha regresado. Pero han encontrado una nota en el buzón. Jean nos ruega que vayamos inmediatamente. No ha podido hablar con Worthington. En consecuencia, tomaremos un taxi.

CAPÍTULO 12

¿Dónde está Jeff?

Acababan de dar las tres cuando el taxi dejaba a los Tres Investigadores ante la mansión de la señora Darnley, a quien hallaron yendo de un lado para otro en el gran salón. Jean estaba acurrucada en un sillón, con la mirada abstraída en los espejos que repetían una y otra vez la moviente imagen de su abuela.

Jupiter preguntó:

—¿Ha llamado a la policía, señora Darnley?

—No. No lo haré. El secuestrador me ha advertido que no lo haga.

—Pero, señora Darnley, el secuestro es un delito muy grave y la policía procede siempre con el mayor cuidado para que no resulte perjudicado quien en tal situación se encuentra.

—¡No les daré ocasión para que hayan de tener cuidado! —exclamó la señora Darnley, entregando a Jupiter un sobre conteniendo una hoja de papel. Sacó la nota y la desdobló, leyendo:

> *«Señora Darnley: Tengo a su nieto. No dude de ello y no avise a la policía. Él le llamará por teléfono. Llamará hoy y le dirá lo que tiene que hacer para conseguir su libertad. Deseo que así lo haga. Puedo ser cruel, pero cuando lo soy, siempre es por razón bien fundada.».*

Jupiter examinó la nota detenidamente y por fin murmuró:

—Papel barato. Puede conseguirse en cualquier establecimiento. Escrito con letra de molde. Ha utilizado un bolígrafo. Diría que no está escrito por alguien que sepa el inglés y supongo que el rescate será…

Jean exclamó:

—¡Todos lo sabemos! ¡El espejo!

—¡Lo daré inmediatamente! ¡Siento haberme fijado en él alguna vez! ¡Jamás lo hubiese deseado! ¡Esto es lo que lamento! —gimió la señora Darnley y prosiguió—: ¡Seguramente que es esta bestia llamado Santora!

—Santora está en el hospital —advirtió Bob, pero de pronto exclamó—: ¡Claro! ¡Esta mañana estaba allí! ¿Pero ahora?

—¡Desde luego! ¡Estaba en el hospital…! ¿Pero está ahora? —preguntó Jupiter, abalanzándose al teléfono y marcando el número correspondiente al Beverly Crest Medical Center.

Tras una corta conversación con el centro médico, colgó el auricular, diciendo:

—Santora fue dado de alta y ha salido del hospital. ¿Cuándo salió Jeff?

—Hacia las once, quizá las once y media —contestó Jean.

—Entonces puede ser Santora el secuestrador. Si salió del hospital a las diez y media… pudo hacerlo.

Jupiter llamó al hotel Beverly Sunset. La telefonista contestó que el señor Santora estaba en su habitación. Llamó y el aludido contestó, pero Jupiter colgó sin decirle una palabra.

—Por lo menos sabemos que Santora está en el hotel —comentó Bob—. ¿Qué les parece si yo fuera allí a vigilarle? A Pete quizá le recordarán por lo de ayer…

La señora Darnley, cogiendo su bolso de encima de una mesa, sacó algunos billetes y dándoselos a Bob le dijo:

—Toma un taxi y vete allí enseguida. En cuanto llegues, llámanos por teléfono.

Bob, tomando el dinero, contestó:

—Voy inmediatamente y ya me las arreglaré para que no me vea Santora.

Bob salió de la estancia y los cuatro que allí quedaron se sumieron en un silencio embarazoso; Jupiter meditando, mientras Pete iba de uno a otro espejo como si jamás hubiera visto cosa igual.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora, repiqueteó el teléfono. Jean se sobresaltó al igual que Jupiter. La señora Darnley contestó, preguntado con voz ronca:

—¿Qué desea? —Y seguidamente añadió—: Está bien. Gracias.

—¿Era Bob? —preguntó Jupiter, cuando la señora hubo colgado el teléfono.

—Sí. Ha dicho que Santora estaba comiendo un bocado en la cafetería. Bob se mantiene en el vestíbulo y allí permanecerá.

—Por ahora tenemos uno localizado —murmuró Jupiter.

—Me gustaría saber dónde está el ladrón y Baldini también —dijo Pete.

—¿Baldini? ¿Quién es? —preguntó Jean.

—Un prestidigitador natural de Ruffino… el fantasma del espejo —contestó Jupiter.

—¡Santo cielo! ¡Otro individuo de ese país! ¡Daría cualquier cosa por no haberlo oído nunca! ¡Lo mismo… por lo que atañe a Isabela…! ¡Siento haberla conocido! —se lamentó la señora Darnley.

El teléfono repiqueteó de nuevo.

—¡Éste debe ser Jeff! —dijo la señora Darnley, temblando.

Repiqueteó de nuevo el teléfono.

Dirigiéndose a la señora Darnley, Jupiter le explicó:

—¡Conteste usted! ¡Escucharé desde la cocina! ¡Pero procure alargar la conversación! ¡Vamos!

Atravesó como una exhalación el salón y el vestíbulo y entró en la cocina donde John Chan limpiaba la platería estólidamente. Descolgó el teléfono y oyó a Jeff decir:

—Abuela, estoy bien.

—¡Gracias a Dios que te oigo!

—No puedo decirte dónde estoy. Sólo puedo decirte lo que debes hacer y luego colgaré el aparato de nuevo. ¿Entendido?

—Desde luego. Dime lo que he de hacer y lo haré inmediatamente.

—Oye, pues. Hay un almacén en San Pedro, en el Ocean Boulevard; en el exterior hay un cartelón donde se lee «The Peckham Storage Company»… está vacío.

—A ver un momento, voy a repetirlo —dijo la señora Darnley—. Veamos: En San Pedro, Ocean Boulevard, un almacén vacío… lo estoy escribiendo.

—Debes de entregar el espejo de Chiavo en este lugar —prosiguió Jeff—. Llama a una casa de transportes o traslados, que carguen el espejo, que lo dejen en dicho almacén y que se vayan

inmediatamente. Que lo dejen apoyado contra una columna que hay hacia el fondo, o sea al final del almacén. Luego que se marchen inmediatamente… y abuela…

—¿Qué más?

—El espejo debe estar allí a las siete de esta noche.

—Allí estará —prometió la señora Darnley.

—Luego te llamaré. Me ha dicho que te podré llamar de nuevo, pero no antes de que hayas entregado el espejo.

Seguidamente oyose el «clic» de cómo colgaban el aparato en el otro extremo de la línea.

CAPÍTULO 13

Las campanillas avisadoras

—¿Pero dónde hallar una casa de traslados a esta hora? ¡Ya son más de las cuatro! ¿Y si no encuentro un camión de carga? —se lamentaba la señora Darnley.

—Llamaré a mi tío, señora. Puede venir con Hans y Konrad. Son dos tipos muy forzudos y entre todos cargaremos el espejo. No se preocupe, señora Darnley. El espejo estará en San Pedro a las siete —aseguró Jupiter.

—Gracias, muchas gracias —contestó la señora Darnley desplomándose sobre el sofá—. ¿Quieres llamar a tu tío inmediatamente?

Jupiter asió el teléfono, pero antes de alzarlo, miró al espejo, dudó un instante y apartó la mano del aparato.

—¡Jupiter, que el tiempo apremia! ¡No dudes más y llama a tu tío! —imploró la dueña de la casa.

—Un momento, por favor. Cuando Jeff hablaba por el teléfono, había algo que sonaba al fondo. Música. Eso es. ¿La oyó usted?

—¿Música? —preguntó la señora Darnley sorprendida—. Sólo… sólo oí a Jeff. ¿Pero qué significa que hubiese música? ¡Esto nada importa! ¡Llama a tu tío inmediatamente! ¡Por favor!

—Campanillas. Campanillas que sonaban como una tonadilla. No la recuerdo bien… pero la oí y luego fueron bajando de tono. ¿Qué tocaban? ¡Ahora lo recuerdo! ¡«Mary had a little lamb»[4]!.

—El repartidor de helados —contestó Pete, desde delante de un espejo—. Los encargados del reparto de los helados de la «Meadow Fresh Ice Cream» conducen camiones que reproducen canciones populares. Una de éstas es la «Mary had a little lamb».

Jupiter se sentó en una silla inmediata y expuso:

—Esto podría ser una solución. Nos podría indicar dónde tienen a Jeff. Cabe suponer que no está en San Pedro y ciertamente de

ninguna manera en ese almacén abandonado. El secuestrador no correría este riesgo. Eran casi las cuatro cuando llamó por teléfono. A esa hora un camión de la «Meadow Fresh Ice Cream» pasó por el lugar donde tienen a Jeff y además… hubo algo más —prosiguió Jupiter cerrando los ojos, para concentrarse en el momento que recordaba—: ¡un campanilleo! ¡Cuando el sonido musical ya se apagaba o disminuía, se oyó un campanilleo! ¡Agudo! ¡De alarma o prevención! ¡Y seguidamente… algo que vibraba!

—Jupiter… tienes una memoria excepcional. Todo cuanto oí fue la voz de Jeff… ¡y esto es lo que me importa! —arguyó la señora Darnley.

—Lo de Jupiter no tiene importancia, todos sabemos de su memoria prodigiosa casi —comentó Pete—. A ver, prosigue.

—Un camión repartidor de helados… un campanilleo… y una vibración muy fuerte, por cierto. ¡Claro! ¡El cruce de una línea de ferrocarril! ¡Cuando una línea de ferrocarril cruza una calle o carretera, lo que se llama un paso a nivel, hay señales de aviso, de prevención! Luces intermitentes y un campanilleo avisando que viene un tren. He aquí la vibración… el tren. Total: donde se halla Jeff es en un lugar por donde pasó un camión repartidor de helados, cercano a un paso a nivel, que lo cruzó un tren uno o dos segundos más tarde.

Jean advirtió:

—Camiones repartidores de helados debe de haber varias docenas en Los Ángeles.

—Pero no hay docenas de pasos a nivel y estos camiones tienen o siguen rutas o trayectos bien determinados. El repartidor de mantecados llega a Rocky Beach hacia las tres de la tarde. No se retrasa ni en veinte minutos. Si pudiéramos comunicarnos con la «Meadow Fresh»…

—Pero… ¿y si no hubiera sido un tren? —objetó la señora Darnley—. También pudo haber sido, lo que oíste, un campanilleo de aviso de alarma por robo, bien sabes que los hay, y en aquel momento pasar el camión.

—No es probable. Un camión pasa por un lugar determinado en uno o dos segundos y la vibración perduró durante varios segundos. Tenía que ser un tren. Con un poco de suerte podríamos libertar a Jeff antes de que el espejo fuera entregado al secuestrador.

—Puedes probar tu teoría, pero no estoy dispuesta a poner en juego la vida de mi nieto —concluyó la señora Darnley con determinación.

—Desde luego —aceptó Jupiter, tomando el teléfono y marcando el número del «Patio Salvaje» de los Jones.

Contestó tía Mathilda, preguntando algo angustiada:

—¡Jupiter! ¿Dónde estás? ¿Qué has estado haciendo? Konrad dice que…

—Tía, siento haberme ausentado —contestó Jupiter con tono conciliador—. Pero ahora estoy en un apuro. Luego te lo contaré todo. ¿Puedo hablar con el tío Titus?

La tía Mathilda no contestó, pero Jupiter se imaginó el gesto de irritación de su rostro, pero tras unos instantes contestaba tío Titus.

—Tío, estoy en casa de la señora Darnley. Se encuentra en un apuro y precisa ayuda. ¿Podrías venir con uno de los camiones o una camioneta, para el caso sería lo mismo? Desde luego, tráete a Hans y a Konrad. La señora Darnley tiene que entregar un espejo muy pesado, con marco de acero, a una compañía transportista, en un almacén de San Pedro antes de las siete. Te advierto que es un trasto muy pesado. Todos tendremos que ayudarte.

—Oye, Jupiter… ¿te has metido en otro lío de los tuyos?

—Pues, la verdad, así es… pero, te aseguro…

—No te apures. Hacia ahí vamos.

Jupiter con una mueca agradeció el favor a su tío y acunando el auricular le dijo a la señora Darnley:

—Tenga la seguridad de que el espejo será entregado a la hora precisa.

Mientras tanto, Pete había tomado la guía telefónica de Los Ángeles y advirtió:

—Las oficinas principales de la «Meadow Fresh» están en la calle Marcy Street, cercanas a la Union Depot. En este distrito es donde hay la mayoría de los pasos a nivel. ¿Podría ser que Jeff estuviera en algún lugar cercano?

Jupiter denegó con movimiento silencioso y explicando:

—No es probable. La «Meadow Fresh» mantiene sus camiones hasta última hora en las calles, durante el verano. A las cuatro de la tarde cualquiera de sus camiones estará en el lugar más impensado, pero alejado de sus oficinas principales. Los camiones estarán en los

barrios donde haya mucha chiquillería. Es lo lógico… es su negocio. Pero debe de haber alguien que se encargue de marcar las rutas, los trayectos a recorrer.

—Lo mejor sería que fueras a la oficina principal. Por teléfono jamás te darán tal información —opinó la señora Darnley—. Oye, aquí tienes dinero para tomar un taxi y regresar —prosiguió la señora, dándole algunos billetes—: Vete allá e infórmate. Yo me quedo aquí esperando a tu tío y a cuidar de que cargue este espejo maldito. Pero ten cuidado y recuerda que el espejo nada me importa. Lo que quiero es ver de nuevo a Jeff sano y salvo.

—Señora, le prometo que seré prudente y que no olvidaré su recomendación —aseguró Jupiter.

—Si le parece, iré con Jupiter, para el caso de que se encuentre en un apuro —intervino Pete.

La señora Darnley asintió aprobadoramente.

—Yo voy con ellos —decidió Jean.

—Tú te quedas aquí conmigo —resolvió su abuela con resolución—. No quiero que mis dos nietos estén en peligro. ¡No saldrás de casa hasta que regrese Jeff!

CAPÍTULO 14

¡Al rescate!

El edificio que albergaba la «Meadow Fresh Ice Cream Company» se componía de unas naves amplias y más bien bajas, rodeadas por una ronda circular de asfalto. Cuando el taxi cruzó el espacio destinado al aparcamiento, observaron que no había ningún camión de la compañía ante los tinglados de la carga.

El taxista comentó:

—No sé qué venís a buscar aquí, porque no os venderán ni un mantecado. Si los queréis, debéis adquirirlos en uno de sus camiones que deambulan por esas calles.

—Se trata de una gran merienda que organizamos —contestó Jupiter.

El taxista acercó el coche a uno de los cobertizos de carga más inmediatos. Jupiter, dándole un billete de diez dólares, le dijo:

—Guarde este dinero y espérenos, que saldremos enseguida.

Jupiter y Bob anduvieron a lo largo del tinglado de carga hasta llegar ante unas puertas encristaladas que les dieron paso a una oficina desierta, si se exceptuaba a lo que parecía que fuera un empleado con gafas harto gruesas. Estaba sentado con el auricular del teléfono al oído anotando números y ciertas palabras en unas grandes hojas extendidas ante él sobre la mesa.

Cuando entraron le oyeron decir:

—… está bien, Flannery. Vas un poco retrasado en el horario. Arréglatelas para pasar por el estadio, mejor dicho, ante él, después de las ocho. Esta noche hay partido y si te descuidas te vas a encontrar liado en el tráfico de los alrededores.

Colgó el auricular y tras quitarse las gafas, frotarlas y colocárselas de nuevo, preguntó a los recién llegados:

—¿Qué hay?

Jupiter, indicando con un gesto hacia un mapa de grandes

proporciones, que mostraba las calles de Los Ángeles y que ocupaba todo el muro frontero, cruzado con rayas de diversos colores, dijo:

—Supongo que todas estas marcas indican las rutas que deben seguir sus camiones a través de las diferentes calles de la ciudad.

—Desde luego, acertaste. ¿Qué más?

—¿Les llaman los conductores desde algunos lugares a lo largo de su ruta?

—Claro que sí. Queremos saber siempre dónde está nuestra gente y si les ha ocurrido algo. Si a una hora determinada, tras una espera prudente, no recibimos la llamada correspondiente, lo comunicamos a la policía. Es porque nuestra gente ya ha sufrido un par de atracos. Pero ¿a qué vienen todas estas preguntas?

—Es de la máxima importancia que localicemos a un conductor que cruzó un paso a nivel con campana avisadora a las cuatro de esta tarde.

Repiqueteó el teléfono.

Jupiter imploró:

—Por favor, deje que repiquetee, o bien dígale que llame dentro de un par de minutos. Señor, lo que le rogamos es muy importante.

El empleado, algo impresionado por el tono de la voz de Jupiter, contestó por teléfono:

—Aquí «Meadow Fresh»… Oye, Guilberti. Llama de nuevo dentro de un minuto. Tengo algo urgente que resolver.

Acunando el auricular, el empleado dijo:

—Bien, ahora vais a decirme el porqué de todas estas preguntas…

—No tenemos tiempo para ello, señor. Si puede indicarnos dónde pudo hallarse, quiero decir qué paso a nivel cruzó uno de sus conductores a las cuatro de esta tarde…

—… Seguramente salvaría la vida de alguien —concluyó Pete.

El empleado les miró ávidamente impresionado. Aquellos chicos no bromeaban. Luego de frotarse el mentón, decidió:

—Veamos si puedo ayudaros: Albert cruza el ferrocarril de Santa Fe en La Brea, pero antes de las tres. Pues no es éste…

Prosiguió examinando las listas y comprobando los datos con el mapa rural que tenía ante sí. De pronto exclamó:

—¡Aquí! ¡Creo que ya lo tengo! Charlie Swanson… su ruta cruza el paso a nivel de Hamilton —y yendo de nuevo hacia el mapa, dijo

—: ¿lo veis? Es aquí —e indicando con el índice un lugar, continuó —: Está en el valle de San Fernando. Me llamó desde una gasolinera, unos minutos después de las cuatro. Por lo tanto, cruzó el paso a nivel a las cuatro; ¿queréis hablar con él?

—No es necesario. Muchas gracias por su amabilidad —le contestó Jupiter, saliendo precipitadamente.

A todo correr ambos muchachos cruzaron el muelle de carga y abriendo la portezuela del taxi, Jupiter le gritó al conductor la dirección a donde debía llevarles.

Encogiéndose de hombros, el conductor contestó:

—Como queráis… pero agarraros.

Lanzó el coche hacia el tránsito inferior de la ciudad y a lo largo de la autopista de Hollywood, saliendo de ella para enfilar el valle de San Fernando. En treinta minutos llegaron a Hamilton, entrando por el Norte.

—Ahora vaya despacio, muy despacio —ordenó Jupiter.

Cada uno de ambos fue examinando por su lado los edificios ante los que pasaba el taxi. Al principio todavía había algunas casitas aisladas, pero fueron abundando las parcelas vacías. Grandes anuncios daban cuenta de que aquellos terrenos estaban en venta. Más adelante apareció el paso a nivel, con torre de semáforo y campanilla de aviso. El conductor detuvo el coche antes de cruzar las vías, lo que hizo luego de mirar hacia la derecha y a la izquierda. Jupiter advirtió casi junto a los carriles una casa solitaria maltratada por el tiempo y los años. Aquello un día fue alguna huerta grande de naranjos y limoneros. Todavía resistían algunos árboles, como desperdigados por lo que antes fueran campos bien cuidados. La casa mostraba la falta de algunos vidrios, además de un batiente de la puerta que se había desprendido de su bisagra. En el tejado faltaban tejas y algún tablero ya había desaparecido del porche.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó el conductor.

—Prosiga, pero lentamente —ordenó Jupiter.

Fueron desfilando las parcelas y los anuncios de venta de terrenos hasta que aparecieron de nuevo casitas en medio de pequeños prados y niños jugando en las amplias aceras a la luz del sol que iba hacia su ocaso.

—A la esquina siguiente, doble a la derecha —decidió Jupiter.

El taxista obedeció, deteniéndose ante un prado cuyo césped regaba un hombre.

—Bien, ya estamos aquí —reiteró el taxista, preguntando—: ¿y ahora, a dónde quieren ir los señores?

—Déjeme pensar —musitó Jupiter como hablando consigo mismo—. Debe estar en aquella casita que hemos visto cercana a la vía férrea. Es la única que se halla próxima a la campanilla de aviso del paso del tren en el cruce. La oí claramente mientras hablaba Jeff.

—Para mí aquél es el lugar —admitió Pete—. Si encierras a alguien allí puede desgañitarse gritando, nadie le oirá… desde luego.

El taxista se impacientaba e intervino, preguntando:

—¿Acaso hemos venido para ver de cerca casas en ruinas?

—¿Cómo podríamos entrar? —preguntó Jupiter, sin contestar a la pregunta del taxista.

Éste arguyó:

—¿Por qué queréis ir allí? Que está completamente abandonada, bien lo hemos visto al pasar…

—Pues en su interior hay alguien, entérese, y hemos de entrar sin que nos vean… ¡Me parece que lo conseguiremos!

Había visto una camioneta de panadero que venía por aquella calle. Se detuvo a unos treinta metros de donde ellos se hallaban y su bocina emitió unas cuantas notas de tono festivo. Seguidamente, se apeó el conductor con una canasta que contenía panes, panecillos y pastelería variada. De una de aquellas casas salió una mujer joven, escogió algunas piezas y entregó al conductor el importe de la compra.

—¡Ya está! ¡Repartiremos pan! —exclamó Jupiter.

—¡Muy bien! —corroboró Pete saliendo del taxi y echando a correr hacia la camioneta del panadero, agitando los brazos para llamar su atención.

—¡Eh, chicos! —exclamó el taxista—. ¡Veamos! ¡El contador ya marca quince dólares!

—¡Aquí tiene otros diez! ¡Guárdese el cambio si no regresamos, es decir, si ve que nos vamos con esa camioneta del panadero!

—¡Conforme!

Jupiter llegó hasta la camioneta, donde ya estaban hablando

Pete y el conductor. Éste era un joven como de unos veinte años. A los requerimientos de Pete, respondía:

—No puede ser. No puedo llevar pasajeros.

—Es que no se trata de esto, sino que hemos de hacer una entrega… de un recado… ahí cerca…

El taxi se acercó hasta la camioneta, y el conductor preguntó:

—Qué… ¿Han llegado a un acuerdo?

—Nada de acuerdo —contestó el de la camioneta—. Éste es mi primer trabajo y no quiero perder la colocación.

Con cara seria, Jupiter reiteró:

—Desde luego, no es lo que pretendemos. Es algo muy serio, señor…

—Anderson… Henry Anderson.

—Señor Anderson, se lo pedimos por favor…

—No puedo complaceros. Si lo hiciera, volvería a formar cola en la oficina de desempleo y no quiero volver allí.

—Le comprendo perfectamente. Vea, representamos a la señora Darnley —insistió Jupiter, y sacando de la cartera una tarjeta de los Tres Investigadores, prosiguió—: Tenemos fundadas razones para creer que el nieto de esta señora está secuestrado en la casa aquélla, la abandonada que hay junto a la vía del tren.

—¿La señora Darnley? —preguntó el conductor de la camioneta ligeramente impresionado—. He visto su fotografía en los periódicos, pero esto de los Tres Investigadores es la primera vez que oigo hablar de ello.

—Me llamo Jupiter Jones y éste es Pete Crenshaw. El otro compañero o socio está vigilando a alguien en Beverly Hills.

—Vamos, que parece que me contáis un serial de la televisión —comentó el panadero.

—Somos detectives —afirmó Jupiter con seguridad, añadiendo—: Hemos resuelto algunos casos harto intrincados en los cuales la policía había fracasado. Pero en éste no se ha llamado a la policía porque así lo ha exigido el secuestrador del nieto de la señora Darnley. Si la llama, se vengará en su nieto. ¿Me comprende ahora?

Henry Anderson leía una y otra vez la tarjeta de los Tres Investigadores, como si la cartulina pudiera darle la solución del dilema que se debatía en su mente.

Pete advirtió:

—Hemos de apresurarnos. Creemos que Jeff, el nieto de la señora Darnley, se encuentra bien, pero ninguna seguridad tenemos de que así sea. La última vez que le oímos fue a las cuatro de esta tarde cuando telefoneó a su abuela dándole cuenta de las condiciones para su rescate.

—Pero la policía… —sugirió Anderson.

—No nos atrevemos a ir por allí. La señora Darnley ha insistido en ello. Hemos de sacar a Jeff de la casa nosotros solos, si está en ella.

Por fin Anderson se decidió a acceder a sus ruegos:

—¡Pues venga! ¡Vamos para allá! ¡Seguramente cometo una barbaridad de la que me arrepentiré, pero si lo que me contáis resulta ser verdad y luego se demuestra que no he querido ayudaros… total, un lío… pero vamos ya!

—Pues suerte, chicos —les deseó el conductor del taxi antes de arrancar.

Ya solos, Anderson preguntó:

—Ahora decidme qué tengo que hacer.

—Présteme su chaqueta y la gorra —contestó Jupiter—. Condúzcanos hasta la casa ésa abandonada en Hamilton, deténgase y yo iré y llamaré a la puerta o pulsaré el timbre, si lo hay.

—No acostumbro a llamar a las puertas. Toco la bocina con algún compás algo alegre y los clientes acuden…

—Si el secuestrador es quien suponemos, no es de aquí y, en consecuencia, ignorará esta costumbre suya.

Dos minutos más tarde la camioneta volvía a pasar por delante de las parcelas vacías, los anuncios de terrenos en venta… mientras en el interior Jupiter se ponía la chaqueta y la gorra de Anderson. Pete se mantenía acurrucado entre canastas de panes, panecillos y bollos de todas clases.

—Ten cuidado, en… —advirtió Pete.

—No te preocupes —contestó Jupiter—. Pero si entro y no salgo…

—Significará que no hemos perdido mucho. Tendremos la seguridad de que está allí. Transcurrido algún tiempo, iré tras de ti.

Anderson, sin duda ganado por la aventura, aseguró:

—Contad conmigo. Si no sales, seremos dos los que iremos a ver qué pasa. Bien, ya hemos llegado.

El panadero detuvo la camioneta ante la casa o granja abandonada.

—Muy bien. Allá voy —contestó Jupiter, apeándose del vehículo.

Llevaba la chaqueta desabrochada, por cuanto le estaba algo ajustada. Cogió una canasta con panes y pastelería, y silbando con descuido, se encaminó hacia la entrada de la casa.

Subió con cuidado los escalones del porche, probando la solidez de cada tablón antes de descansar en él el peso de su cuerpo y por fin llegó ante la puerta. No había timbre ni campanilla alguna. Dio con los nudillos contra la puerta, supliendo los otros medios de llamada.

Aguardó. Ningún movimiento, ningún ruido ni rumor. Silencio completo.

Dio de nuevo con los nudillos, anunciando en voz alta:

—¡Panadería Van Alstyn's! ¿Hay alguien en casa?

Por respuesta, el silencio. Se fue hacia la derecha y atisbó a través de los sucios cristales de una ventana. Sólo se advertía polvo, abandono y manchas producidas por algunas goteras, pero algo le hizo latir el corazón con mayor fuerza. En la capa de polvo que cubría el suelo se advertía algo semejante a un rastro, como si hubieran arrastrado un saco o cosa semejante hacia la parte posterior de la casa. Mas lo que atrajo su atención también fue que en un rincón veíase un teléfono, nuevo, blanco y resplandeciente.

Jupiter dejó sobre el suelo la canasta del panadero e intentó girar la manija de la puerta. Intento vano. Pero la ventana vecina no tenía corrido el pasador. Jupiter consiguió deslizar sus dedos por debajo del marco y alzó la parte inferior, que cedió crujiendo.

Continuaba el silencio en el interior de la casa.

Pasó una pierna por encima del montante y entró. Más allá de la habitación principal con trozos del papel que cubría las paredes caídas, se entreveía la cocina. El suelo estaba cubierto por un linóleo usado. A un lado había un fregadero viejo. Adentrose caminando de puntillas.

¡Allí estaba Jeff Parkinson! Tendido en el suelo y sólidamente atado. Un pañuelo tapaba su boca, pero tenía los ojos abiertos y la

mirada alerta. En cuanto vio a Jupiter, bajó y alzó los párpados y arrugó la frente, como si intentara sonreír.



CAPÍTULO 15

Una carrera contra el tiempo

Jeff, ya sentado en el centro de la cocina, se frotaba los tobillos y las piernas vigorosamente, diciendo:

—Parece como si me hubiesen cortado los pies —mientras sonreía a Jupiter, Pete y al panadero.

Los dos últimos acudieron corriendo tan pronto les llamó Jupiter.

—No sabes lo contento que estoy viéndote aquí, Jupiter, al igual que a vosotros —dijo Jeff—. Nunca creí que aquel pequeño sinvergüenza volviera y me soltara, luego que la abuela le hubiese entregado el espejo. Después de hablar con la abuela, me arrastró hasta esta cocina para evitar que alguien me viera, si es que sentía curiosidad por ver si ocurría algo al ver su coche aparcado frente a la casa.

—¿Pequeño sinvergüenza? Esto elimina al señor Santora y al fantasma del espejo. Ninguno de ambos es pequeño, quiero decir bajo de estatura. Tú quieres decir el ladrón.

—Fue él. Se llama Juan Gómez. No me ocultó que lo que deseaba era el espejo.

—Creo que deberías llamar a tu abuela —advirtió Pete.

Jeff asintió en silencio y tras un esfuerzo se puso en pie. Caminando con dificultad llegose hasta el teléfono blanco. Se sentó junto al aparato y marcó el número de la mansión Darnley. Los tres oyentes oyeron el repiqueteo de la llamada y a Jeff diciendo:

—Hola, abuela. Estoy perfectamente.

Incoherentes sonidos se percibieron a través del auricular, y Jeff prosiguió:

—Te aseguro que me hallo muy bien. Jupiter y Pete dieron conmigo.

Jeff habló con su abuela durante un minuto y seguidamente,

ofreciendo el auricular a Jupiter, dijo:

—Ahí tienes a Bob. Quiere hablar contigo.

Tomando el auricular, Jupiter exclamó:

—¿Bob? ¿Qué haces ahí? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Santora?

—Le perdí de vista —contestó Bob con acento desconsolado—. Hacia las cuatro salió del hotel. Le seguía. Tenía un coche aparcado en una calle lateral. Entró, arrancó y allí me quedé, por cuanto no tenía ningún taxi a mano. Llamé a la señora Darnley y Jean me dijo que estabais buscando a Jeff. Por lo tanto, creí que lo mejor era regresar inmediatamente aquí.

—¿Qué hay del espejo?

—Hace un par de minutos que tu tío Titus, con Konrad y Hans, salieron para San Pedro. Cargaron el espejo en el camión, lo que costó lo suyo, y lo entregaron, conforme a lo convenido. Pero, dime, ¿dónde estáis? ¿De veras que Jeff está bien? La señora Darnley desea…

Lo que Bob quería decir fue interrumpido por la voz de la señora Darnley, preguntando:

—¿Quién secuestró a mi nieto?

—Aquel tipo pequeño que entró en su casa y que encontraron en la biblioteca, señora Darnley —contestó Jupiter.

—¿Juan Gómez? —preguntó la señora Darnley.

—Al parecer éste es. Jeff me ha dicho que ha marchado hacia San Pedro.

—¡No me fijé en el número de la matrícula de su coche! —se lamentó Jeff—. ¡Estaba muy asustado! ¡Blandía un revólver!

—Bien, no importa demasiado —contestó Jupiter, y tomando de nuevo el auricular dijo—: Señora Darnley, teniendo presente que Jeff se halla fuera de peligro, puede usted llamar a la policía y ésta rodeará aquel almacén que hay en San Pedro. Mi tío Titus, Konrad y Hans, descargarán allí el espejo y cuando Gómez se presente la policía le detendrá. Usted conseguirá que detengan al secuestrador, pero… —Con una mueca prosiguió—: Seguramente que nunca sabremos cómo se conjunta este rompecabezas. Jamás averiguaremos si concierne a Santora o bien a Baldini, el prestidigitador que representó tan bien al fantasma de Chiavo.

—Deseo saberlo todo —contestó la señora Darnley con decisión.

—Pues bien, no podemos perder tiempo. Pete y yo nos vamos hacia el almacén en San Pedro. Dígale a Bob que vaya también para allá y que se coloque donde podamos verle en la autopista. Tomaremos un taxi y nos detendremos, si no vemos otra señal, en el cruce o intersección y…

—¡Nada de taxi! —interrumpió Henry Anderson, de pronto.

Jupiter, sorprendido, preguntó:

—¿Por qué?

—He dicho que nada de taxi. Dile que iréis en una camioneta de panadero. Me metisteis en este lío y quiero seguir hasta el final.

—¡Claro! ¡Muy bien! —exclamó Pete—. ¡Una camioneta de panadero! ¿Quién sospechará jamás que unos detectives viajan en tal vehículo?

Tomando de nuevo el teléfono, Jupiter explicó:

—Oye, Bob. Iremos en una camioneta de la panadería de Van Alstyn's

Bakery. Te recogeremos en el camino y vigilaremos la entrada al almacén. Si tiene algún ayudante, que es lo más probable, también podremos localizarlo mejor. Este espejo no puede manejarlo uno solo. Tiene que tener alguien que le ayude.

Jeff tomó el teléfono para decirle a su abuela:

—Oye, abuela, me voy con Jupiter y Pete —y colgó antes que pudiera oír su respuesta.

Pete urgió:

—Bien, vámonos ya. ¡Son casi las seis!

Henry Anderson quiso precisar:

—Veamos, decís que es la Ocean Avenue, en San Pedro. Esto cae algo lejos.

—Desde luego —contestó Pete, añadiendo—: Hemos de estar allí antes de las siete. ¿Crees que lo conseguirás?

—Quizás algunos bollos queden abollados, pero antes de las siete estaremos en aquel lugar —prometió Anderson.

Los investigadores, Jeff y Anderson corrieron hacia la camioneta. Pete y Jeff se acomodaron en el interior, sentados en el suelo, agarrándose a las canastas de panes. Jupiter se sentó, en el suelo también, detrás del conductor. Henry Anderson cerró la puerta, puso el motor en marcha y arrancó como si tuviera que tomar parte en una carrera. Diez minutos más tarde ya estaban en

la autopista hacia Hollywood y allí puso la camioneta a la velocidad límite.

Desde detrás, Pete gritó:

—¿No podemos ir más rápidos, Anderson? ¡Ya son las seis y cinco!

—Si sobrepaso la velocidad máxima o bien cambio con demasiada frecuencia de carril, la patrulla de vigilancia nos detendrá —contestó Henry, añadiendo—: no temáis, llegaremos a tiempo.

A las seis y veinticinco, la camioneta giró hacia la autopista de Harbor Freeway, en dirección a aquel almacén de San Pedro. Casi inmediatamente, Anderson tuvo que disminuir la velocidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pete.

—El tráfico, pero no tiene importancia, ya avanza. Afortunadamente es sábado. De lo contrario, aquí quedaríamos como anclados.

Era evidente que Pete ardía de impaciencia por los cuatro costados. Henry Anderson continuaba tranquilizándole, pero Jupiter advirtió que el conductor también comenzaba a ponerse nervioso.

El tránsito disminuyó y la camioneta comenzó a ganar velocidad. Corría por el carril lateral y cuando se acercaban a la costa, ya se ponía el sol.

—Malo —advirtió Anderson—. La bahía pronto quedará invadida por la niebla.

—Por lo que nos atañe, no importa. Puede decirse que vemos a través de ella —comentó Jupiter.

—Ya casi llegamos —advirtió Anderson, tomando la rampa conducente a la Ocean Avenue.

En el primer cruce, Anderson se detuvo, preguntando:

—¿Hago sonar la bocina para que nos oiga vuestro amigo?

—No. Bob ha salido desde Hollywood, por lo tanto ha de llevarnos la delantera. Estará por algún lugar de por aquí. Ya nos buscará.

—¡Que faltan sólo diez minutos para las siete! —aulló Pete.

Alguien salió disparado desde el quicio de una puerta, agitando sus brazos.

—¿Es éste? —preguntó Anderson, echando los frenos.

—Sí, es Bob —contestó Jupiter, asomándose a la portezuela y

agitando a su vez los brazos para llamar su atención.

Bob llegó corriendo y con palabra entrecortada, explicó:

—Lo siento, pero he perdido a Santora —sonriendo a Jeff, prosiguió—: Nos has asustado a todos.

—Quizás así sea, pero el más asustado he sido yo —contestó el interpelado—. Luego hablaremos. Sube —ordenó Jupiter y a Anderson le dijo—: Ahora condúcenos hacia ese Ocean. Pero vete despacio, como si esperaras que alguien saliera a comprarte pan o buscaras una dirección donde entregar un encargo.

Anderson, mientras conducía lentamente, explicó:

—Veamos. La casa tiene una camioneta que cubre el área de San Pedro. Sale antes que yo. Vende bastante a la gente que trabaja en los muelles y en los almacenes. ¿Qué es lo que buscamos? ¿Hacia dónde vamos?

—Se trata de un almacén vacío, que al parecer pertenece o está alquilado por una entidad llamada Peckham Storage Company. Sobre la puerta o portalón ha de haber un cartelón con esta denominación. En cuanto lo hallemos, te detienes, como si el motor se te hubiese calado y no pudieras arrancar.

—Entendido —contestó Anderson.

Siguieron por una ancha avenida que aparecía desierta casi por completo. Los almacenes y las oficinas de los consignatarios ya estaban cerrados. Los cruzó un coche que marchaba en dirección a la autopista. Por una acera caminaba un hombre con una chaqueta de cuero. Al acercarse al Ocean Boulevard la niebla comenzaba a envolver los edificios. Pasaron ante portalones desiertos y más allá entrevieron las aguas de la bahía.

De pronto, Anderson dijo en voz baja:

—Ahí lo tenemos.

Jupiter y Bob se arrodillaron para ver mejor, a través del parabrisas. A su derecha se alzaba un edificio rectangular de ladrillo, carcomido por el tiempo y la humedad. El rótulo pintado en la fachada principal estaba desvaído, pero todavía legible. El mayor de ambos camiones, propiedad del tío Titus, estaba detenido ante aquel almacén.

—Todavía están ahí el tío Titus, Konrad y Hans —dijo Jupiter a sus compañeros.

—Esto quiere decir que el secuestrador de Jeff todavía no está

ahí —observó Pete.

—Anderson, prosigue adelante lentamente y detente media manzana más allá.

La camioneta prosiguió avanzando y al primer cruce dobló algo la esquina y Anderson paró el motor.

Jupiter y Bob consiguieron mirar por las mirillas posteriores de la caja de la camioneta, viendo como el tío Titus salía del almacén y subía a la cabina de su camión, seguido por Konrad y Hans.

—Bien —dijo Jupiter—. Se ha cumplido lo convenido y conforme a las instrucciones impartidas. Ahora sólo nos queda esperar.

Henry Anderson se apeó de la camioneta y alzó la capota del motor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pete.

—Voy a ver qué tiene el motor. ¿Qué hace un conductor cuando se le detiene el coche en un cruce? Pues se apea y examina el motor para ver si determina lo que ha fallado. De no hacerlo así, cualquiera sospecharía algo al ver aquí la camioneta… —contestó Anderson.

—Henry Anderson… creo que nos harás pronto la competencia —exclamó Jupiter.

CAPÍTULO 16

Lucha por el espejo hechizado

Henry Anderson sacó algunas piezas del motor, las colocó de nuevo, dio la ignición, la cortó, desatornilló las bujías, limpió los contactos, colocó las bujías otra vez, puso el motor en marcha, lo detuvo, comprobó el radiador, revisó los cables de la batería, etc., mientras los Tres Investigadores y Jeff permanecían acurrucados en el interior del vehículo. Pete, arrodillado, atisbaba por una mirilla.

—Malo —murmuró—. La niebla va espesándose y la oscuridad aumenta. El ladrón quizás esté escondido en el almacén y si aumenta la niebla no le veremos salir.

—No creo que esté ahí dentro. Sería demasiado arriesgado para sus propósitos… para él mismo. Siempre ha de contar con que a la señora Darnley le entre el pánico y comunique lo que ocurre a la policía. Si así fuera, estar en el interior del almacén sería para él como haber caído en una trampa. A mi entender, está dando vueltas por estos alrededores comprobando si anda la policía por estos contornos… incluso quizá sospeche de esta camioneta, a pesar de la comedia que representa Henry.

Jupiter golpeó el parabrisas para llamar la atención de Henry. Cuando éste acudió, le sugirió:

—Quizá fuera mejor que dejaras el motor en paz. Ya hace rato que estás con él. ¿Por qué no buscas por ahí un teléfono y finges que llamas a algún taller?

Anderson consideró la idea acertada.

—Pues date una vuelta por ahí y a ver si localizas un teléfono. De todas maneras, nos conviene saber dónde hay uno, según como se pongan las cosas. Cuando sepas dónde hay un aparato, regresa y ponte junto al vehículo como si aguardaras a la grúa o algo semejante.

Anderson echó a andar calle adelante en busca del teléfono.

Pasaron cinco minutos, seis, entonces…

—¡Mirad! —exclamó Pete en voz baja.

Jupiter echó un vistazo por la otra mirilla, en la dirección que le indicara Pete. Un individuo delgado se asomaba por la esquina de una valla, examinando la calle en ambas direcciones y mirando de vez en cuando hacia la camioneta.

—¿Es el que te secuestró? —preguntó Jupiter a Jeff.

—Diría que sí, pero no puedo asegurarlo con esta niebla.

—Pronto lo sabremos —aseguró Bob.

El sospechoso se encaminó hacia la camioneta.

—¡Atiza! —avisó Pete—. ¡Viene hacia acá!

—¡Es Gómez! ¿Qué hacemos? —preguntó Jeff.

—¡Agachaos! ¡Pronto! —ordenó Jupiter.

En aquel momento oyeron la voz tranquila de Henry Anderson, diciendo:

—Buenas noches.

—Muy buenas no lo son con esta niebla. Veo que trabaja hasta muy tarde… —contestó moviendo la cabeza el llamado Gómez.

—Nada de esto. Todo me ocurre por querer ganar algún dinero más. Me parece que mi hoja de servicios no es muy buena y esta tarde se me ha ocurrido venir a San Pedro y ver si colocaba por aquí alguna mercancía. ¿No necesita usted algún pan?

—¿Pan? Hombre… ¿podría verlo?

Los muchachos se apretujaron todavía más, mientras Henry Anderson, por encima del asiento del conductor, cogía una canasta que le alargaba Bob. Mostrándola al sospechoso, Anderson prosiguió:

—Vea: tengo pan blanco, pan francés, bollos, pan de centeno…

—Basta, basta… francamente, demasiado pan. Incluso me ha quitado el apetito.

—¿Le apetecería algo de pastelería?

—Nada, nada. Muchas gracias y perdone que le haya molestado.

—Al contrario, por lo menos he charlado un poco. Para colmo de males, este motor no tira. He telefoneado a un taller y ahora vete a saber las horas que tendré que estarme aquí esperando a la grúa.

—A lo mejor viene enseguida. En fin, paciencia, amigo. Repito que buenas noches.

—Gracias. Buenas noches.

Los Tres Investigadores y Jeff respiraron aliviados y Bob comentó:

—¡Por un pelo, Henry, por un pelo! ¡Si no llegas a estar aquí…!

—Desde luego, la cosa habría resultado fallida, pero afortunadamente no ha sido así. ¡Ah! Hay una cabina telefónica dos calles más allá, hacia el Este —informó Henry.

Cruzado de brazos y gesto indiferente, Henry les fue comunicando los movimientos del individuo. Éste cruzó la calle, abrió la puerta del almacén y luego de lanzar una rápida ojeada en ambas direcciones entró y cerró inmediatamente la puerta.

—¿Vamos para allá? —preguntó Jeff.

—Aguarda un poco —respondió Jupiter, mirando hacia donde había desaparecido el llamado Gómez.

Por la misma esquina de la valla que había doblado el primer individuo apareció otro, pero más alto. Este último no miró hacia ningún lado, sino que se encaminó hacia la puerta del almacén con paso decidido. Abrió y entró también.

—Diría que es Santora —apuntó Pete.

Jupiter exclamó:

—¡Si lo fuera, sería lo que esperábamos! Ahora iremos allá y procuraremos ver y oír cuanto podamos. Henry, dentro de diez minutos vete corriendo al teléfono y llama a la policía. Ocurra lo que sea, la necesitaremos.

—Entendido —contestó Anderson.

Los Tres Investigadores y Jeff se apearon de la camioneta y corrieron, agachándose, hasta la puerta de acceso al almacén.

Bob aplicó el oído, pero tras unos instantes de escuchar, dijo:

—Nada oigo. Sólo algo semejante a un chapoteo. Probablemente, parte de este almacén está construido sobre pilotes clavados en el suelo de la bahía.

Probaron la manija y ésta dio la vuelta sin dificultad. Abrieron la puerta con sigilo y vieron otro muro con puerta también. En el techo había claraboyas. La puerta que veían era de dos batientes con vidrios transparentes en los paneles superiores.

Se deslizaron hasta aquella puerta y por los vidrios vieron un amplio almacén. Al fondo, estaba Gómez contemplando el espejo hechizado que el tío Titus y sus ayudantes habían dejado apoyado contra una de las columnas que soportaba la techumbre.

Entre el secuestrador de Jeff y los muchachos se mantenía la silueta de Santora. El hombre misterioso que afirmara ser el descendiente de Chiavo, se mantenía inmóvil, mirando hacia el espejo, al igual que los muchachos. Jupiter, con sumo cuidado y muy lentamente, entreabrió una de las hojas de la puerta.

Él, al igual que sus compañeros, apenas osaba respirar, pendientes de lo que oyeran.

El llamado Gómez pasó los dedos con sumo cuidado por encima del marco del espejo, luego dio una vuelta a su alrededor como si lo examinara y, por fin, sacó un destornillador de uno de los bolsillos.

—¿Qué buscas, asqueroso cochino? —preguntó Santora de improviso.

Gómez se sobresaltó hasta el punto de dejar caer el destornillador que tenía en la mano, mirando asombrado a Santora.

Éste prosiguió:

—No te muevas. Tengo un revólver en la mano y no dudaré en disparar.

Santora caminó dos pasos hacia Gómez y los muchachos vieron que, efectivamente, mantenía encañonado a Gómez.

—Gómez, ¿es que siempre has de ser el mismo infame? Manolos ha muerto y su viuda vive tranquila… nada sabe —dijo Santora.

—Es una tonta… —arguyó Gómez.

—Tú eres el tonto, Gómez. Tú eres quien nos ha llevado hasta el espejo. Donde está escondido el secreto, ¿no es así? Todos estos años… El secreto del poder de Manolos… ¡El espejo de Chiavo! ¡Será destruido!

—¡No! ¡El espejo es mío! ¡Me lo prometió! En pago de todos los años que trabajé para él, me prometió que el espejo sería mío, que me lo legaba a su muerte. Pero cuando esto ocurrió esa tonta de su viuda lo envió a su amiga. No pude impedirlo porque…

—Porque estabas en la cárcel —completó Santora, sentándose sobre una caja de embalaje—. Juan Gómez, siempre has sido y serás un pobre diablo. Cuando murió tu jefe, estabas en la cárcel por meter la mano en los bolsillos de un turista inglés. Pobre Gómez. Perdiste, siempre fuiste un perdedor. El espejo será destruido para la seguridad del Estado, de la República.

—¡No! ¡De ninguna manera! ¡Es mío! —gritó Gómez.

—Manolos mintió —prosiguió Santora—. Te mintió a ti como a

todo el mundo. ¿Acaso te creíste distinto? Pues no fue así. Te mintió al igual que a los demás. Pero todo tiene un final. Voy a destruir este espejo maldito.

—¡Repito que no será destruido, porque el espejo es mío! ¡Tú quieres convencerme, asustarme! ¡Pero no lo conseguirás!

Gómez saltó hacia delante, al mismo tiempo que sonaba un disparo. El proyectil rebotó en el marco de acero del espejo y fue a introducirse en algún madero del armazón de la techumbre. Mientras Santora intentaba coger y dominar a su contrincante, el arma saltaba de su mano y describía un arco antes de caer al suelo.



Santora y Gómez se liaron a golpes, intentando apoderarse del revólver. En su forcejeo, el arma fue empujada hacia una rendija que había en el suelo y por allí desapareció, oyéndose claramente su choque contra el agua.

Derribando por fin a su contrincante, Santora dijo:

—Quizá tengas razón por una vez, Gómez, y sea mejor que no dispare contra ti… pero no tendrás el espejo —y cogiendo un trozo de madero que halló en el suelo, reiteró—: Voy a cumplir la misión que aquí me trajo.

En aquel momento Jupiter Jones, seguido por sus compañeros, entró en el almacén, diciendo en voz alta:

—¡Alto! ¡Antes de destruir el espejo, deseo sus respuestas a algunas preguntas mías!

El llamado Gómez miró estupefacto a los chicos y con terror a Jeff Parkinson, a quien suponía bien seguro donde le dejara. Con súbito arranque intentó escapar, arrollando a los Tres Investigadores, pero Pete, gritándole:

—¡Alto ahí! —Al mismo tiempo que le echaba una zancadilla, le derribó cuan largo era.

Sentándose encima de Gómez, comentó:

—Éste no sabe que somos maestros en este truco.

Jeff, que guardaba mal recuerdo de su raptor, añadió:

—Me sentaré también encima. Esto compensará algo las ligaduras.

—Bien —prosiguió Jupiter, dirigiéndose al asombrado Santora —. Como puede ver, aunque no seamos adultos, sabemos lo que nos traemos entre manos. Somos dos contra uno y le aseguro que nadie saldrá de aquí hasta que se hayan aclarado ciertos extremos.

CAPÍTULO 17

El espejo entrega su secreto

Por fin, Juan Gómez cesó en sus esfuerzos para liberarse, limitándose a maldecir su mala suerte.

Jeff, por su parte, le dijo a Santora:

—No destruya el espejo, señor Santora. Le pertenezca o no… mi abuela se disgustaría mucho.

—Además —arguyó Jupiter Jones— si lo destruye quizá revele su secreto a Juan Gómez y creo que él no sabe de qué se trata.

—¡Sí que lo sé! ¡Sí! ¡Pero necesito la prueba! —chilló Gómez.

—Está bien, mejor así —prosiguió Jupiter—. Resulta que Gómez no sabe en qué lugar está escondido el secreto, la prueba como él afirma. Creo que usted tampoco lo sabe, señor Santora. Desde luego, su afirmación de que es un descendiente del famoso Chiavo, es mejor que la dejemos de lado… es una pura ficción. ¿Conforme?

—Nada digo —contestó Santora.

—Desde luego, poco es lo que tiene que decir, tal como están las cosas. Por ejemplo, ya sabemos que actúa conforme a las órdenes recibidas del presidente de la República de Ruffino. En lugar de ser un descendiente del famoso Chiavo, ¿acaso no es usted sobrino del presidente de su país?

Santora, sentándose de nuevo sobre aquella caja de embalaje, exclamó:

—¡Tú fuiste quien entró en mi habitación en el hotel y escudriñaste mis documentos!

—¡Alto ahí! —impugnó Pete—. No fue Jupiter, sino Gómez. Éste fue quien le atizó aquel golpe que le atontó y por poco, incluso le mata. Yo estaba con el oído pegado a la puerta de su habitación y por esto me enteré de lo que ocurrió. Luego, intenté cazar a Gómez en el corredor, pero se me fue de entre las manos.

Gómez chilló:

—¡Maldito presumido! ¡Siempre tan correcto y bien trajeado! ¡Hablando del bien del estado! ¡Es el sobrino de García, que tanto alardea de esforzarse por el bienestar de Ruffino! ¡Es un ladrón! ¡El presidente, su tío, es un ladrón y el sobrino, otro!

Jupiter carraspeó como para aclarar su garganta y dijo:

—Tengo entendido que cuando doce años atrás el actual presidente García ganó las elecciones, su contrincante, durante la campaña electoral, le acusó de ser un ladrón, mejor dicho, que lo había sido. Pero no pudo demostrarlo. La prueba, he aquí toda la cuestión. El presidente García intenta ser reelegido este año, ¿no es así? Pero supongamos que alguien pueda presentar la prueba de la acusación que formuló su contrincante, doce años atrás… ¿Qué ocurriría?

—Sería una tragedia para Ruffino —contestó Santora.

—Señor Santora, la policía llegará de un momento a otro. Ya fue avisada, en prevención de lo que pudiera ocurrir. Querrán saber por qué es tan importante este espejo, hasta tal punto, que indujera a Gómez a secuestrar al nieto de la señora Darnley. El secuestro es un delito muy grave en este país y la señora Darnley es una dama muy conocida. La policía no cejará. Pero creo que ya sé el motivo de todo esto.

Santora, poniéndose en pie, gritó:

—¿Que lo sabes? ¡Qué vas a saber!

Sin inmutarse, Jupiter prosiguió:

—Se trata de una extorsión, digamos de un chantaje, ¿no es así? Isabela Manolos nada sabía. Ignoraba cómo su esposo había conseguido tan alta e importante posición en el gobierno del país. Ella no lo sabía… pero nosotros aquí, podemos suponerlo. Tenía la prueba… la prueba de que la acusación lanzada contra el presidente García era verdad. Tenía sometido al presidente…

Santora vaciló unos instantes antes de contestar:

—La policía de aquí no debe hallar esta prueba. Antes que mi tío ascendiera a la presidencia, el país sufrió mucho, íbamos a una revolución. Bajo la égida de mi tío ha reinado la paz y la prosperidad, en un país donde la gente antes vivía como esclavos. No podemos volver a aquellos tiempos. En la historia de mi tío no hay mancha alguna. Se rodeó de personas honradas y capacitadas, honorables… excepto el villano Manolos.

—¿Un chantajista? —reiteró Jupiter, preguntando.

Santora asintió tristemente, diciendo:

—Está bien. Te lo diré todo y si sabes dónde está guardado el secreto, espero que me lo digas a tu vez.

Lanzando una mirada al postrado Gómez, Santora prosiguió:

—Ese tipejo fue siempre el sirviente rastrero de Diego Manolos. Ya sabes lo que es, un ratero, un pícaro. Ahora resulta que además es un secuestrador, lo que no me sorprende. Es peligroso, es un villano sin sentimientos ni corazón. Sirvió diez años a Manolos, por lo que cabe deducir que de tal amo, tal criado y al revés. La señora de Manolos, amiga de la señora Darnley es una dama, pero las mujeres cuando escogen esposo con frecuencia parece que pierden la cabeza. Luego se lamentan.

—¡Una de las mujeres más tontas! —exclamó Gómez, desde el suelo.

—¡Cállate, deslenguado! Mi tío, en su juventud, cometió algunas tonterías, como ocurre algunas veces. Le enviaron a España, a la universidad. Allí conoció a Manolos, a quien su familia también había enviado al mismo lugar. Manolos poseía el espejo de Chiavo, que había adquirido honradamente; quizá fue la última acción respetable que llevó a cabo. Chiavo tuvo un hijo; éste a su vez, su hijo; éste, también fue padre de otro hijo, hasta llegar así al último de lo que podríamos llamar la dinastía. El último descendiente no fue un varón, sino una niña. Permaneció soltera y cuando Manolos la conoció era una anciana, que residía en una pequeña ciudad castellana. Poseía todavía el espejo de los trasgos… pero carecía de recursos con qué vivir.

»Manolos tampoco tenía dinero, pero sí era joven y, por cierto, imaginativo, digamos listo. Pidió dinero prestado, compró el espejo y lo envió a Madrid. Lo dijo a todo quien quisiera oírle: en los cafés, en tertulias… Total, que poseía el espejo de Chiavo. Circuló la noticia, los comentarios del caso, las cábalas consiguientes… ¿Era verdad que con el tan extraño espejo cabía ver el futuro? Manolos afirmaba que su poder era real… que podía ver el futuro merced al espejo.

»No pasó mucho tiempo sin que la cosa tuviera sus consecuencias. Al principio algunos estudiantes acudieron a consultarle y él les dijo lo que les acontecería. Nada preciso,

generalidades, pero se trataba de jóvenes que deseaban creer en algo nuevo. Algunas veces lo que había predicho ocurrió… o algo semejante, lo que confirmó los rumores o creencia acerca de las propiedades del espejo. Comenzaron a visitarle personas adineradas, con influencia, y tuvo éxito.

»Pero Manolos no tardó en mostrar quién era. A un anciano que padecía de gota, le dijo que emprendiera un viaje. El anciano le creyó y durante su ausencia robaron su casa. A una mujer le dijo que todo el dinero que tuviera lo llevara al párroco de su iglesia y que éste lo bendijera; en el camino la pobre mujer fue robada también. En resumen, no continúo porque no dudo que tú y tus amigos ya comprenderéis todo cuanto hizo.

—¡Qué credulidad! —exclamó Pete y preguntó—: ¿No intervino la policía española?

—Claro que sí… en cuanto alguien le denunció. Pero antes se ocupó de mi tío. Ya en su primera juventud mi tío se interesó por mejorar el país nuestro. Hablaba de ello constantemente y Manolos era un oyente atento. Manolos cayó en la cuenta de que quizás un día mi tío fuera una persona importante en nuestro país y lo que le convenía era su amistad e influencia sobre él. Además, los García tenían mucho dinero y de ahí a la extorsión, sólo había un paso. Para ello se serviría del espejo y ¿cómo podría expresarme?

—¿Enmarañar a su tío? —sugirió Bob.

—Pues ésta es quizá la expresión más acertada —convino Santora—. Manolos consiguió dominar la voluntad de una muchacha, doncella en una de las principales casas del país. Con su espejo la convenció de que era una víctima de sus patronos, que querían su perdición… y que debía vengarse. Le dijo que conocía a alguien que le pagaría una fortuna por las joyas de la casa. Que para evitar todo peligro colocara las joyas en una caja de cartón y la envolviera con papel rojo… de todo lo demás, él se cuidaría. El hombre que se haría cargo de las alhajas se encontraría con ella en un lugar determinado. Él le daría el sobre con el dinero y ella, a cambio, le entregaría el paquete.

»Y así ocurrió, aunque nos parezca increíble. La chica robó las joyas y fue al encuentro del hombre que Manolos le había descrito previamente. Éste le dio el sobre y ella el paquete envuelto con papel rojo. ¡Quien le daba el sobre y recibía el paquete era mi tío!

—¡Un ladrón! —afirmó Gómez.

—¡Nada sabía mi tío de todo ello! —protestó Santora y prosiguió —: Creía que le hacía un favor a Manolos. Que le entregaba una carta de éste para la chica y ésta, a su vez, un paquete conteniendo un regalo para Manolos. El lugar del encuentro estaba junto a un surtidor de una plaza. Manolos fue allí con una cámara fotográfica y oculto fotografió el momento del intercambio. En la fotografía se ven las manos de mi tío como toma el paquete y entrega el sobre.

—Claro, la policía pronto lo puso todo al descubierto —completó Jupiter.

—Desde luego. La muchacha abrió el sobre y halló sólo trozos de papel. Aquello la sorprendió y asustó. Cuando la dueña de la casa descubrió el robo y acudió la policía, la chica contó entre lloros lo sucedido. Pero para entonces mi tío ya estaba en viaje de regreso hacia Ruffino. Nada sabía de lo ocurrido. Pero Manolos también se fue de Madrid con su espejo y la fotografía y… las joyas. La prensa publicó lo ocurrido, hubo los comentarios consiguientes al daño que había causado con aquel espejo tan discutido.

—Total, que regresó a Ruffino y comenzó a extorsionar a su tío —comentó Pete.

—Nada de eso. Manolos regresó a Ruffino, pero guardó silencio —contestó Santora—. Tenía dinero, todo lo que había conseguido con sus supercherías. No tenía prisa alguna. Contrajo matrimonio con Isabela, hija única de un hombre con fortuna y continuó esperando su ocasión. Hace dos años, en vísperas de una revolución y de unas elecciones para la presidencia, envió a mi tío una copia de aquella fotografía y fotocopias de las noticias que acerca del suceso se publicaron en la prensa española. Nada importaba que mi tío ignorase todo lo ocurrido, así como el tiempo transcurrido desde aquel entonces. Aquellas pruebas destruían la carrera política de mi tío y quizás el porvenir de nuestra nación. Jamás accedería a la presidencia.

»Mi tío cedió. Comenzó dándole dinero, pero pronto resultó que no era aquello lo que Manolos quería. Deseaba poder. Así Manolos consiguió una casa magnífica y algún respeto… no mucho. Pero cada año, en el aniversario de la elección presidencial mi tío recibía otra copia de aquella fotografía y las fotocopias de los artículos periodísticos. Por fin falleció Manolos. Entonces creímos, mi tío y

yo, que había terminado la pesadilla que durante tanto tiempo nos mortificara.

»Visité a la viuda de Manolos para expresarle nuestro pesar. Pobre señora. Estaba desconsolada. Deseaba pedirle permiso, algo muy difícil de expresar, para registrar los papeles de su difunto esposo, pero antes de que pudiera expresarle mi deseo, me explicó que le había visitado Juan Gómez, pidiéndole el espejo de Chiavo. Ella le contestó que lo había enviado a una amiga suya en los Estados Unidos, coleccionista de espejos. Que residía en Los Ángeles. Gómez se puso tan furioso, tan descompuesto que incluso temió que la agrediera.

»Bien, aquello significaba que el negativo de la fotografía estaba escondido en dicho espejo, porque sólo a Juan Gómez pudo Manolos decirle lo que significaba el contenido del espejo. Luego me enteré que Gómez había partido por vía aérea hacia Los Ángeles. Ya no me cupo duda alguna de lo que iba a buscar en esta ciudad.

—Entonces usted intentó comprarle el espejo a la señora Darnley —completó Jupiter—. Al no conseguirlo, inventó aquello de la descendencia de Chiavo. Falló también este intento. Pero su tío le urgía. Fue entonces cuando contrató al prestidigitador Baldini para que representara la comedia del fantasma del espejo.

Santora, con gesto abatido, confesó:

—Así fue y francamente me avergüenzo. Asustar a mujeres y niños es un acto muy reprobable, pero… no supe de otro medio. No sabía qué hacer.

Se produjo un profundo silencio que fue interrumpido por pasos pesados y apresurados procedentes de la calle. Se abrió la puerta exterior.

Pete dijo:

—Bien, ya tenemos a la policía aquí.

Al mismo tiempo comenzó a levantarse.

Santora, muy pálido, preguntó:

—¿Qué le diremos a la policía? ¡Querrán examinar el espejo con todo detalle!

Gómez, aprovechando el momento en que Pete comenzaba a levantarse, se retorció como una serpiente y sacudiéndose a Jeff, se puso en pie con un salto, gritando:

—¡Ahora sabremos lo que contiene el espejo! ¡Conseguiré la prueba y nadie osará…!

Sin terminar la frase asió el trozo de madera que antes dejara caer Santora y enarbolándolo lanzose contra la luna del espejo. ¿Qué vio a la escasa luz que les alumbraba? El caso fue que de pronto se detuvo con los ojos abiertos desmesuradamente, aterrorizada la mirada y con un aullido de espanto dejó caer el madero y corrió alocadamente hacia una ventana baja por donde se precipitó en las aguas de la bahía.

En el almacén irrumpieron los policías, lámparas en mano, se cruzaron órdenes, se asomaron a la ventana, pero todo fue en vano.

Santora, con voz ronca, dijo a Jupiter:

—¡El negativo! ¿Sabes dónde está la prueba, quiero decir el negativo?

Jupiter se encaminó a la parte posterior del pesado espejo y con las uñas del índice y del pulgar de la mano derecha arrancó una etiqueta del revestimiento de madera.

Entregándola a Santora, dijo:

—Aquí lo tiene. Microfilm. No podía estar en otra parte del espejo. Un microfilm sujeto debajo de una etiqueta de éstas. La más nueva.

Musitando su agradecimiento, Santora hizo desaparecer el microfilm con la etiqueta en un bolsillo de su chaqueta.

—¿Jeff Parkinson? —preguntó un sargento de la policía que acababa de entrar—. ¿Hay alguien aquí llamado Jeff Parkinson? —repitió.

—Soy yo —contestó el aludido.

—Aquí traemos a alguien a quien conoce —prosiguió el sargento haciendo entrar a dos de sus subordinados que habían sacado del agua a Gómez, utilizando una embarcación. Cuando le soltaron cayó sobre el suelo, comenzando a vomitar el agua que había tragado.

El sargento, tras echarle una mirada, preguntó a Jeff:

—¿Es éste su secuestrador?

—Sí, señor. Éste es. Se llama Juan Gómez —contestó Jeff.

—¿Y ese de ahí? —preguntó de nuevo el sargento, indicando con un gesto a Santora.

Jupiter se apresuró a contestar:

—Es el señor Santora, un buen amigo nuestro.

Uno de los policías que estaban junto a Juan Gómez y le ayudaba a levantarse, exclamó:

—¿Pero qué le pasa a éste? ¡Parece que está viendo visiones!

Gómez con la vista extraviada en sus ojos desorbitados, repetía entrecortadamente:

—¡El espejo! ¡Quitadlo de ahí! ¡No quiero verlo! ¡No… no…!

El sargento mirando al espejo, preguntó sorprendido:

—¿Qué le ocurre? ¿Qué hay acerca de este espejo? ¿Qué tiene de particular? ¡Tranquilícese, caramba!

Jupiter creyó muy conveniente dar una explicación concisa.

—Según dicen por ahí, este espejo perteneció a alguien que se dedicaba a la hechicería. Gente crédula en estas fantasías aseguran que está… digamos, embrujado. Este Juan Gómez parece muy afectado, quizá sean las figuras del marco… a lo mejor, se imaginó ver a un fantasma…

El sargento sonrió con gesto de lástima, como si dudara que Gómez estuviera en sus cabales. Jupiter prosiguió:

—Desde luego la imaginación humana parece que a veces hace ver cosas… que en realidad no existen. Además, ahí en la penumbra… vete a saber lo que ha creído ver…

—Sí, ya hemos tenido casos parecidos —convino el sargento.

Los muchachos y el señor Santora miraron a su vez al espejo. Allí estaba, de pie, apoyado contra la columna que sostenía la techumbre de un almacén polvoriento y con telarañas en los rincones. Su luna reflejaba los muros desnudos… el local vacío. Era un espejo corriente, bien azogado, con la particularidad de estar enmarcado por trasgos que formaban un marco muy feo.

Mas a pesar de su buen juicio y claramente, todos sintieron un ligero escalofrío y así al requerirles el sargento que le acompañaran a la comisaría, ninguno dudó en abandonar el local. Incluso respiraron con cierta satisfacción cuando el sargento cerró la puerta con una cadena de seguridad.

CAPÍTULO 18

Una invitación del señor Hitchcock

Habían transcurrido dos semanas desde los sucesos descritos, cuando los Tres Investigadores visitaron al señor Hitchcock, famoso director de cine. Jupiter Jones le dio un sobre sin hacer comentario alguno.

—¿Para mí? —preguntó el señor Hitchcock, al mismo tiempo que lo abría y sacaba una hoja de papel de calidad superior, en la que había algunas líneas manuscritas.

Luego de leerlas, exclamó:

—Caramba… la señora Darnley me invita a cenar en su residencia, donde me presentará al señor Santora. Ya tengo el honor de conocer a la señora mencionada y supongo que su invitación se debe a vosotros.

Bob, sonriendo, le pasó una carpeta de archivo, explicando:

—Creo que aquí he reunido todo cuanto cabe calificar como información acerca del caso, señor Hitchcock. Todo lo he clasificado. Pero le dijimos al señor Santora que usted se interesaba por estos asuntos, digamos, mas siempre en forma estrictamente confidencial.

—Agradezco profundamente esta confianza —contestó el señor Hitchcock, sentándose ante su mesa y abriendo la carpeta.

Los muchachos guardaron silencio, mientras el célebre director leía las notas mecanografiadas por Bob concernientes al caso del *Misterio del espejo embrujado*. Cuando el señor Hitchcock hubo leído la última página, cerró la carpeta lentamente y tras unos momentos de meditación, dirigiéndose a Jupiter, dijo:

—Presumo que al mencionarse lo de la fotografía, ello te sugirió cuál era el secreto guardado en el espejo… y dónde estaba escondido.

—Era lo lógico y casi no cabía otra explicación —admitió

Jupiter—. Cuando el señor Santora nos dijo que a su tío le amenazaban con una fotografía, cabía deducir que existía un negativo. Ya habían desmontado el espejo, examinando todas sus piezas… sólo quedaba un lugar apropiado para ocultar un negativo: cubriéndolo con una etiqueta… las que los diversos restauradores habían ido pegando como comprobante de su trabajo. Manolos redujo sus «evidencias», el negativo y los artículos de los periódicos, mediante un microfilm. Los negativos corrientes resultan demasiado voluminosos para ocultarlos debajo de una etiqueta. Cada año Manolos retiraba la etiqueta que cubría el microfilm, hacía copias ampliadas y las enviaba al presidente García… como recordatorio. Luego nos hemos enterado que Manolos tenía una cámara oscura perfectamente equipada en su residencia. Hechas las ampliaciones, colocaba el microfilm debajo de otra etiqueta. Es de suponer que se hizo con varias etiquetas de ésas o bien encargó su impresión exacta, en gran cantidad.

—Me sorprende que un hombre como el fallecido Manolos fiara tanto en un tipo como ese Juan Gómez, individuo carente de escrúpulos y fácil de catalogar en su ética —comentó el señor Hitchcock—. ¿Por qué confió a Juan Gómez o bien le dijo que su secreto estaba escondido en una etiqueta del espejo?

—Creo que jamás sabremos la verdad. Juan Gómez se niega a hablar. Probablemente cada año ayudaba a Manolos a bajar el espejo y estas operaciones repetidas le hicieron conjeturar la verdad… algún detalle que se le escapara a Manolos… alguna palabra… un comentario acerca de lo que un día le dejaría en herencia, por ejemplo.

—Un trozo de microfilm —murmuró el director de cine—. Una cosa tan delgada, tan fácil de ocultar…

—Manolos tenía imaginación. Incluso algo como una inspiración diabólica. Utilizó el espejo para embaucar a aquella pobre sirvienta en Madrid, donde comenzó todo y quiso conservar el espejo como una especie de cómplice para que guardara su secreto.

—Aparte de ese dudoso aspecto artístico, ¿qué opina la policía de Gómez?

—Creen que está algo perturbado y créame, por su modo de hablar y comportarse, difícilmente les hará cambiar de opinión.

—Esto significa que Gómez tardará en gozar de libertad. Dime…

¿cómo consiguió Gómez enterarse del hotel en que se hospedaba Santora? ¿Por qué Santora compareció en aquel almacén abandonado en San Pedro en el momento más oportuno?

—Puede decirse que el señor Santora y Gómez se perseguían mutuamente —contestó Jupiter—. Ambos temían que uno consiguiera el espejo antes que el otro. Suponemos que Gómez descubrió lo del hotel porque vigilaba la casa de los Darnley. Vio cómo Santora entraba en aquella mansión y al salir le siguió hasta el hotel. Como también sabía que un momento u otro Santora se cruzaría en su camino, le golpeó y a poco acaba con él.

»Santora, por su parte, descubrió dónde vivía Gómez haciendo lo que nosotros no pudimos, por falta de tiempo. Alquiló un coche y recorrió Silverlake hasta averiguar dónde vivían los primos de su enemigo. Siguiendo el rastro de Gómez, se enteró de aquella granja abandonada en la calle de San Fernando. El día que salió del hospital, localizó a Gómez en la casa aquélla, pero jamás imaginó que Jeff estuviera atado en su interior. Sólo vio su coche y le siguió a San Pedro.

—Este señor Santora tuvo suerte, porque Gómez hubiera podido asesinarle. ¿Y qué me dicen del prestidigitador Baldini? Me parece haber oído antes este nombre…

—Es posible. Santora había presenciado alguna actuación de Baldini en Ruffino. Hacía un número de esos de soltarse de ligaduras. Esposado, atado con cadenas aseguradas con candados, se liberaba en tres segundos. Le localizó visitando las agencias que representan y contratan artistas. Creyó que Baldini tendría que introducirse una y otra vez en la casa de los Darnley para desempeñar su papel de fantasma, pero Baldini sabía lo del cuarto subterráneo gracias a la amistad que había sostenido con Drakestar. Total, que se introdujo en la biblioteca y por la puerta secreta entró en el subterráneo. Santora le convenció de que sólo se trataba de una broma que unos amigos querían gastarle a la señora Darnley. Pero cuando oyó que abríamos la puerta secreta y bajábamos por aquella escalera, comenzó a pensar que había bromas que se pasaban de la raya. Por ello, en cuanto abrimos el segundo baúl salió de estampía y como es de suponer, se dijo que se hallaba mezclado en algo serio. Hizo su equipaje en un santiamén y se escondió en algún lugar ignorado. Todo, menos vernos de nuevo a

nosotros o bien a Santora.

»No obstante, la señora Darnley le ha perdonado. En las revistas del ramo como son «Variety» y «Hollywood Reporter», se han insertado anuncios avisándole de que todo ha pasado. Total, que acudirá esta noche a la cena y luego, vistiendo el ropaje de Drakestar, nos dará una representación de la pantomima famosa… por la puerta secreta de la librería.

—Debe ser una puerta muy bien construida —observó el señor Hitchcock—. Desde luego, me complacerá mucho asistir.

—Convengo en que todo era harto intrincado —comentó Pete.

—Sin duda alguna y ¿cómo ha terminado el joven Henry Anderson con sus panes? ¿Tuvo dificultades al regresar al taller de sus jefes?

—¡Que va! Parece que los policías que vinieron al almacén y luego los que había en la comisaría tenían apetito de veras, porque le compraron todo cuanto tenía en la camioneta. Sus jefes le felicitaron cuando estuvo de vuelta.

Pete, con una mueca, añadió:

—Ahora, en vista del éxito, Henry está decidido a dejar lo de la panadería de lado. Quiere… ¡convertirse en detective privado! Lo que sea, pero la señora Darnley le ha prometido su completo apoyo.

—Vamos, hay que felicitarse de que todo haya terminado bien y, desde luego, podéis contar con mi discreción absoluta, como ya sabéis. Si pensáis en publicar el caso algún día… cambiad los nombres y los lugares, por el bien de todos.

—Esto por descontado —aseguró Jupiter Jones.

—Si asisto a la cena, ¿veré el espejo embrujado? —preguntó el señor Hitchcock.

—Sí, señor —contestó Jupiter, añadiendo—: Pero no en la biblioteca. La señora viuda de Manolos viene de Ruffino y detesta el espejo. La señora Darnley, con este motivo, según explica, lo ha hecho bajar al cuarto subterráneo. La verdad por delante… creo que a la señora Darnley ese espejo tampoco le hace mucha gracia. Por su causa, Jeff corrió un grave peligro y… —Jupiter se detuvo, mirando al techo distraídamente.

—No me dirás que le teme —comentó el señor Hitchcock.

—No lo creo, pero Gómez afirma que vio algo en él y ello fue un desastre para Gómez. Aunque oficialmente está en observación,

resulta que está preso y no se sabe hasta cuándo.

—¿Qué opinas? —preguntó el señor Hitchcock.

Jupiter sonriente, respondió:

—Que es un trasto muy feo, y si fuera mío también lo metería en el sótano.

FIN



MARY VIRGINIA CAREY. (New Brighton, 1925 - California, 1994) fue una escritora conocida principalmente por sus novelas juveniles, muchas de ellas para la Factoría Disney, adaptando películas como *Mary Poppins* o *Merlín el encantador*, y también por las series de libros *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores*, con los que consiguió un gran éxito internacional. Nacida en Inglaterra, el mismo año de su nacimiento su familia emigró a los Estados Unidos. Asistió a la universidad de Mount St. Vincent en Riverdale (Nueva York) y terminados sus estudios, empezó a trabajar como periodista. En 1955 obtuvo la ciudadanía estadounidense. Ese mismo año se unió a la Walt Disney Productions, donde trabajó durante catorce años como escritora. Fue miembro de la asociación de escritores PEN y de la Mystery Writers of America.

Hasta su muerte en 1994, Mary Virginia Carey vivió en Ventura, California.

Notas

[1] *Alicia en el país de las maravillas*. Libro para niños muy popular en los países de habla inglesa. <<

[2] Abraham Lincoln
(1809-1865)
. Presidente de los Estados Unidos desde 1862 a 1865. Fue asesinado el 15 de abril de este último año. < <

[3] María Antonieta de Habsburgo, reina de Francia (1755-1793).
Murió guillotinada durante la Revolución Francesa. <<

[4] «María tenía un corderito». Canción popular infantil inglesa.
